
UN PACTO
CON EL
HIGHLANDER
ARIADNA BAKER

UN PACTO CON EL HIGHLANDER

ARIADNA BAKER

Primera edición.
Un pacto con el highlander
©Ariadna Baker.
©mayo, 2024.
Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo
RRSS

Capítulo 1



Se me escapó un suspiro a la vez que me secaba las lágrimas.

Me disponía a vestirme para comenzar mi jornada laboral ya que llevaba como una hora despierta abrazada a mi almohada mientras lloraba en silencio sin poder evitarlo. Había días que se me hacían de lo más tristes ya que me levantaba de lo más cabizbaja, pero siempre salía por la puerta de la habitación con la mejor de mis sonrisas, escondiendo al resto la verdad de cómo realmente me sentía.

Y debía reconocer que me había vuelto una experta en eso de fingir y poner la mejor cara ante el mundo, mientras por dentro iba como un alma en pena.

Lo mío me costó, que las veces que me puse ante el espejo, ensayando la sonrisa sin que se notase que dentro estaba con el ánimo por los suelos, para mí se quedaban.

Aún faltaban veinte minutos para que tuviera que estar en la cocina para prepararle el desayuno al señor, el heredero del castillo que recién llegó en la madrugada para quedarse instalado.

Sí, un castillo, allí era donde yo vivía y trabaja.

El castillo era precioso, eso no iba a negarlo, con su fachada de piedra gris, tejados negros y los marcos de puertas y ventanas también negros.

Tenía una amplia sala de estar con chimenea, un salón comedor donde seguramente en otra época se celebrasen las mejores cenas de gala de todo Inverness, varias habitaciones con sus cuartos de baño, la cocina, que era como de revista de diseño, despacho y una biblioteca que era una maravilla.

Y los jardines, a mí me tenían enamorada, con esos parterres de flores coloridos, su cuidado césped y esos árboles centenarios que en la época de verano daban una buena sombra bajo la que cobijarse.

Por último, pero no menos importante, estaban los establos, ese lugar donde alguna vez había ido a llevar azucarillos a los caballos y disfrutar de su compañía.

Desde los veintidós años trabajé para el ahora fallecido Alec McKay, que llevaba viudo muchos años, y su cocinera se había jubilado, con lo cual por recomendación de la comunidad que me ayudaba en aquellos entonces, me admitieron para ocupar el de ayudante de cocina.

Siempre supe que el señor McKay tenía un hijo llamado Owen y que vivía en Edimburgo, pero que, por alguna razón, no tenían ningún tipo de contacto y nadie del servicio lo había conocido.

Si no fuera porque incluso nuestro difunto jefe en alguna ocasión habló de su hijo, me habría planteado que realmente ni existiera, que ese hombre era como un fantasma con eso de que nadie le había visto.

Un mes atrás falleció el señor Alec, funeral al que no asistió más que el personal del servicio en el que yo estaba incluida. Ni rastro de su hijo, pero pronto nos comunicaron que se instalaría en breve en el castillo, ya que se venía a vivir a Inverness dejando atrás su vida en la ciudad. Hoy pasaría a ser nuestro jefe, dueño y heredero de todas las tierras.

Un vistazo rápido en el espejo, sonrisa estudiada para el mundo y de nuevo esos ojos tristes que me esforzaba, día tras día, por hacer brillar.

Verdes como los de mi madre, así los tenía, incluso según el perfil desde el que me mirase, había veces que me veía muy parecida a ella.

Ambas teníamos el cabello castaño, nariz pequeña y metro sesenta de estatura.

Y la sonrisa, aunque la mía a veces fuera fingida, era muy parecida.

Suspiré como cada mañana al contemplar mi reflejo en el espejo. Si odiaba algo era estar vestida de sirvienta en una época que ya estaba muy por encima de eso, pero se veía que había personas que se quedaban ancladas al pasado, como fue el caso del señor Alec, que se creía alguien importante por el simple hecho de tener dinero y un castillo.

Me dirigí a la cocina donde estaba Penny, la cocinera principal que llevaba desde antes de yo entrar y que en aquellos entonces ocupaba mi puesto. Luego ascendió cuando se jubiló Beth y yo entré como su ayudante.

Penny era un encanto, de cabello negro y ojos azules, unos centímetros más alta que yo y siempre con una sonrisa, y a diferencia de la mía, la suya se veía real como la vida misma.

—Buenos días, Penny —murmuré sonriente—. Hoy también te han echado de la cama. —Sonreí.

—Buenos días, Alisa. —Me devolvió la sonrisa—. Hoy casi ni entro, me cuesta la vida dormir,

será la edad.

—¿Edad? Solo tienes cincuenta y dos años. —Me reí.

—El doble de los que tienes tú, que solo tienes veintiséis. ¿Te parece poco? —Revolvió los ojos.

—Eres muy joven, así que no te eches achaques aún. —Le acaricié la espalda antes de coger el café que me había preparado—. Gracias, Penny. ¿Llegó el señor?

—Sí, pero aún no lo he visto. Lo recibió Athol —se refirió al hombre que llevaba el mantenimiento de los jardines y las tierras—. Me ha dicho que se ve un hombre cercano, pero de semblante serio.

—Tiene a quien salir —murmuré sonriendo.

—Espero que nos adaptemos rápido a él. —Frunció la cara.

—Eso dependerá de ustedes. —Una voz masculina no conocida nos hizo girar y encontrarnos con el que, claramente, debía de ser Owen.

Alto, cabello rubio ligeramente alborotado, ojos azules, y, por lo que podía ver bajo la tela de la camisa, tenía brazos fuertes, pero no en plan bruto, sino definido.

Y serio, tal como Penny acababa de decir que le describió Athol, el nuevo dueño y señor del castillo tenía en semblante muy serio.

—Buenos días, señor —murmuré sonrojándome por completo dado la situación tan embarazosa en la que nos encontramos por el comentario que había escuchado.

—Buenos días, debe de ser Owen —dijo Penny, que era más descarada y no se achantaba con nada.

—Sí, soy Owen y ustedes debéis ser Penny y Alisa.

—Efectivamente y estamos encantadas de servirle —le contestó Penny mientras yo tragaba saliva por la de cosas que se me pasaban por la cabeza—. ¿Un café?

—Sí, por favor. —Vio que estaba recién hecho sobre el hornillo—. Imagino que no hay máquina de café de monodosis, ¿verdad? —preguntó apoyándose sobre la mesa y cruzándose una pierna por delante.

—No, al señor Alec le gustaba casero.

—No me extraña —dijo en un tono un poco despectivo—. Encargaré que nos llegue una para la cocina y otra para mi despacho.

—Athol puede ir al pueblo y traérsela, allí hay una *boutique* del café donde venden las máquinas y las cápsulas.

—Incluso yo misma podría ir si usted lo desea, señor —me ofrecí.

—Le diré a Athol que me acerque luego y así la elijo. No me molesta tomar café casero, pero soy más de espresso.

—Como usted guste —le contestó Penny.

—No nos conocemos de nada y tendremos que aprender a convivir juntos —dijo captando nuestra atención—. No soy Alec —se refirió a su padre por su nombre—. Ni me gusta tanto formalismo. No quiero horarios de comida, cada uno que coma cuando le apetezca y si hacéis la comida y os tenéis que retirar a descansar, hacerlo, yo me la serviré sin problemas como hice siempre. El tema del uniforme desde este momento os digo que no es necesario, es más, os pediría que no lo usaseis ya que esto no es un salón de eventos. Cada uno sabéis lo que tenéis que hacer y yo no seré mucha molestia mientras así sea.

—Entendido todo —dijo Penny mientras yo afirmaba con la cabeza.

—Me lo llevo. —Levantó su taza para indicar que se marchaba—. Me lleváis el desayuno al despacho, que tengo cosas que hacer.

—Claro, ahora se lo llevo —le contesté mientras Penny afirmaba y se ponía a ello.

—Parece que no tiene nada que ver con su padre —murmuró Penny mirando hacia la puerta, asegurándose de que ya no nos escuchaba.

—A mí me ha dejado sin respiración. Impone mucho.

—Sí que impone, es un hombre muy guapetón, pero demasiado serio.

—Sí, además tiene un aura muy de misterio, no se sabe por dónde va a salir. —Apreté los dientes mientras la ayudaba a preparar su desayuno.

—Lo del uniforme me va a suponer una adaptación, ya que estaba acostumbrada a llevarlo. —Reía.

—Para serte sincera, para mí es un soplo de aire fresco ya que parezco treinta años mayor con esto puesto. —Me observé el atuendo—. Es que parecemos figurantes de una serie de época, en serio.

—Luego dices que la dramática soy yo. —Volteó los ojos sacando las tostadas del horno pequeño.

—Tendré que ir a la ciudad a comprarme algunos *leggins* negros ya que son muy cómodos y se pueden combinar bien, también me compraré unas deportivas nuevas.

—Eso se llama irse de compras de toda la vida de Dios, como nos gusta a las mujeres. —Sonrió mientras seguía preparando la bandeja para el señor.

—Hace un siglo que no voy, la verdad es que me vendrá hasta bien quemar un poco de tarjeta y sentirme más mujer.

—Llevas aquí trabajando cuatro años; no sales, no gastas, debes de tener la cuenta con más ceros que los que yo sacaba en la escuela. —Reía.

—Para nada, hasta hace dos meses solo me quedaba con cien libras al mes —le confesé.

Incliné la mirada, sabía que era cierto eso de que los ojos son el espejo del alma y yo en ese momento no quería que una de mis compañeras de trabajo viera lo mal que estaba.

—¿Cómo va a ser eso?

—Estuve pagando la residencia de mi padre hasta hace poco que falleció.

—Lo sé, fuiste a Glasgow al entierro. Pues ahora hazte esas compras que tanto deseas y derrocha el salario del mes sin remordimientos. Ya verás cuando veas el humo saliendo de la tarjeta mientras la pasan los dependientes. —Rio, y yo sonreí negando—. Te lo mereces, cariño.

—Sí, me daré algún capricho por una vez y sin que sirva de precedente, ya que ahora necesito guardar lo máximo posible para, a largo plazo, poder regresar a la ciudad y comenzar una vida más social —dije con tristeza.

—Yo también reuní para irme a comenzar de cero y estaba a punto de hacerlo con esto de que sabía que al señor Alec le faltaba poco de vida, pero mis planes se han esfumado.

—¿Por? —pregunté sorprendida.

—Ahora tengo el dinero, pero también al amor y está en este castillo.

—¿Qué me estás contando? —La miré con los ojos muy abiertos, y en ese momento solo se me vino un nombre a la cabeza— ¿Athol?

—Así es, llevamos unos meses viéndonos a escondidas. —Se reía.

—¿Y de quién os escondíais?

—Del mundo, pues no sabía si lo nuestro iba en serio.

—¿Y?

—Nos queremos casar. —Sonrió—. Será una boda sencilla para oficializarla. Así que tenemos claro que nos quedamos aquí, los dos tenemos el trabajo y juntos somos felices.

—¿A él no le gustaría vivir en la ciudad?

—No, este es el trabajo de su vida y como bien dice, no gastamos en alojamiento ni comida y, además, podemos salir en nuestros ratos libres hasta la hora que queramos.

—Fíjate que siempre os vi como dos personas que podríais formar una bonita pareja. —Sonreí.

—Pues yo jamás me vi con él, pero fue un día que lo vi sin camiseta y comencé a fijarme más en él. Me debió de poner la mente un poco caliente. —Apretó los dientes poniendo la bandeja sobre mis manos.

—No quiero saberlo. —Reí mientras salía de la cocina.

—Si le vieras sin camiseta, pensarías igual que yo. —La escuché decir, y más reí.

Siendo sincera, para la edad que tenía Athol, era un hombre ciertamente atractivo.

Era alto, con el cabello castaño oscuro y unos bonitos ojos verdes claro que mostraban una serenidad increíble. Y dado que se pasaba los días por los jardines, cargando con la carretilla y demás herramientas de gran utilidad para el desempeño de sus funciones, pues normal que estuviera fuertecillo como si fuera un modelo, madurito, pero bien cuidado.

Y como le dije a Penny, siempre que los veía juntos me parecía que hacían una bonita pareja, así que, al saber que hacía un tiempo que estaban juntos, me alegraba por ellos.

Capítulo 2



Avanzaba por el castillo mientras pensaba en lo diferente que sería ahora que el difunto señor Alec no estaría por allí.

Nadie sabía las intenciones de su hijo, y antes incluso de que llegara algunos se preguntaban si nos mantendría a todos trabajando allí o se desharía del personal contratando gente nueva.

Esperaba que no fuera el caso, dado que muchos llevaban allí trabajando tanto tiempo que se conocían el castillo al dedillo.

Llamé a la puerta del despacho del señor Owen con dos golpecitos.

—Adelante —dijo con esa voz masculina que, al igual que su presencia, imponía.

Abrí sosteniendo la bandeja con la otra mano y me dispuse a entrar para dejarla sobre su mesa. Me observaba fijamente.

—Si necesita algo más…

—Nada —murmuró pensativo sin dejar de mirarme.

—Cualquier cosa que necesite solo nos la tiene que hacer saber. —Sonreí e incliné un poco mi cabeza en señal de que me retiraba.

—Gracias —afirmó también levemente con la cabeza.

Se me hizo un mundo el trozo que iba desde su escritorio hacia la puerta. Cuando la atravesé y cerré con cuidado me quedé paralizada detrás de ella intentando volver a mi respiración normal.

No entendía cómo Owen podía provocar en mí la sensación que me dejaba en tal estado. Solté el aire y proseguí con la bandeja vacía hacia la cocina.

Esa aura de misterio que tenía no se la había visto ni siquiera a su padre, y eso que parecidos eran un rato.

Los dos con el mentón marcado y masculino, el mismo color de ojos, altos y de manos grandes.

¿Que por qué me había fijado en las manos? Pues porque mirarle directamente a los ojos era una empresa titánica. Me imponía tanto que, si me fijaba en sus ojos, capaz de que se me cayera lo que llevase en las manos del tembleque que me entraba por todo el cuerpo.

—¿Has visto a un muerto? —me preguntó Penny cuando entré en la cocina.

—Lo que me faltaba era haber visto a su padre sentado al lado de él. —Solté el aire dejando la bandeja sobre la encimera.

—Calla, que me lo imagino. —Se reía.

—Es cuando ya me da un paro al corazón y muero encerrada en estas cuatro paredes.

—El castillo es bonito y sus tierras también.

—Claro, ahora que tienes a tu amor aquí. Pero bien que antes te querías ir a perseguir tus sueños…

—Le preguntaré a Athol quiénes de los que trabajan las tierras está libre de pecado.

—¿Libre de pecado? ¿Para qué? —Fruncí el ceño sin entender.

—Para ti. —Aguantaba la sonrisilla.

—No, no, que los conozco a todos y no hay ninguno que me interese.

—A mí tampoco me interesaba Athol, hasta que… —Puso cara de excitación y me tuve que tapar la cara con las manos mientras me reía.

—Ya, ya, le viste sin camiseta y tuviste una revelación, algo así como una experiencia mística y le empezaste a mirar con otros ojos.

—Experiencia mística no sé, pero cuando estamos en la intimidad…

—¡Ay, Dios mío! —Me tapé los oídos y la vi reírse con tal carcajada, que hasta se doblaba de la risa.

—Ay, niña, no puedes ser tan mojigata, que estás llegando a los treinta y a esa edad, una ha hecho ya casi de todo.

Me ruboricé, lo notaba por el calor que me subió de repente a las mejillas, y aparté la mirada girándome para que Penny no lo viera.

—Bueno, vamos a ponernos manos a la obra, que la comida no se va a preparar sola —dijo frotándome la espalda.

Mientras ella preparaba el cordero que iba a cocinar en el horno, yo me puse a preparar unos postres y la masa para hacer los hojaldres que lo cubrirían.

De repente sentía una curiosidad muy grande por Owen, era como que no dejaba de darle vueltas a mi cabeza mientras elaboraba los postres y reconozco que se me escapaba alguna que otra sonrisilla, todo eso porque no estaba delante, que entonces me provocaba el efecto contrario y me ponía realmente nerviosa.

Y es que el nuevo dueño del castillo no era como ninguno de los hombres que trabajaban allí, ya no por el físico, sino también por ese semblante serio que parecía que no se le quitaba en ningún momento.

¿Sería igual cuando dormía? Porque con tanta seriedad acabaría teniendo una cantidad de arrugas de expresión, que ni con cremas se le alisaría el rostro.

¿Usaba cremas faciales como hacían muchos hombres?
Porque para ser un hombre maduro entrado ya en sus cuarenta… se le veía bastante más joven.

Tenía que dejar de pensar en él, ya empezaba a desvariar y solo me faltaba acabar diciendo alguna de esas cosas que pensaba en voz alta.

Athol apareció por la cocina y dijo que iba a llevar a Owen al pueblo, realmente se podía ir andando, pero había un caminito por medio ya que estábamos en el extrarradio de Inverness, pero para compras y demás, lo mejor era ir en vehículo para no venir cargado.

—Me puedes decir algo bonito que ya la niña sabe lo nuestro y tenemos su bendición —bromeó Penny refiriéndose a mí.

—Bueno, entonces me quedo más tranquilo —respondió bromeando Athol.

—Por mí como si os casáis y tenéis un montón de hijos. Yo feliz por vosotros.

—¿Hijos? Pues será por obra del Espíritu Santo. ¡Qué añito llevo de premenopausia! Entre los sofocos y la falta de sueño, me está dejando por los suelos —se quejó la pobre.

—Siempre se lo puedo hacer a otra y que nos lo dé a nosotros.

—Te vas a llevar una bofetada que vas a olvidar hasta que existen las mujeres —le dijo ella riendo y haciendo que los dos también estalláramos en una carcajada.

—Cuando quieras, Athol —dijo Owen apareciendo por la cocina y mirándome a mí en todo momento.

Si había conseguido aplacar un poco esos nervios que Owen me provocaba, ahí estaban de nuevo de vuelta para decirme que no me relajara tanto porque desde ese día, el jefe había llegado para quedarse y poner mis nervios del revés.

—Vamos, señor.

—Puedes llamarme simplemente por mi nombre —le contestó serio, pero no de mala forma.

Athol asintió levemente, como hacíamos todos al igual que hacía el señor Alec, y salió para irse con Owen, que permanecía allí de pie mirándome mientras yo notaba mis mejillas rojas como dos tomates.

Por suerte se giró y se fue, haciendo que mi cuerpo se relajara un poco, pero solo un poco, porque sabía que ese estado de nervios regresaría cuando volviera a verle.

En serio, lo que ese hombre provocaba en mí cuando me miraba, no era normal, es que no lo era, vamos.

—Por Dios, qué hombre más escueto —murmuró Penny cuando vio por la ventana que ya estaban en el coche.

—A mí me pone muy nerviosa —confesé soltando el aire.

—No hace falta que me des tu palabra. —Reía.

—Me mira muy fijamente y no habla, es como si me quisiera decir algo, pero se reprimiera de hacerlo. Miedo me da a que suelte lo que piensa pues esa mirada me inquieta mucho. Primero, nos comunica que el uniforme no es necesario; lo próximo es que haga la maleta y me vaya. —Me reí volteando los ojos y causando una carcajada en Penny—. Espero que no sea inmediatamente y me dé tiempo a ahorrar un poco para poder alquilar algo mientras busco un empleo.

Ahí aparecía de nuevo esa inquietud que alguno de los trabajadores había tenido y compartido conmigo.

—Te estás imaginando cosas que no tienen que ver con la realidad. A ese hombre le pica la curiosidad de algo y te está haciendo un psicoanálisis.

—Pues con todos los que trabajamos en el castillo, vaya suerte la mía de que me haya tocado —negué mientras cortaba a gajos las manzanas.

Eso era lo que me faltaba, ser yo el objeto de la curiosidad del jefe. ¿En qué momento había sido

el reparto de números para eso y a mí me tocó el ganador? Porque debió ser mi entras dormía, que no me había enterado.

Charlotte, la mujer del servicio de limpieza, apareció por la cocina cuando se dio cuenta de que Owen no estaba ya en el castillo. Era muy cotilla, pero a nosotras nos gustaba escucharla. Tenía cuarenta y cinco años, era muy guapa y lucía una melena rubia de lo más sedosa y cuidada que hacía resaltar el color miel de sus ojos.

Ella estaba casada con Edwin, encargado de los establos y del cuidado de los caballos. Un hombre bastante amable y que siempre tenía una sonrisa en los labios. Era moreno y sus ojos de color marrón como el chocolate.

—No veas el nuevo jefe —dijo Charlotte mientras movía su mano rápidamente—. A partir de ahora me acuesto con mi marido cerrando los ojos y pensando en Owen —decía riendo a la vez que a nosotras se nos escapaba una carcajada—. Pero es muy seco, impone mucho.

—Que me lo digan a mí —murmuré revolviendo los ojos.

—Os vais a quedar muertas con lo que me pasó con él.

—Cuenta, cuenta —le dijo Penny, que no se perdía una.

—Esta mañana le recogí y limpié su dormitorio, el baño y el vestidor —comenzó a decir, y nosotras asentimos—. Pues resulta que ahora para salir se duchó y volví a entrar para limpiarle el baño, cosa que regresó porque se le debió de olvidar algo. Y al verme limpiando de nuevo el baño me ha dicho que a su dormitorio solo tengo permiso a entrar cuando salga a desayunar, que el resto del día, si él se tira un pedo, con esas mismas palabras, ya se lo recoge él mismo, dando a entender que no fuera a limpiar dos veces lo mismo.

—¿Eso te dijo? —pregunté incrédula.

—Tal cual —contestó—. Igualito que el padre, que había que ir diez veces para que no se enfadase —recordó volteando los ojos—. Está para comerle hasta las ideas, pero que es un tanto cortante, yo creo que está atormentado por algo. Este tiene pinta de tener un humor de esos raros.

—Que es un hombre serio, pues sí —dijo Penny—, pero a ver, que es nuestro jefe, no creo que su idea sea estar de fiesta con nosotros todo el tiempo.

—Hombre, Penny, eso tampoco, pero no sé, mujer, ¿una sonrisilla, aunque sea de mentira? Desde luego, a ese arrugas de expresión por las carcajadas no le vamos a ver.

—Yo lo que agradezco es que ha dicho que no usemos uniformes, así que. —Me encogí de hombros.

—¿Ha dicho eso? —preguntó Charlotte, con los ojos muy abiertos y sorprendida.

—Sí, nos lo dijo cuando vino a por el café —contestó Penny.

—¡Al fin me libro de la cofia y el delantal! —gritó, con ambas manos levantadas mirando al techo.

—¿Qué cofia, loca? —dijo Penny, muerta de risa, puesto que en nuestro uniforme la cofia no entraba, solo el vestido y el delantal.

—Era un decir, mujer. Pero vamos, que esto de colgar el delantal ya me gusta. ¿Lo podemos echar al fuego? Es que le tengo una manía ya al uniforme…

—Mejor guárdalo no vaya a ser que se arrepienta de vernos vestidos de calle, y le dé por ponernos hasta cofia —respondió Penny.

—Pues le iba a decir yo dónde podía ponerse él la cofia, vamos —dijo Charlotte mientras revolvía los ojos—. Bueno, me voy a darle un repasito a la sala antes de comer.

Cuando se fue, Penny no podía dejar de reír mientras me decía lo loca que podía estar Charlotte algunas veces, pero yo debía admitir que, con ese humor que tenía, conseguía que me olvidara al menos un poquito de mis penas en esos días tristes que tanto lo necesitaba.

Capítulo 3



Eran las cuatro de la tarde cuando salí del castillo para ir a hacer algunas de las compras que tenía pensado. Tal como dijo Penny, iba a darme algún que otro capricho bien merecido.

Fui caminando, disfrutando del paseo y el aire fresco, algo que me iba a sentar mejor que bien puesto que estaba tan acostumbrada a la vida en el castillo, encerrada entre las cuatro paredes de mi habitación, que, si alguien hubiera pensado que era una vampira alérgica al sol, no me habría extrañado ni un poquito.

A pesar de la época invernal en la que estábamos, ir del castillo a cualquiera de las tiendas dando un paseo era ese soplo de aire fresco que tanto necesitaba.

Nada más entrar en la calle principal del pueblo, me vino un olorcito a chocolate caliente que se me hizo la boca agua. Me dirigí al puesto en donde lo estaban vendiendo y me pedí un vasito pequeño para llevar.

Fue dar el primer sorbo, y cerrar los ojos disfrutando de aquel delicioso sabor, esa mezcla dulce y un poco amargo que tanto me gustaba desde que era una niña.

Se sentía el frío de un febrero que venía cargado de incesantes lluvias que me encantaba ver tras los cristales. Sin embargo, en la casa se estaba de lo más agradable en manga corta ya que la calefacción mantenía una temperatura perfecta. Pese a eso, me gustaba sentir la libertad que daba el aire por muy frío que estuviera. Hoy las lluvias habían dado tregua, por eso no me lo pensé en aprovechar para salir y hacer las compras.

Terminé de beber mi chocolate antes de entrar en la perfumería, donde quería comprarme una crema hidratante para las manos, un producto que no podía faltarme en mi rutina y del cual me quedaba muy poco. La última vez había comprado todos los productos para mi *skincare* nocturna y aún me quedaban bastantes, pero aproveché una oferta que había de una crema facial que usaba por las mañanas y la compré para tenerla de reserva ya que el precio era buenísimo y rara vez ponían esas ofertas. Así que salí de lo más contenta.

La chica me dio unas muestras de regalo de productos nuevos que habían recibido esa semana, además de una barra de cacao con sabor a fresa que para esos días de frío y que no se me resecasen mucho los labios me iba a venir de perlas.

Entré en la tienda de ropa dispuesta también a llevarme algunas cositas, lo que no imaginé es que se me fuese tanto de las manos ya que terminé adquiriendo tres *leggins* negros, tres camisetas de manga larga y dos de manga corta, unos vaqueros elásticos y una sudadera preciosa en color blanco.

Mientras pasaba la tarjeta pensaba en lo que me había dicho Penny de ver el humo saliendo de ella, y se me escapó una sonrisilla.

Verlo no lo vi, pero que me estaba gastando un buen dinerito en caprichos, era un hecho. Vaya que sí.

Pero como alguna vez escuché decir a mi madre, «una vez al año no hace daño».

Y, por último, entré en la tienda de deportes donde me compré unas deportivas blancas que estaban muy de moda y que era el primer capricho de marca que me iba a comprar.

Eran una cucada, y ya me veía con ellas puestas, mis *leggins* y esa sudadera nueva que me acababa de comprar. Un *outfit* de lo más bonito, de esos que se veían en algunas revistas de ropa y quedaban preciosos.

Al final, eso que veía en las redes de que quemar tarjeta era un antidepresivo, iba a ser cierto, y tanto me animé, que me metí en una afamada firma internacional de ropa de dormir que era muy asequible y me llevé dos pijamas monísimos por el precio de uno, además de algo de ropa interior.

Y me habría llevado mucho más, porque allá donde mirase había un pijama monísimo, de esos suaves y calentitos.

Creo que era el día de mi vida que más dinero junto había gastado, pero si como se decía, «una vez al año no hace daño», imaginad en veintiséis años, como que me lo tenía merecido.

Como si algo fuera de lo normal me empujase a hacerlo, regresé a la perfumería. La dependienta al verme sonrió como si pensara que sabía que volvería a verme, solo que estaba claro que ninguna de las dos pensamos que fuera a ser tan pronto.

Y volví para comprar algo de maquillaje: un labial líquido suave, un poquito de iluminador para las mejillas y una máscara de pestañas, esa era mi intención cuando entré, pero la realidad es que salí con algunas cosas más, ya que me terminé llevando una paleta de sombras, una base de maquillaje y unos polvos compactos.

En mi vida me había maquillado más que las pestañas, pero ya era hora de intentar aprender un

poquito con los tutoriales que salían en las redes. Eso por no hablar de los consejos, breves, eso sí, que me fue dando la chica mientras me recomendaba qué producto llevarme y cuál me sentaría mejor para mi tono de piel.

Sonriendo, pero calculando así por encima un poco todo lo que me había gastado volví a la calle, me fijé en un escaparate y…

No, me dije a mí misma para no volver a entrar en ninguna tienda más, me reí sola mientras caminaba cargada de bolsas.

En ese momento me sentí como esas chicas de las películas que llevaban bolsas de todos los tamaños y colores, y por un momento me imaginé dando leves saltitos como ellas. Si hubiera tenido unas gafas de sol en ese instante ya sí que sería una de esas protagonistas.

Lo que sí hice fue entrar en una cafetería y tomarme un café, lo presentaron tan bien, con dos pequeñas galletitas con pepitas de chocolate, que hasta daba un poco de pena tomarlo.

Pero lo hice, mientras contemplaba el ir y venir de gente por la calle que, al igual que yo, iba de tienda en tienda.

Ni dos pasos había dado al salir de la cafetería cuando, mientras comprobaba que llevaba todo, escuché una voz conocida.

—¿Caprichosa?

—Hola, Owen. —Me sonrojé por completo al verlo ante mí—. No, solo que necesitaba algunas cosas y era ahora o nunca, pero es la primera vez que vengo de compras a por tantas cosas —me justifiqué sin tener que hacerlo, porque con mi dinero podía hacer lo que me diera la gana.

—Haces bien. Yo he venido a recoger la cafetera ya que esta mañana del modelo que quería solo quedaba la de exposición y me la han traído de otra tienda.

—Si lo hubiera sabido no me habría importado recogerla.

—No creo que te quedasen manos —dijo cogiendo algunas de mis bolsas.

—No es necesario.

—Tengo el coche aquí al lado. —Ignoró mi comentario—. ¿Tienes que comprar algo más?

—No.

—Pues vamos. —Señaló hacia la calle en donde lo tenía aparcado.

Estaba como menos seco, pero sin perder esa seriedad que le caracterizaba. Me abrió la puerta

del copiloto y metió las bolsas en el maletero antes de proceder a montarse.

Pensaba regresar caminando, tal como había venido, disfrutando del paseo, aunque bien visto, y con tantas bolsas… Pues como que le agradecía a Owen que me llevara de vuelta.

Durante el trayecto, que no duró nada, nos acompañó un eterno silencio que parecía que los segundos fuesen horas. Estuve todo el tiempo conteniendo la respiración.

Llegamos al castillo y sacó las bolsas del maletero, no dejándome cogerlas hasta la entrada de la casa. Me pareció un acto muy humilde por su parte.

Le di las gracias y me dirigí al dormitorio para colocar todo antes de salir a ayudar a preparar la cena, que solo habría que calentarla ya que la dejamos lista por la mañana como era costumbre.

—Pero bueno, ¿qué has hecho llegando con el señor que te pone tan nerviosa? —peguntó con los brazos en jarra y una media sonrisa.

—Calla, Penny, que me lo encontré en el pueblo y me dijo de traerme de vuelta. Yo no sabía ni qué hacer, pasamos todo el trayecto en silencio.

—Pero algo te diría, ¿no? Dudo que te metiera en el coche a empujones.

—Pues no le faltó mucho. —Me reí—. Cogió mis bolsas, ya que iba cargada, y me preguntó que, si tenía que comprar algo más y al decirle que no, me hizo un gesto de que lo siguiera hasta el coche.

—Te ahorró el paseo cargada. —Rio.

—Eso sí. Por cierto, leí un cartel en un pub de que mañana por la noche hay una fiesta.

—¿Tú de fiesta? Eso sí que es nuevo —dijo con una sonrisilla.

—Me he comprado un poco de maquillaje, aunque no sé ni usarlo.

—Estás pensando en salir.

—Nunca lo hice. —Me reí.

—Pero ¿hacerlo sola?

—Por algo deberé empezar. Estoy cansada de no hacer nada, solo trabajar y vivir en mi habitación.

—No me pongas esa cara de tristeza que soy capaz de salir contigo mañana.

—Tranquila, tú disfruta de tu amor que seguro que me las apaño solita. Quiero escuchar música mientras me tomo una cerveza o algo. No sé, empezar a ser mujer. —Fruncí la cara.

—Te lo digo de verdad, si necesitas que te acompañe no dudes que lo haré.

—Tranquila —repetí acariciando su espalda—. Saldré solo un ratito. Me iré sobre las nueve y seguro que a las once estoy de regreso.

—Niña, hasta Cenicienta podía disfrutar de su salida nocturna hasta la medianoche. —Volteó los ojos.

—Bueno, bueno, eso ya lo iré viendo más adelante. Vamos a empezar por salir un ratito, que sabes que soy de acostarme pronto.

—No me hace mucha gracia que salgas sola —me dijo en tono madrera.

—Vivo sola en cierto modo. —Tragué saliva.

—Me tienes a mí, eso jamás lo dudes. —Me dio un beso en la mejilla.

Y no lo dudaba, por supuesto que no, sabía que siempre que la necesitase estaría ahí para darme una mano.

Preparamos la mesa y fueron viniendo los trabajadores, ni rastro de Owen, pero como nos dijo, él se encargaría de comer o cenar cuando le apeteciera, así que le dejamos su bandejita dentro del horno para que la cogiera cuando quisiera.

Tras la cena, y ayudar a Penny a recoger, le di las buenas noches y fui a mi habitación.

Me puse a mirar en el móvil tutoriales para maquillarme y terminé haciéndolo, aunque reconozco que parecía más un payaso que otra cosa, ya que me había pasado con el rubor y no había manera de difuminarlo.

Menos mal que no me veía nadie porque con esa cara que tenía más de uno me habría preguntado si me había maquillado a oscuras. Santo Dios, cómo me había dejado.

El horror más grande fue cuando fui consciente de que no había comprado ningún producto para desmaquillarme, por lo que tuve que improvisar con el jabón y casi arrancarme la piel al frotar intensamente para eliminar todo lo que había aplicado en mi rostro. Luego me eché las cremitas para conseguir aliviar un poco el desastre.

Desde luego, cuánta verdad en eso de que hay primeras veces que acaban en desastre, porque desastre era lo que yo me había hecho aquella noche.

Me metí en la cama y me abracé a la almohada. Esta vez le hablé de mis ánimos por intentar salir

un poco, al menos, de estas cuatro paredes y hacer un poco de vida social en el pueblo.

Estaba decidida, de eso ya no tenía la menor duda, iba a empezar a vivir todo lo que en los últimos años no había vivido.

Como decía Penny, era joven, y la vida que llevaba era casi como la de una monja de clausura, y eso tenía que cambiar.

Una vez al año no hace daño, y salir de vez en cuando, pues tampoco.

Capítulo 4



Y de nuevo llegó la mañana, el canto de los pajarillos más madrugadores y atrevidos me dio los buenos días y, a pesar de mi tristeza, y de que alguna que otra lágrima volvía a caer por mis mejillas, sonreí levemente mientras las secaba.

Tras incorporarme mientras me desperezaba apartando el estado aún somnoliento de todo mi cuerpo, salí de la cama lista para comenzar un nuevo día.

Estuve un rato recreándome bajo la ducha antes de vestirme con uno de los *leggins*, camiseta y deportivas nuevos. Estaba feliz con mi nuevo *outfit* de lo más deportivo pero que quedaba muy bonito y me hacía hasta una silueta más definida.

Sonreí al ver mi reflejo en el espejo, sin duda me había quitado esos treinta años de encima que me hacía aparentar el uniforme, a Dios gracias que el joven heredero del castillo llegó para implementar un poco de modernidad en ese aspecto, porque si lo que yo quería era cambiar y estar un poco menos triste y deprimida, con el uniforme no lo habría conseguido ni poniéndome una cinta de color en el pelo a modo de diadema para darme ese aire de juventud que me faltaba con el uniforme.

Sin dudarlo, me eché un poco de base de maquillaje y apliqué encima unos polvos que dieron una textura y visibilidad muy bonita a mi rostro, lo que no me atrevía era con el rubor, pero después de pensarlo, lo apliqué primero en un papel para quitarle el exceso y a toquecitos conseguí ponerlo de lo más natural. ¡Me encantaba! Además, que la máscara de pestañas y el *gloss* labial consiguieron terminar de alegrar mi cara que se veía de lo más natural y bonita. Rematé con mi fragancia favorita que usaba desde hacía años y olía muy fresca, además, era muy económica y no me podía faltar mi botecito.

Ahora sí que podía decirle hola a la nueva Alisa, aunque solo fuera por el hecho de verme con ese aspecto natural. Sonreí y no fue tan forzada como de costumbre, aunque bien es cierto que en la vida siempre había cosas que no cambiaban y esa sonrisa estudiada que siempre ponía ante los demás, acababa aflorando en un momento u otro del día.

Me dirigí hacia la cocina y al verme Penny entrar, se le abrieron los ojos como platos y me miró fijamente.

—Buenos días. —Apreté los dientes.

—¿Dónde está mi Alisa? —Levantó la pala de la cocina como si me estuviera amenazando.

—¿Me he excedido con el maquillaje? —Seguí apretando los dientes, muerta de vergüenza por si ese era el caso, dado que una no era experta en eso de maquillarme y solo me faltaba, ya no parecer un payaso, sino una fábrica de pinturas.

—No estás más guapa porque eso es imposible —contestó con una sonrisa y consiguiendo así que soltara el aire aliviada—, pero ¿a quién quieres conquistar?

—¡A nadie! —Moví la cabeza incrédula—. Solo quiero animarme de alguna manera. Reconozco que no estoy bien —confesé tragando saliva.

—¿Qué te pasa mi niña? —Me recogió con su brazo y besó mi frente.

—Que la vida no me lo puso fácil nunca. —Noté el nudo en la garganta y el picor en los ojos que predecía a un diluvio de lágrimas, porque lo mío no eran solo unas pocas lágrimas cayendo por mis mejillas, sino un sinfín de ellas.

—Ni se te ocurra llorar y cargarte el maquillaje con lo guapísima que estás —me advirtió, levantando de nuevo la pala de la cocina a modo riña—. Sé que has tenido una vida dura por lo poquito que me has contado, porque eres una persona que te lo comes todo para ti sola, pero aquí me tienes para desahogarte cuando quieras y para ayudarte cuando lo necesites. No lo dudes, bonita mía. —Sonrió acariciándome la mejilla.

»Y si hoy te has maquillado es porque te quieres un poquito más. Tienes que salir de tu zona de confort y hacer cosas que te motiven, como ir de compras, maquillarte o arreglarte un poquito. La vida a veces es jodida, mucho, en algunas ocasiones, pero todo puede cambiar si tú le pones ganas. Y si esta noche vas a salir de fiesta, hazlo a lo grande, siempre hay una primera vez y esta, la recordarás siempre.

—¿Ya no te da miedo que salga sola? —pregunté con una sonrisilla.

—Sí, mucho, pero como ya eres una mujer adulta no puedo decirte lo que tienes que hacer. Eso sí, ten cuidado, ¿vale?

—Vale, mamá. —Reí.

—Uy, si fuera yo tu madre… —resopló—. Tú hoy sales y disfrutas. —Me hizo un guiño.

—A ver si esta noche aparece mi príncipe azul y me lleva a su palacio. —Me reí de lo que había dicho y Penny también, a sabiendas de que, aunque no fuera mío, vivía en un castillo.

—Buenos días. —La voz de Owen nos hizo mirar hacia la puerta y ahora no sabía si nos había escuchado. Me miraba fijamente volviendo a ponerme de lo más nerviosa.

Noté de nuevo el sonrojo en mis mejillas y los nervios aparecieron ante su presencia. Había que ver qué suerte la mía, con lo tranquila que me había levantado.

—Buenos días, señor —contestamos al unísono.

—Owen, dejarlo en Owen. —Seguía mirándome de lado, pero bien fijo.

—¿Quiere desayunar aquí o se lo llevo a su despacho?

—A mi despacho —me respondió—. El café me lo preparo allí —asintió flojito pero rápido indicando que se marchaba.

—Por Dios, que no me haya escuchado —dije llevándome las manos al rostro, muerta de vergüenza, cuando me aseguré de que ya no podía oírnos.

—Tampoco dijimos nada malo, que somos sirvientas, pero también personas y tenemos vida.

—Ahora se pensará por mi comentario del príncipe azul que soy una interesada —suspiré.

—¿Y? A ver si no es por interés por lo que él se mudó al castillo. No venía a ver al padre, pero en cuanto estiró la pata, mira cómo corrió para instalarse dejando su vida en la ciudad.

—Penny, a partir de ahora vamos a hablar mirando hacia el pasillo —propuse agobiada—, que yo sustos de estos no quiero más. Que me veo de patitas en la calle con una mano delante y otra detrás, y sin ahorros suficientes.

—Deja ya de preocuparte por todo. ¿No te das cuenta de que tu cabeza va más allá de lo que realmente sucede?

Me tomé el café mientras ella terminaba de preparar el desayuno para Owen, y cuando lo tuvo todo listo, puso la bandeja en mis manos.

—Pasito ligero hasta el despacho y bien firme esa cabeza, que aquí no ha pasado nada y él no escuchó nada. —Hizo un guiño.

—¿De verdad no se me ve exageradamente maquillada? —pregunté preocupada antes de salir hacia el despacho.

—Estás preciosa. —Me dio una palmada en el culo para que me fuera—. Y mira qué bien te sientan esos *leggins*, verás cuando te vean los chicos de la casa.

—¡Penny, por Dios! No me pongas más nerviosa —protesté antes de salir, y ella se limitó a

sonreír como el gato de Alicia en el país de las maravillas.

Creo que hice el trayecto más lento de mi vida, me daba mucha inquietud esos momentos de silencio en los que pasaba junto a él y que se me hacían eternos.

Abrí la puerta cuando me lo indicó después de dar los dos golpecitos y de nuevo me miraba fijamente sin titubear mientras yo caminaba hacia su mesa para dejarle los platos sobre ella, momento en el que la respiración se me entrecortaba por completo.

—Qué aproveche —indiqué antes de marcharme.

—¿Te has maquillado alguna vez para estar en el castillo?

—¿Cómo? —No entendía esa pregunta.

—No te vi maquillada ayer ni para ir al pueblo, ¿sueles maquillarte a menudo? —Su tono era tan serio como frío.

—Es la primera vez.

—Esa era la pregunta —afirmó como indicando de que ya me podía ir.

Me giré incrédula porque no sabía si estaba insinuando algo o solo era curiosidad. Tal como cerré la puerta al salir llené mis pulmones de aire antes de soltarlo.

Regresé a la cocina y al verme la cara, Penny arqueó la ceja.

—No te lo vas a creer —dije tras dejar la bandeja, y le conté lo que me había pasado.

—Este hombre me parece que viene pisando fuerte.

—No sé para qué se me ocurrió la genial idea de maquillarme —suspiré mientras negaba.

—Pues para sentirte más viva. —Me besó la mejilla—. Y no me vengas con arrepentimientos por un comentario de alguien que es un tanto atrevido, ni que le dijéramos nosotras lo que se nos pasa por la cabeza.

Me puse el delantal para ponerme a cortar la verdura y era incapaz de mediar palabra. Solo escuchaba como en una voz en segundo plano a Penny que intentaba animarme en todo momento.

¿En serio me había insinuado que me había maquillado para él? Pues sí que era presuntuoso. Jamás se me había pasado por la cabeza hacerlo, mi idea era verme bien yo, ponerme bonita por y para mí por una vez en la vida, y el nuevo señor del castillo se pensó lo que no era.

Una hora después sonó el timbre de su despacho en el cuadro de la cocina y miré a Penny antes de rebufar y dirigirme hacia allí.

Di los dos golpes en la puerta y entré cuando me lo indicó. De nuevo su mirada fija en mí mientras avanzaba hasta su mesa.

—¿En qué le puedo servir? —pregunté con toda la calma del mundo.

—Prepárame un café, por favor —dijo acomodando su espalda sobre el sillón y señalándome a donde tenía la cafetera.

—Ahora mismo. —Me dirigí hacia el mueble donde tenía todo. ¿De verdad me había hecho venir para prepararle un café? No lo podía creer.

Mientras lo preparaba pude comprobar que no dejaba de mirarme en todo momento. Serio y frío, como siempre, que ese hombre no debía sonreír ni, aunque lo torturaran con una pluma haciéndole cosquillas en los pies. Y cuando estaba así con él, en la misma estancia y notando sus ojos puestos en mí, eran los momentos más incómodos que había pasado en mi vida.

—Gracias —murmuró cuando se lo puse sobre la mesa—. Nada más —asintió como que ya me podía ir.

—Hasta luego —contesté mientras me giraba para salir por la puerta.

—Te queda muy bien el maquillaje —dijo dejándome por un momento paralizada.

—Gracias. —Lo miré antes de cerrar la puerta.

Me dirigí a la cocina buscando el desahogarme con Penny que me miró arqueando la ceja antes que le contase lo sucedido.

—Ese se encaprichó de ti, es que lo estoy viendo. —Sonrió—. ¿Tú no querías un príncipe azul? La vida te lo ha cambiado por un Highlander y su castillo —dijo al tiempo que movía las cejas de un modo gracioso, provocándome una carcajada.

—No creo que sea eso, además ¿tú crees que alguien como él se fijaría en una niña como yo?

—Eso es lo que le atrae, tu dulzura y belleza, que guapa eres un rato, que no se te olvide.

—Espero que te estés equivocando, lo que me faltaba a mí es pasar esa tensión cada día.

—Pero a ti te gusta.

—No, bueno sí, pero no. —Me estaba poniendo nerviosa—. Me parece un hombre guapísimo con un cuerpo muy cuidado, pero su personalidad me da mucha inquietud, es raro, es un hombre

raro.

—Verás que tú serás mi jefa —bromeaba aún a sabiendas de que eso me ponía más nerviosa de lo que ya lo estaba.

—Yo solo espero que no me diga nada más. —Retomé lo que estaba haciendo antes de ir a atenderlo.

—Es muy extraño que te haya pedido que le hagas el café cuando él se mostró tan autónomo y tiene la cafetera a su lado, pero no sé, lo mismo hoy le dolía una pierna. —Me hizo una burla.

—Alec no imponía tanto, tenía sus cosas, era muy perfeccionista pero no tenía la seriedad de su hijo.

—Son totalmente diferentes, de todas maneras, ahora nos tendrá en cuarentena y lo mismo luego se abre mucho más.

—Pues no sé si eso será bueno o malo —resoplé causándole una carcajada.

Capítulo 5



El resto del día no me crucé con Owen ya que él salió a comer a la calle, cosa que agradecí ya que me había dejado todo el día de lo más pensativa.

Y lo de Penny me tenía hasta nerviosa, ¿cómo se le había ocurrido decirme aquello? Que no, que no podía ser, que yo a Owen no le gustaba, ¿cómo iba a gustarle?

Seguro que estaba acostumbrado a una clase de mujeres que nada tenían que ver conmigo. Vale, haciendo caso a Penny, yo fea no era, que tenía una cara bonita, pero no era más que una ayudante de cocina y nada sofisticada, no formaba parte de la alta sociedad escocesa, y mucho menos, tenía algún antepasado con sangre azul, como podía ser el caso de Owen, su difunto padre Alec y todos sus ancestros.

Ya empezaba a desvariar de nuevo, si es que no podía ser, que al final acabaría hasta loca.

Olvidé todo ese asunto tanto como pude mientras pensaba en qué llevar esa noche para salir y preparaba el maquillaje después de ver un nuevo tutorial.

Al final me puse los pantalones vaqueros que me había comprado hacía dos días, lo combiné con una de las camisetas de manga larga y lo complementé con unas botas de piel con tacón cuadrado que me regalaron por Navidades entre todos los del servicio, ya que entre nosotros nos poníamos regalos.

Entré en la cocina para despedirme y sonreí ante la cara de Penny al verme.

—Si es que no se puede estar más bonita —dijo con una sonrisa.

Y no dejó de alabarme haciendo alusión a lo guapa que iba y lo bien que me había maquillado. A ella le encantaba el abrigo de paño azul marino que yo tenía y que me había autorregalado por mi cumpleaños.

Salí de la casa con Athol, que se ofreció a llevarme al centro ya que estaba segura de que Penny

le había insistido en ello.

—Gracias por traerme, Athol. —Sonreí antes de bajar del coche.

—No hay que darlas, hija. ¿Te recojo más tarde?

—No quiero molestar, de verdad, bastante con que me has traído. Ya volveré después dando un paseo, tú disfruta de la noche con Penny.

—Sabes que no es molestia y los caminos de noche…

—Eso ha sonado muy Penny. —Volví a sonreír.

—Nos preocupamos por ti.

—Lo sé, pero quedaros tranquilos que en cuanto me tome unas cervezas, vuelvo para el castillo. Adiós.

—Adiós, y pásalo bien.

Asentí mientras cerraba la puerta y no tardé en verle alejarse de allí para regresar al castillo.

La verdad que a veces, tanto él como Penny, se portaban como unos padres para mí.

Cuando llegué a la entrada del pub fue como si un golpe de realidad me diera de lleno, y me pregunté qué hacía yo sola en un lugar como este, pero me respondí a la vez que, o daba un pasito más al frente, o retornaría a quedarme en el mismo lugar del que no me solía mover. ¿Acaso era eso lo que quería?

Me pedí una cerveza y me senté sobre uno de los taburetes que había repartidos por el local apoyándome por una falsa barra que cogía todas las paredes y que era para apoyar las copas.

Observaba a la gente charlando en grupos y me imaginaba habiendo tenido una vida así y tener amigas con quien compartir estos ratitos. Me sentía de otra época, como si mi vida se hubiese quedado anclada en el tiempo. Casi me bebo la cerveza de dos tragos para olvidar mi triste vida.

Escuchaba el murmullo de las voces repartidas por allí, las risas de chicas de mi edad que se notaba que lo estaban pasado bien, incluso me pareció ver que un par de hombres me miraban con curiosidad mientras tomaban sus cervezas.

Di un sorbo a la mía y evité mirar de nuevo hacia la mesa de esos hombres, solo me faltaba ponerme nerviosa por ellos también, como si no fuera suficiente con lo que cierto heredero provocaba en mi persona.

—¿Esperas a alguien? —Una voz conocida preguntó a un lado de mí y me giré casi paralizada.

Si antes mi mente pensaba en él, antes aparecía.

—Hola, Owen. No, no, solo salí a tomar un par de cervezas y que me diera el aire —murmuré preguntándome por qué daba tantas explicaciones.

—¿Sueles salir sola? —Se acomodó de lado apoyando su cerveza y codo sobre la barra de la pared.

—Es la primera vez que lo hago. —Sentía cómo sus ojos se clavaban en mí y me miraban como siempre, fijamente.

—Te maquillas por primera vez, sales por primera vez… ¿estás intentando captar la atención de alguien? —preguntó con curiosidad.

—¡No! —exclamé indignada— Todo lo hago por y para mí.

—¿Y por qué te ofendes? —Arqueó la ceja y por primera vez le vi una sonrisa de medio lado.

—Es que parece que quieras sacar conclusiones donde no las hay.

—Solo me limito a preguntar sobre lo que observo.

—Ya me he dado cuenta de que eres una persona muy observadora.

—No para todo —murmuró sin dejar de mirarme con esa intensidad.

—Y tú, ¿esperas a alguien? —pregunté ya por curiosidad y por romper ese hielo que sentía en los silencios en que no dejaba de mirarme.

—No, vine a buscarte.

—¿A buscarme? —Lo miré incrédula y sin entender nada.

—Le pregunté a Athol si te había visto y me dijo que te había dejado aquí.

—¿Y para qué me has venido a buscar?

—Porque tengo algo que proponerte. —Volvió a arquear la ceja y le salió la leve sonrisa que algo me hacía presagiar que me iba a sorprender.

—¿A mí? ¿Del trabajo? ¿Y por qué no esperaste a decírmelo mañana? ¿Necesitas algo?

—Sí, te necesito de aliada.

—¿Aliada de qué? —pregunté sin entender nada, y es que al paso que iba tendría que acabar

sacándole información con unas tenazas, que no me decía nada en concreto y me podían los nervios.

—Aliada para que se haga efectiva mi herencia…

—Pero ¿y qué quieres de mí? Además, se supone que ya tienes tu herencia.

—Sí, pero debo de cumplir unas condiciones para que se haga totalmente efectiva. Eres la única que me puede ayudar a conseguirlo.

—No entiendo nada, pero estoy dispuesta a escucharte.

—Eso deberemos hablarlo en mi despacho en otro momento, ya que me tendrás que firmar un contrato de confidencialidad en el que quedará reflejado que no podrás desvelar nada de lo que te cuente.

—No hay problema por eso, te lo firmaré, lo que me cuentes irá conmigo a la tumba. Te ayudaré en todo lo que pueda, siempre y cuando lo vea algo coherente.

—Voy a por dos cervezas —dijo dándole el último trago a la suya y llevándose los dos vasos.

Solté el aire intentando volver a tener el control dado que mi cabeza ahora era una nube que no dejaba traspasar las ideas a mi cerebro para visualizar con claridad todo lo que estaba pasando.

¿Qué quería Owen de mí? ¿Para qué me necesitaba de aliada para salvar su herencia? Cuanto más me repetía las preguntas, menos sentido le encontraba a nada. ¿Por qué yo, cuando en las tierras había personas más antiguas en sus puestos que siempre sirvieron con la mayor de las lealtades?

No sabía qué podía querer de mí, ni si de verdad podría ayudarle por muy dispuesta que estuviera a hacerlo, ¿qué tan complicado podría ser el asunto de su herencia para que tuviera que pedir ayuda a una chiquilla como yo?

Regresó y se apoyó de medio lado en la barra, yo estaba sentada girada hacia él. Se quedó pensativo unos segundos en que aproveché para darle un trago a la cerveza recién servida, me encantaba esa sensación de tomarla bien fría.

—Te voy a ser claro y sincero. No confío en nadie de los que hay en las tierras. —Parecía que me había estado leyendo la mente.

—¿Tienes algún indicio para no hacerlo?

—El testamento de Alec. —Seguía llamando a su padre por su nombre—. Y muchas otras cosas que fui investigando a lo largo de los años, sabía que en cualquier momento pasaría esto y se tendría que ir.

—¿Has investigado a los trabajadores del castillo?

—Os he investigado a todos, sí. Casualmente, resulta que aún nadie sabe el contenido de este salvo yo, su legítimo heredero. ¿No es curioso que, por ejemplo, Penny y Athol, que llevan tanto tiempo conviviendo en las tierras, no se hayan liado hasta ahora?

—¿Y tú como lo sabes?

—Lo sé casi todo. Como decía es toda una casualidad ya que a ellos les dejó un poco de la herencia a condición de que tendrían que unirse en matrimonio y estoy viendo que de repente, van por ese camino. ¿Coincidencia? ¿Trato de favor y de algún modo están al tanto de lo que les voy a comunicar? Mi padre le dejó a todos los del servicio, y a Athol, una parte de la herencia, pero a todos con una condición para que se haga efectiva, al igual que a mí y a ti.

—¿A mí me dejó algo? —pregunté asombrada, pues no esperaba recibir nada, a fin de cuentas, el señor Alec me conocía desde hacía solo cuatro años, no como al resto de empleados, que prácticamente llevaban toda la vida con él.

—Sí, pero también lleva su condición. A los dos nos beneficiaría aliarnos como hicieron Athol y Penny.

—¿Cómo que ellos se han aliado? —Fruncí el ceño—. No entiendo nada, explícame.

—Yo tengo el castillo ahora para mí y los gastos se están cobrando de la cuenta de Alec, pero yo no puedo tocar absolutamente nada, ni poner las tierras a mi nombre, hasta que no me case con una escocesa y vivamos en el castillo.

—Pues te deseo mucha suerte. —Me atreví a darle dos golpecitos en el hombro.

—La misma que yo te deseo a ti, dado que, para tú cobrar tu parte, tienes que quedarte en el castillo a vivir por lo menos cinco años. —Sonrió con ironía y a mí se me escapó una carcajada.

—¿Qué me quieres decir?

—Que nos casemos ante los ojos de los demás, dispongamos de la herencia al igual que la dispondrán Athol y Penny, que estoy seguro de que nos anunciarán que se casan en breve, y dentro de un par de años, se nos acabó el amor.

»Tú te vas con todos los ingresos correspondientes a los salarios desde ahora hasta ese momento en que nos divorciemos y las cien mil libras que te dejó mi padre. Mientras tanto, tu marido te mantiene. —Sonrió de nuevo.

»Y todo eso sin trabajar, porque pasas directamente a ser la mujer del Highlander heredero. —Arqueó la ceja y se le vio cierto orgullo en su rostro—. Por cierto, luego cuando regresemos al castillo pasarás por mi despacho antes que nada a firmarme la confidencialidad.

—¿Casarme contigo por cien mil libras? —Me reí—. No te preocupes por el contrato de silencio

que te lo firmo cuando regrese.

—Cien mil libras y tu salario de cada mes de aquí a que nos divorciemos.

—Eso lo voy a tener porque pienso trabajar y sabiendo que, si aguanto cinco años más, tengo unos buenos ahorros y cien mil libras, te digo ya que no me hace falta casarme contigo ni fingir nada.

—Te compraré una casa llegado ese momento.

—Como si no pudiera comprarme un pequeño apartamento yo misma dentro de cinco años con lo que ahorre en este tiempo, y ese dinero del que hablas.

—Umm. —Hizo un gesto como de que no, o que había algo que no me había dicho aún.

—¿Hay algo más que no sepa? —pregunté cruzándome de brazos.

—El testamento tiene muchas puntualizaciones, todo te lo contaré una vez que firmes la confidencialidad, aceptes mi petición y que podamos hacer efectiva la herencia. Ya no tendrías que esperar los cinco años, en dos nos podemos divorciar y llevarte lo que te pertenece, además de la casa que te ofrezco en el lugar que quieras.

—¿Qué conlleva casarme contigo?

—Fingir en todo momento que eres mi mujer y dormir en mi misma habitación. Hay un sofá muy cómodo y nos podemos turnar cada noche.

—No lo des por hecho, eso lo debo de pensar.

—¿Qué más te da, si al final de todo tienes la posibilidad de comenzar esa vida que deseas con dinero y una propiedad?

—Veo que sabes bastante de mí.

—Sé que te quieres ir, pero que no puedes porque tienes que ahorrar lo que hasta hace poco no pudiste por ayudar en los cuidados de tu padre.

—Sabes bastante de mí. —Revolví los ojos confirmando lo que antes había dicho.

—Te he observado mucho y creo que encajamos para esta alianza.

—¿Me has observado? ¡No me había dado cuenta! —exclamé con tan gran ironía, que aquella era la primera vez que se le escapó una risilla.

—¿Entonces? —indagó cogiendo su cerveza para dar un trago.

—Me niego, no, no me voy a casar por dinero y mucho menos sin sentirlo.

—Verás, es que no tienes opción.

—¿Cómo que no tengo opción? —Me saltaron todas las alertas

—Creo que es mejor que formemos un buen equipo, que a que trabajes incómoda. ¿No lo crees? —Me hizo un guiño.

—¿Me estás amenazando? —grité— Porque si es así…

—Para nada —me cortó—, te estoy poniendo un posible escenario, para que tengas más variedad para elegir.

—Me parece que estás siendo un tanto atrevido.

—¿Y no me vas a reconocer que tienes la suerte de ser tú la afortunada de tal atrevimiento?

—Váyase a freír espárragos, señor Owen. —Me bajé del taburete y cogí mi bolso y abrigo para salir del pub.

Desde luego que de entre todas las posibles cosas que podría haber imaginado para una alianza, en el caso de imaginar, dado que no sabía por dónde me iba a salir ese hombre, la de que nos casáramos desde luego que no era una de ellas.

Me dirigí a la calle en donde estaban los taxis para abordar uno cuando, una vez más, la voz de Owen se dirigía a mí de nuevo.

—¿Por qué la única hermana de tu padre nunca os ayudó? —Me quedé paralizada por completo comprendiendo que la investigación que había hecho sobre mi vida había sido de lo más profunda, pero no sabía hasta qué punto.

—Owen. —Me gire mirándolo fijamente—. Vuelve a nombrar a alguien de mi familia y no te dará tiempo a dejar tu testamento.

—Si quieres puedo seguir hablando, si algo me caracteriza es que no le tengo miedo a nada ni a nadie. Así que tú misma.

—¡No me voy a casar contigo! —grité, y una pareja que pasaba se nos quedó mirando, y a ella le salió una leve sonrisa, como si pensara que estábamos teniendo una leve riña de enamorados. Nada que ver con la realidad, ni mucho menos.

—Sí lo vas a hacer —contestó con tal seguridad, que dejó claro que a él nadie le llevaba la contraria.

—¿Y por qué crees que lo haré? —pregunté con ansias de saber si realmente había sido capaz de llegar hasta lo más profundo.

—Porque muchas veces es mejor no sacar a la luz nuestro pasado. ¿Otra cerveza?

—No juegues conmigo —le advertí señalándole con el dedo y dirigiéndome a montarme en un taxi.

Le pedí al taxista que me llevara al castillo en el momento justo en el que él se montó por el otro lado. Lo miré con desprecio. Ahora sí que no le iba a firmar absolutamente nada.

Había indagado, sí, había investigado a fondo sobre mí y eso me mortificaba por completo.

El trayecto fue rápido y pronto estábamos entrando en el castillo.

—Vamos a mi despacho —dijo con determinación y ese tono tan autoritario suyo.

—No, me voy a mi habitación.

—Vas a firmar lo que has prometido.

—No he prometido nada. Lo firmaré cuando crea conveniente.

—Ve al despacho o te arrepentirás.

—Me arrepentiré, pero no voy a permitir tus amenazas. —Me dirigí a mi habitación y me encerré en ella.

Me desmaquillé la cara y me puse el pijama mientras una rabia se apoderaba por completo de mí. ¿De qué iba este hombre? Si algo me había quedado claro es que no tenía ni los más mínimos escrúpulos.

Capítulo 6



Me levanté dispuesta a no dejar que ese hombre me amedrentara ni que me robase la poca paz que tenía en mi vida.

¿Cómo siquiera se le había pasado por la cabeza la locura de que me casara con él? ¿Tanto bebió el día anterior antes de verme? ¿Es que no había una sola escocesa en todo Edimburgo con la que ya hubiera estado él para casarse con ella y hacerse con esa herencia?

Porque en lo que a mí respectaba, desde luego que podía seguir viviendo en el castillo durante cinco años hasta cobrar ese dinero de herencia que el señor Alec me había dejado.

Y eso sí que era una sorpresa, porque no esperaba recibir nada de mi difunto jefe.

Después de ducharme me puse mis cremitas y maquillé ligeramente para parecer que tenía mejor aspecto. La realidad es que estaba por los suelos.

Medité mucho la posibilidad de contarle a Penny lo sucedido, pero la verdad es que si era como él decía y ella estaba jugando sucio para cobrar su parte, ¿me podría fiar de ella por mucha confianza que le tuviera? ¿Sería capaz de venderme? ¿Y Athol? ¿De verdad ellos sabían lo del testamento del señor Alec desde hacía tiempo y habían firmado esa alianza de la que me hablaba Owen?

Es que era de locos, de verdad que sí, me parecía todo tan de película de intriga que no le encontraba sentido a lo que me dijo.

Al final terminé tomando la decisión de que por ahora iba a guardar silencio y no contarle nada a Penny, al menos, hasta saber si eran ciertas las palabras de Owen o solo una suposición, porque podría estar equivocado, y mucho, que él no conocía a los empleados en persona como los conoció su padre, no sabía nada de ellos porque nunca se había molestado en venir al castillo y conocernos.

Bajé procurando dejar la mente en blanco y despejada de esas locuras y paranoias conspirativas

que parecía haber en el castillo, según el nuevo heredero, y fui a disfrutar de la que todos dicen que es la comida más importante del día: el desayuno.

—Buenos días — saludé a Athol y Penny que estaban tomando un café en la cocina mientras ella preparaba el desayuno.

Me devolvieron el saludo con una sonrisa y ambos se interesaron por mi salida del día anterior. Les conté que solo me tomé un par de cervezas escuchando música y regresé temprano.

—¿No les vas a decir que las tomaste conmigo? —la pregunta venía de una voz en la puerta que no era de otra persona que de Owen— Te recuerdo que Athol fue quien me llevó a tu encuentro. —En ese momento me di cuenta de que ese hombre estaba dispuesto a cumplir su palabra de hacerme sentir mal en el trabajo, aunque era mi mañana libre, pero eso obviamente no lo iba a contemplar.

—No había terminado de contarnos. —Carraspeó Penny saliendo en mi defensa.

—Tampoco es que tuviera importancia que me vieras en el pub y te acercases. Estaría feo que no saludases a tu personal, sería de ser demasiado clasista —contesté en tono tranquilo, pero sin amedrentarme lo más mínimo incluso revolviendo los ojos.

—Solo he matizado que nos vimos. Por cierto, voy a mi despacho. —Señaló al pasillo—. Me llevas unos huevos revueltos —afirmó a modo de que se iba.

—Tendrás que esperar al lunes —le respondí y se giró arqueando la ceja—. Hoy y mañana son mis días libres.

—Yo se lo llevo —dijo Penny intuyendo la tragedia.

—No, me lo va a llevar ella —ordenó sin que le temblara el pulso, ni el más mínimo titubeo al hablar.

—No, no te lo voy a llevar. ¿Y sabes por qué?

—Porque te llamé Beth y eso a ti no te gustó. —Me hizo un guiño y en ese momento comenzaron a temblarme las piernas.

—Sí, te la voy a llevar —contesté mirándolo con desprecio, rabia y hasta odio.

—No tardes. —Se dirigió a su despacho.

—¿Te llamó Beth? —me preguntó Penny mientras le hacía los huevos y cuando garantizó que ya no nos escuchaban.

—Sí, y le va a costar muy caro —mentí, pues hasta ahora no me había mencionado ese nombre.

—Es el jefe y necesitas el trabajo. —Me recordó, haciéndome ver que, si la liaba mucho y le cabreaba, me podía poner de patitas en la calle.

—La dignidad no se vende por dinero.

—¿Estás bien? —Me miró con tanta pena que no quise mentirle, pero a esas alturas era imposible no hacerlo, aquello era algo que había hecho cada día de los últimos cuatro años desde que entré por la puerta del castillo.

—Sí, no te preocupes —mentí poniendo de nuevo esa sonrisa fingida, estudiada y ensayada en mi rostro.

—Bueno, yo me voy a arreglar unas cositas. Luego nos vemos —dijo Athol, y le dio un beso en los labios a Penny.

—Hasta luego, Athol —le contesté sonriendo, a pesar de que lo único que quería era gritar.

Cogí la bandeja y me dirigí al despacho de Owen, al que por primera vez no llamé a la puerta y entré con mucha furia dando un portazo para que se enterase rapidito que conmigo no iba a jugar.

—Se te ha olvidado cerrar la puerta —respondió con ironía.

—¿Qué sabes de Beth? —pregunté poniendo el plato con tanta fuerza sobre la mesa que se partió en dos. Él lo observó con el semblante serio.

—Lo sé todo, y cuando digo todo, es todo. Vas a firmar este contrato. —Sacó el que se suponía que era de confidencialidad, pero yo no perdí ni el tiempo en mirarlo—. Cásate conmigo y al día siguiente la tendrás en las tierras.

—Asegúrame eso y me caso ahora mismo —dije quitándome las lágrimas de las mejillas, que no paraban de humedecerse.

No quería hacerlo, no quería llorar delante de él ni de nadie, no lo había hecho en esos cuatro años en el castillo, esas lágrimas saladas y amargas por el más profundo de los dolores las dejaba salir únicamente en la soledad de mi habitación.

Y mientras lloraba, Owen me miraba con su imperturbable y serio semblante de siempre.

—Firma el contrato. —Lo puso sobre la mesa y me acerqué a cogerlo mientras un nudo atroz se me hacía en la garganta.

Me senté sin pedir permiso y me dispuse a leerlo como pude, ya que las lágrimas me hacían ver todo nublado.

Nunca creí que acabaría accediendo a esa petición, a cambio de algo que llevaba tanto tiempo

deseando.

Volví a secar mis lágrimas y le miré.

—Aquí tienes —dije poniéndoselo delante una vez había cogido el boli de su mesa y haberlo firmado—. Quiero a mi hija aquí o este contrato me dará tan igual como mi vida. Iré a por todas.

No esperé más, me levante queriendo salir de allí con las lágrimas cayendo por mis mejillas sin control, sin consuelo, pues no había consuelo para aquello que me había pasado tanto tiempo atrás.

—La tendrás de vuelta —contestó cuando yo me estaba dirigiendo hacia la puerta.

Afirmé sin girarme mientras salía y la cerraba. Me fui directa a mi habitación y me tumbé en la cama, estallando en un llanto que hacía mucho que no me salía de esta manera.

Me casaría hasta con el mismo diablo si hiciese falta con tal de recuperar lo que más amaba de este mundo, a mi hija, esa que tenía perdida por completo.

Una historia que me desgarraba el alma y que llevaba en el más absoluto de los secretos. Un momento que destruyó mi vida por completo. De ahí a que me ahogara entre estas cuatro paredes por mucho jardín que tuviera. Un pasado lleno de dolor para una persona como yo que no había vivido una infancia y adolescencia de lo más normal, todo lo contrario.

Y ese dolor que no se iba después de lo ocurrido, ese que quedaba marcado a fuego y para siempre como si de un hierro candente se hubiera tratado.

A nadie le deseaba aquello, ni siquiera al peor de los enemigos que pudiera llegar a tener alguna vez en mi vida.

Algo así destruía a las personas, a mí me destruyó y nunca, jamás, volví a ser aquella Alisa feliz y sonriente que una vez, hacía ya tanto tiempo, demasiado a mi modo de ver, fui.

Aún recuerdo con terror el día en el que cumplí los diecisiete años, un día en el que no esperaba tener una fiesta de cumpleaños dado que mis padres no tenían ni fuerza ni dinero para eso. Solo tenía una tarta para celebrar, junto a ellos y mis tíos, que cumplía un año más soplando la vela.

Toda adolescente soñaba con ese día, con sumar un número más a su vida y hacerlo rodeada de quienes tanto la querían. Y a pesar de que no sería un cumpleaños por todo lo alto, tenía a mis padres, esos que tanto me amaban.

Mis tíos eran Anne y Clark, un matrimonio aparentemente feliz y sin hijos. Ella era la hermana de mi padre. Ese día, soplé las velas y mi tía le dijo a su marido que fuese a su casa a traer una lasaña que había preparado y que la cenarían con nosotros, momento en que él me dijo que lo acompañase y yo, inocentemente, cedí feliz sin saber que, en su casa, viviría el infierno más

grande que una chica podría sufrir.

Me violó pese a mis gritos, llantos y súplicas. Lo hizo mientras me mantenía las muñecas retenidas con una de sus manos, impidiendo que pudiera moverme y golpearle.

Era más fuerte que yo, su cuerpo se cernía sobre el mío como una losa de cemento pesado y asfixiante, su mano recorría mi figura haciendo que sintiera náuseas, y su lengua, su asquerosa lengua con el aliento a whisky se apoderaba sin pudor ni remordimiento alguno de mi boca.

Cuando terminó me sentí tan rota, tan poca cosa, que supe que nunca volvería a ser la misma. Y el modo en el que me miró, con esa sonrisa en el rostro que me atormentó durante noches enteras cuando dormía y me despertaba tras revivir de nuevo esa pesadilla.

Desde ese momento no me tuve que enfrentar solo a guardar un secreto que me desgarraba a cada segundo de mi vida y que no podía contar, dada la situación en la que estaban mis padres tan delicada, sino que un mes después tuve conocimiento de que me había dejado embarazada.

Sin dinero, una familia pobre y enferma, un bebé en camino al que no sabía cómo podría sacar adelante pero que estaba dispuesta a hacerlo, aunque nada iba a ser como yo imaginé.

Se lo conté a mi padre y este montó en colera rompiendo todos los lazos con su hermana y poniéndole una denuncia a mi tío que terminó por una condena que ni siquiera lo llevó a la cárcel. Mi madre estaba ajena a todo dado su estado que estaba en tratamiento por una maldita enfermedad que no tardó en llevársela, ni siquiera le dio tiempo a saber lo que crecía en mi barriga.

Mi padre estaba también enfermo de los pulmones y se asfixiaba con cada paso que daba. Tenía una pensión tan corta que apenas llegábamos a mitad de mes y yo no podía trabajar porque él necesitaba de mi ayuda y no teníamos para pagar a nadie.

Lloré mucho por lo que me pasó que me dejó una huella muy fuerte y a la vez, por el miedo de la incertidumbre de cómo sacaría a mi hija hacia adelante.

Nunca antes había derramado tantas lágrimas como el día en que nació mi hija y los servicios sociales vinieron a llevársela, debido a nuestros bajos recursos y a la situación de atención que mi padre requería, no había garantías mínimas de que pudiésemos cuidarla.

Me arrebataron la vida y me dieron un plazo de dos años para recuperarla en caso de que mi situación cambiara. Durante esos dos años, la salud de mi padre empeoró y yo debía de estar a su lado, por lo que no tenía forma de trabajar y garantizar que podía cubrir las necesidades que me pedían. Estaba desesperada y no fueron pocas las veces que, al quedarme sin fuerzas, solo se me pasaba por la cabeza desaparecer para siempre.

¿Qué importaba mi vida si me habían arrebatado lo que más quería? Porque a pesar del modo tan deleznable en el que había llegado mi niña a mi vida, no dejaba de ser mi hija y la amaba con todo mi ser.

Cuando cumplí los veintidós años, mi padre estaba en una situación tan mala que era necesario que ingresara en un centro. Pero su pensión no cubría ni una cuarta parte de los gastos. En ese momento, la comunidad que nos ayudaba con alimentos para llegar a final de mes me ofreció la posibilidad de trabajar interna en las Highland y así poder cubrir con mi sueldo el centro en donde él pasaría los últimos años con las atenciones necesarias. No pude rechazar esa oferta, había perdido a mi hija y ahora solo me quedaba que mi padre pudiera morir dignamente.

Siempre supe que mi hija estaba en un centro de menores y que nunca fue dada en adopción, pero que mi opción de recuperación era complicada ya que me exigían tener un trabajo fijo y una vivienda en propiedad para garantizar su bienestar. De ahí que soñara con irme a la ciudad y conseguir otro tipo de vida.

El miedo que siempre tuve fue que mis tíos se la llevaran, pues entonces sí que no habría manera posible de que volviera a verla.

Y yo quería recuperar a mi niña, necesitaba poder abrazarla, besarla y decirle cuánto la amaba. Habían pasado tantos años y ni siquiera tenía una foto suya, pero en mi mente se quedó grabado para siempre ese instante en el que la vi, tan pequeña, tan bonita.

Estaba claro que Alec era un gran colaborador de la comunidad y que tenía una influencia muy grande para conseguir unos privilegios que para otra persona sería imposible, así que si había una mínima posibilidad de que ahora su hijo también gozara de esos favores y me traía a mi hija aquí, yo sin pensarlo me convertiría en la mujer del *Highlander* para que él también consiguiera lo que tanto deseaba.

No había duda de que aquello era como hacer un pacto con el diablo, pero por mi niña, por mi preciosa Beth, lo haría.

Capítulo 7



El día anterior lo había pasado encerrada en mi cuarto y solo salí cuando me aseguré de que no había nadie en la cocina para prepararme un sándwich de embutido que me comí en mi habitación con un vaso de zumo.

Estaba tan mal anímicamente que hasta ese poco de comida que me llevé al estómago parecía pesar como mil kilos a cada bocado que daba.

Lo peor fue que apenas pude conciliar el sueño debido a la angustia que me provocó recordar aquel episodio infernal en mi vida. Me despertaba constantemente con angustia y esa sensación de ahogarme como si aún le tuviera sobre mí.

Tenía un montón de sensaciones feas y extrañas que no dejaban de sacudir a mi cabeza. Había llorado durante todo el día y parte de la noche, y ahora lucía unas bolsas en los ojos que intentaba disimular masajeándolas con una crema para el contorno.

No tenía ni ganas de maquillarme y había vuelto a perder la ilusión por quererme un poco más, solo estaba aferrada a esa mínima esperanza de poder recuperar a mi hija a corto plazo por el pacto que tenía con Owen.

Esa ilusión me prometí no perderla, el saber que pronto podría ver a mi niña de nuevo, después de tantos años, mirarla a los ojos y disfrutar de esas cosas que toda madre disfrutaba.

Quería poder leerle un cuento, peinarla, hacerle trenzas como mi madre me hacía a mí cuando era pequeña, y que cuando fuese una preciosa adolescente pudiéramos tener esa complicidad que muchas madres tenían con sus hijas, que confiara en mí para contarme sus secretos, que pudiera hablar conmigo de cualquier cosa.

Me dirigí a la cocina, eran apenas las seis de la mañana y aún faltaba una hora o poco más para que Penny apareciera por ella.

Necesitaba tomar un café a solas y luego volverme a encerrar en la habitación hasta al día

siguiente. Estaba sin energías, y en apenas unas pocas horas había vuelto a ser la Alisa triste y sin ganas de nada que quería dejar atrás.

Mi cabeza iba a mil por hora, pensando y pensando en todo lo ocurrido el día anterior, en lo que Owen me estuvo contando en el pub cuando sugirió lo de nuestra alianza. La había aceptado por mi niña, pero ¿y si eso no salía bien?

Aliándonos de ese modo nos exponíamos a que de alguna manera metiéramos la pata y acabaran por pillarnos, lo que sería un desastre, pero rezaría como nunca antes para que no pasara o todo se iría al traste.

Me senté en el poyete de una de las ventanas de la cocina y miré a través de ella mientras veía la lluvia caer tras los cristales, de nuevo las lágrimas comenzaron a recorrer mis mejillas.

Es que era inevitable no llorar, estaba más sensible que de costumbre y no dejaba de pensar y dar vueltas a todo.

Me rodeé las piernas con un brazo y seguí allí viendo como el cielo de esa mañana se unía a mi llanto con sus gotas de lluvia.

Se encendió la luz de la cocina, ya que yo solo tenía la del extractor para no dar mucha iluminación, y al mirar hacia la puerta de nuevo me encontré con la mirada de Owen fija sobre mí. ¿Este hombre no dormía?

—Buenos días, Alisa.

—Buenos días, Owen. ¿Te preparo un café?

—No, es tu día libre. Ya me lo hago yo. —Se fue hacia la cafetera—. ¿Ayer no saliste de la habitación?

—No, me tomé el día de meditación —respondí con ironía.

—Perfecto, porque ahora necesito que me acompañes a un sitio.

—¿Y por qué debería hacerlo?

—Porque tiene que ver con Beth…

—¿Qué pasa? —Me bajé del poyete de la ventana y me dirigí hasta donde estaba él. El corazón me había dado tal vuelco que hasta se me agitó la respiración.

¿Le había pasado algo a mi niña? ¿Estaba enferma? O peor… ¿mis temores se habían hecho realidad y mis tíos iban a llevársela?

—Owen, dime qué pasa con mi pequeña —le pedí.

—Tienes que aceptar que yo la adopte para sacarla de allí. Se necesita tu consentimiento para no alargar nada.

Un alivio inmenso me recorrió en ese momento, mi niña estaba bien, mis tíos no iban a llevársela. Pero, entonces…

—¿Y dejaré de ser su madre? —pregunté enfurecida, pero sin levantar la voz. Eso sí que no iba a permitirlo, nunca renuncié a mi hija y no lo haría ahora que estaba a unos días de recuperarla al fin.

—No, simplemente yo seré también su padre adoptivo y como tengo unos medios indiscutibles, pasará a estar custodiada por mí y podré traérmela a la casa para cumplir mi palabra.

—Es domingo.

—Para mi familia trabajan todos los organismos cualquier día.

—Owen, ¿y qué pasará cuando nos divorciemos?

—Tendrás buena posición, casa, la herencia de mi padre y los salarios desde ahora hasta entonces. Podrás pasar a tener su custodia y eso se verá reflejado en las cláusulas matrimoniales.

—No quiero que la niña una vez que venga sea motivo de nada, quiero decir, no me amenaces con ella en ningún momento —advertí.

—Por cierto —ignoró mi comentario—, nos casamos el viernes.

—¿Y cuándo vendrá la niña?

—El sábado estará aquí.

Tuve que contener las lágrimas y tragar mi propia saliva. Si eso fuese así, para mí era lo más grande que me podía ofrecer la vida. Me imaginaba solo con ese abrazo que tantas veces había soñado.

Ocho añitos tenía mi Beth y me preguntaba cómo sería. Me la imaginaba de mil maneras, seguro que la más bonita y dulce del mundo. ¿Sabría algo de mí? Me daba tanto miedo todo que me desgarraba, pero fuera como fuese, ahí iba a estar yo para cogerle de la mano y demostrarle que era lo más importante de mi vida.

—Me tomo el café y nos vamos —dijo acercándose la taza a los labios, y asentí.

Fui a por el abrigo y el bolso para salir hacia el jardín en donde me esperaba Owen ya en el

coche. Me monté y salimos de allí en un profundo silencio al que ya me tenía acostumbrada, no por eso me ponía menos nerviosa, pero ahora mismo el motivo de todas mis inquietudes estaba en otra persona, mi pequeña Beth.

El saber que la vería al fin, y mucho antes de lo que pensaba, hacía que se me dibujara una sonrisilla en los labios mientras miraba por la ventana del coche.

Mi niña, mi preciosa niña, el mayor tesoro que tenía en mi vida, cuánto necesitaba verla y decirle lo mucho que la amaba, que supiera que nunca, en estos ocho años, me había olvidado de ella ni un solo día.

Llegamos a Glasgow tres horas después y todo mi cuerpo se erizó por completo. Millones de recuerdos de todo tipo se agolparon en mi cabeza.

Fuimos directos a un despacho de abogados donde nos recibió uno de ellos junto a un representante judicial del caso de Beth.

Después de presentarse, tomamos asiento y me explicó, en este caso el señor que llevaba la responsabilidad del expediente de mi hija que, dado que yo no cumplía a corto plazo con las exigencias para la recuperación de la menor, con mi autorización podría ser adoptada por Owen sin yo perder el estatuto de madre, pero quedando la niña en custodia de él. Y que siempre que yo mejorara mi vida, podía acordar el que la custodia fuese compartida o pasase a mí directamente, cosa que tendría que arreglar con él. Además, al ser Owen el custodiado podía permitir todos los acercamientos que hasta ahora no había tenido. En definitiva, que la iba a disfrutar totalmente ya que viviría bajo mi mismo techo y Owen no tenía interés alguno sobre ella más que conseguir su cometido de hacer efectiva la herencia.

El representante judicial del menor se marchó llevándose todos mis consentimientos firmados y me quedé con Owen y su abogado firmando las cláusulas de lo que pasaría dos años después, que era el tiempo que debíamos de estar casados. Me llevaría veinticuatro meses de salarios, más lo que Alec me dejó en herencia y un piso o casa en Escocia que pagaría Owen y que no podía exceder de trescientas mil libras.

Para mí, el simple hecho de poder recuperar a mi niña era lo que más valor tenía de todo ese asunto.

—Gracias, Owen —murmuré cuando salimos del edificio.

—¿Te apetece una hamburguesa? —preguntó señalando a una hamburguesería local que teníamos enfrente con muy buena pinta.

—Vale. —Sonreí.

Nos acomodamos en una mesa con taburetes bajos y largos a ambos lados sentándonos uno en frente del otro.

—¿Qué te pasa? —me preguntó después de observarme por unos momentos.

—Estoy muy inquieta —confesé con un nudo en la garganta—. Agradecida, pero eso no quita que esté llena de miedos.

—Todo irá bien, solo es cuestión de tiempo para que os hagáis la una a la otra.

—En la finca nadie sabe…

—Alisa, ya es hora de que te sinceres con Charlotte y Penny, además de que tenemos que anunciar nuestra boda.

—¿Y quién nos va a creer cuando Penny sabe que me pones nerviosa y que apenas eres un desconocido para todos? —Volteé los ojos.

—Lo mismo que tú te has creído que de la noche a la mañana se comenzaron a amar Athol y ella. —Carraspeó mirándome con esa intensidad que parecía atravesarme—. Piensa en tu hija, y tienes que echar cara a todo. Invéntate lo que quieras y aprovecha que ayer no fuiste vista y hoy te has ido conmigo para contar la historia que quieras de que surgió algo muy fuerte entre nosotros.

—Miedo me da. —Solté el aire.

—Esta noche habla con las dos para contarles de la existencia de tu hija y les comunicas que ya no trabajarás para mí dado que hoy te pedí un compromiso que aceptaste y que vamos a oficializar el viernes.

—Pero yo puedo seguir ayudando en la cocina.

—Solo por placer.

—¿Y si tengo el placer todos los días?

—Como quieras, pero no será en calidad de sirvienta.

—Vale. —Rebufé sin quererlo.

—Con tu hija querrás hacer muchas cosas, además deberás de inscribirla en la escuela.

—El contrato dice que dispondré del dinero llegado el momento del divorcio. Tengo ahorrado de dos meses…

—Para —me pidió levantando la mano—, ya te dije que me encargaré todo este tiempo de que no os falte de nada. Tendrás una asignación mensual para ti y para la niña, para cubrir las necesidades de ropa o de cualquier tipo. De la comida, escuela, médicos y demás, me encargaré

yo.

—Vale —dije mientras mi cabeza me decía que todo esto era una locura.

—Los dos tenemos un cometido: tú recuperar a tu hija y yo, administrar lo que me pertenece. Piensa que el resto del mundo viven su vida como quieren y van a su interés. Mira por ti y por lo que deseas.

—Eso tendré que hacer, mi hija va por delante de todo.

—La hamburguesa está riquísima —dijo intentando cambiar de tema cuando vio que mis ojos se nublaron.

—Y las patatas más. —Sonreí cogiendo una porque tampoco quería ahogar el momento con mis tristezas.

Con Owen sentía algo extraño, un confío, pero no, aunque no me quedaba de otra.

Después de comer nos dirigimos hacia el coche para comenzar el regreso a Inverness ya que nos esperaba un largo trayecto.

Los sentimientos los tenía de lo más sensibles y fueron muchos los momentos en los que tuve que tragar varias veces saliva para no romper a llorar.

Todo eso seguía siendo una locura, una verdadera locura, pero con tal de recuperar a mi niña, no me importaba lo grande que fuera la locura que iba a cometer.

Cuando llegamos al castillo me dirigí de inmediato a la cocina en la que escuché a Penny. Eran pasadas las siete de la tarde.

—Pero bueno, mi niña la perdida. —Se vino hacia mí para darme un beso en la mejilla.

—Hola, Penny. —Apreté los dientes.

—¿Y esa cara?

—Me caso el viernes…

—¿Cómo? —Su cara era de incredulidad total, normal, dado que yo no salía del castillo— ¿Con quién? ¿Has estado con él? ¿Es de Inverness?

—Espera. —Me reí—. No sé si es de Inverness o de Edimburgo, no le he preguntado —solté una carcajada nerviosa—, pero vive aquí.

—¿En el pueblo?

—En el castillo…

—Espera, ¿trabaja en el castillo? —preguntó curiosa para saber de quién se trataba— Ay, por favor, pero qué calladito te lo tenías.

—En realidad… es el heredero del castillo. —Carraspeé.

—Ese soy yo —contestó Owen entrando por la puerta y dirigiéndose hacia nosotras a la vez que me echaba la mano por el hombro y me daba un beso en la mejilla—. Voy al establo que están allí los chicos y quiero hablar con ellos —me dijo ante la atenta mirada de Penny, que estaba incrédula a lo que sucedía—. Nos vemos para cenar, cariño.

—Vale, mi amor —murmuré intentando que no se me notase ni una leve risa, esa que aguantaba de ver la película que estábamos montando.

Si esto salía bien, que me nominaran como actriz revelación del año en los próximos premios Oscar, vaya.

—Pero… —dijo Penny señalando a la puerta por la que se había ido.

—No me preguntes, pasó y desde ayer hemos estado casi todo el tiempo juntos. Hoy me dijo que se quería casar inmediatamente conmigo ya que jamás había sentido lo que siente por mí.

—Bueno, de ahí se explica esa manera de observarte, pero ¿no crees que es tirarte a la piscina sin agua?

—Ayer le conté algo que jamás fui capaz de contarte ni a ti, ya que es el dolor más grande que llevo soportado.

—Me estás asustando.

—Perdí una hija en vida y… —le conté todo, pero obviando lo de que fui abusada y toda esa historia que no me apetecía ni lo más mínimo exteriorizar—. Así que hoy movió todas las fichas y el sábado estará en el castillo. —Le terminé de contar mientras ella lloraba a destajo de escucharme.

—Beth ahora tendrá una tía y toda una familia que la querremos y mimaremos para darle todo lo que le haya faltado en este tiempo. Y tírate a la piscina, niña, que ya ves que hay agua. —Sonrió —. Además, si no lo haces tú, te empujo yo. Un hombre que te va a devolver lo más valioso, es que tiene unos sentimientos de los más fuertes y merece la pena. Serio, pero todo un señor.

Sonreí mientras me abrazaba, y en ese momento noté cómo se caía un poco del peso que llevaba soportado en mis espaldas por aquel gran secreto.

Capítulo 8



Los días habían pasado como si fueran años. Estuve todo el tiempo fingiendo ante los demás y la verdad que hasta me estaba acostumbrando a mi propia mentira, todo por recuperar a mi hija.

Nadie sospechaba nada, gracias a Dios, y eso me tenía un poco más tranquila, aunque no iba a negar que me ponía nerviosa y temía meter la pata en algún momento.

Owen había mandado a los trabajadores a ampliar su dormitorio con uno de los destinados a los invitados para que tuviéramos más sitio, además así tendríamos dos camas. Lo hicieron en dos días, lo mismo que tardaron en amueblar la de la niña con la que me llevé toda una sorpresa ya que no me lo esperaba. Le había comprado los muebles en blanco y la colcha a juego con las cortinas de cuadros rosas y blancos. Era una preciosidad. Se lo agradecí enormemente.

Cuando la vi se me dibujó una sonrisilla mientras imaginaba a mi niña allí, sentada haciendo sus deberes, o tirada en la alfombra coloreando mientras escuchaba música, o veía sus dibujos favoritos.

Incluso pude vernos a las dos en la cama, recostadas por la noche mientras le leía un cuento. ¿Cuál le gustaría?

En esos días me había hecho muchas preguntas sobre sus gustos, como cuál sería su color favorito, el plato que más le gustaba, si era golosa o no.

Preguntas para las que ya cada vez quedaba menos para obtener respuestas.

Y ahora estábamos a punto de salir de la habitación para dirigirnos a la concejalía del pueblo en donde nos daríamos el «sí, quiero» y nos convertiríamos en marido y mujer.

Seguía sin creer que fuera a hacer aquello, y si alguien me hubiera dicho semanas atrás, cuando falleció el señor Alec, que pasaría de ser la ayudante de cocina a la señora de la casa, le habría tomado por loco sin lugar a duda.

Owen había pedido a Athol y Penny que fuesen nuestros testigos. ¿Estrategia por su parte? No lo sabía, pero se lo pidió y ambos accedieron a acompañarnos en ese, nuestro gran día.

Ya nos esperaban en la puerta arreglados para acompañarnos y al regreso haríamos un almuerzo de celebración para todo el personal, en total unas trece personas, de modo que la nuestra iba a ser una boda de lo más íntima.

—Estás muy guapa —me dijo antes de salir de la habitación.

—Tú también. —Sonreí sonrojándome.

Llevaba un vestido blanco de manga larga y cuello de barco entallado hasta las rodillas, y unos zapatos de salón en el mismo color. Todo lo estrenaba y lo había comprado el día anterior en Edimburgo ya que fui con Owen a una *boutique* de celebraciones. Él iba con un traje precioso compuesto por un pantalón color tierra y una chaqueta de cuadros azul marino y marrón, debajo llevaba una camisa celeste que le combinaba a la perfección.

Ambos llevábamos un abrigo de color tierra que habíamos comprado a juego. La verdad es que parecíamos dos novios de verdad, algo que era de agradecer ya que no queríamos que nadie en el castillo sospechase que lo nuestro no había sido un flechazo ni ese un matrimonio real, por mucho certificado que fuéramos a tener.

Penny se emocionó al vernos, llevándose las manos a los labios como haría una madre a tener a su hija vestida de novia delante, y se sentó conmigo en la parte de atrás del coche. Athol conducía y Owen iba de copiloto.

—Te has maquillado como una profesional. Me encanta el rubor iluminador que te hace ese efecto tan sorprendente. —Me miraba sin perder la emoción.

—Estoy temblando —murmuré mirándola y apretando los dientes.

—Normal, cielo, normal. —Sonrió—. A ver si te crees que una se casa todos los días.

Sonreí, y aunque fuera solo un poco, ella consiguió que esos nervios quedaran en un segundo plano.

Llegamos a la concejalía y dejamos el coche en la misma puerta. El señor ya nos esperaba detrás de su mesa para comenzar a celebrar el enlace. Owen cogió mi mano y la acariciaba con su dedo.

Penny me miraba emocionada haciéndome pensar que se lo había creído, pero algo a la vez me decía que estaba siguiendo el juego tal y como me había dicho Owen.

—Antes de comenzar —dijo el hombre solemne y con tono serio—, ¿vienen ustedes libremente a contraer matrimonio en este acto? —preguntó.

Y Owen me dio un leve apretón en la mano que nadie más vio al notar que me ponía rígida por un momento. Nos miramos, sonreímos y volvimos a mirarle a él.

—Sí, venimos libremente —respondimos al unísono, y el hombre asintió.

La ceremonia no duró ni cinco minutos, momento en que concluyó declarándonos marido y mujer. Owen me miró con una sonrisita que jamás creo que nadie del castillo le habíamos visto y se fue directo a mis labios dejando plasmado un beso al que no le faltó ni un mordisquito en mi labio inferior.

De los nervios que me entraron, y viendo que debí de parecer tonta, le di un apretón en la nalga. Cuando reaccioné a lo que había hecho y cómo me miraba con esa sonrisilla pícara, se me escapó una carcajada nerviosa que terminé contagiando a los testigos y al oficial, por no hablar de Owen que, como yo, éramos los únicos que sabíamos de lo que nos reíamos.

—Si no lo veo no lo creo —me dijo Penny cuando tomamos asiento de nuevo en el sillón trasero del coche—. Se os ve tan felices, y ese momento de nervios entremezclados con las risas, no se me va a olvidar en la vida.

—Sí, la verdad es que fue muy emocionante todo, corto, pero intenso —murmuré y vi desde mi lado cómo a Owen se le dibujaba una leve sonrisa.

Llegamos al castillo y nos fuimos hasta el gigantesco porche trasero que cogía todo el largo de la casa. Estaban todos los trabajadores que aplaudieron al vernos llegar. Las mesas estaban repletas de comida y había una especie de barra de bar en la que estaba toda la bebida.

No habíamos contratado a nadie para el servicio, cada uno se iría sirviendo lo que quisiera. Y nadie iba a trabajar obviamente en este día que se preveía que la fiesta duraría bastante. A los escoceses les gustaba celebrar a lo grande y beber hasta que su cuerpo dijera basta.

—¿Qué deseas para beber? —me preguntó Owen mirándome con esa intensidad que, aunque me estaba acostumbrando, me ponía de lo más nerviosa.

—No sé. ¿Una cerveza?

—Claro, ahora mismo.

Se dirigió a la barra donde sirvió dos y se acercó para darme la mía. Penny estaba charlando con Charlotte, que algo le debía estar contando ya que se la veía muy apenada. Era como si se estuviera desahogando. De un tiempo para acá yo la veía cabizbaja y algo me decía que no estaba muy bien con su marido.

—Toma, mi amor —murmuró con esa sonrisilla de medio lado.

—Gracias, cariño. —Le sonreí contestándole con el mismo humor.

—Te repito, estás preciosa y me encanta que te hayas maquillado.

—Te recuerdo que todo esto es un pacto —le murmuré al oído un tanto juguetona. La verdad es que estaba feliz, esto me llevaría a recuperar lo que más quería.

—Y yo te recuerdo que un pacto o acuerdo no implica el no poder reconocer la obviedad de lo evidente —me murmuró también en mi oído.

—Qué pareja más bonita hacéis —nos irrumpió Thomas, el chico que se encargaba de los huertos de las tierras.

—Hola, Thomas. —Le sonreí y acaricié el brazo.

—Gracias —le contestó Owen.

—Les quería felicitar y desear mucha salud para este nuevo matrimonio.

—Gracias —contestamos al unísono.

Hizo un gesto con la cabeza y se unió a uno de los grupos para volvernos a dejar a solas. Era como que había mucho respeto en ese sentido.

—Atentos todos —dijo Owen mientras me miraba penetrantemente y con esa sonrisa de medio lado. Todos rápidamente pusieron la mirada en nosotros y Edwin, el marido de Charlotte, apareció con una bolsita de una joyería de la ciudad y se la dio—. Como feliz recién casado y marido de tan bella dama, este es el regalo que le haré a mi esposa para que lo disfrute cuando desee y que tenga como recuerdo de este momento. —Me dio la bolsita mientras todos aplaudían de lo más emocionados.

—Gracias —dije apretando los dientes y sorprendida por completo.

Lo abrí y dentro había una cajita con una tarjeta que era el certificado de autenticidad de la joya que era de oro blanco y diamantes. Se me hizo una sensación rara en el estómago. Al abrir la cajita me encontré con una gargantilla rígida y preciosa que era una de las joyas más bonitas que había visto en mi vida.

Lo miré emocionada y entendí que tenía que volver a hacer el papel de mi vida. Así que me acerqué a sus labios y con una sonrisita tonta le planté un beso.

Lo cogió de la cajita y me lo colocó en mi cuello ante la mirada de todos, que sonreían felices por vivir este momento.

—No debías de haber… —Intenté decir cuando ya no teníamos los ojos puestos en nosotros y estábamos probando las croquetas tan deliciosas que habían traído desde Edimburgo, como la mayoría de las cosas que se estaban degustando.

—Es lo mínimo que podía hacer por mi esposa. —Le salía la sonrisilla de medio lado que parecía que cada vez estaba más presente en sus labios.

—Al final te lo vas a creer y todo.

—De eso se trata. —Se acercó y besó mis labios.

Cuando nos separamos vi que algunos nos observaban. Lo que más inquietud me causaba era que esos besos no me molestaban, incluso me atrevería a decir que me gustaban, y, sin que supiera bien cómo ni porqué, mi cuerpo reaccionaba, además de que me ponía aún más nerviosa si es que eso era posible.

¿Me estarían haciendo efecto las dos cervezas que ya llevaba encima?

Nos sentamos a comer junto a los demás a los que veía que estaban asombrados de conocer hoy a un Owen más comunicativo, participativo y simpático. Estaba dándolo todo y bromeando constantemente sobre cualquier cosa.

La mano de Owen estaba apoyada entre mi muslo y rodilla, la acariciaba mientras hablaba con los demás y yo me preguntaba que por qué lo hacía si nadie podía verlo. Pero yo sí podía sentirlo y reconozco que las cervezas me estaban dejando en este momento rendida ante el *Highlander*.

Le eché una mirada rápida mientras seguía acariciándola, y él, al darse cuenta, me miró, sonrió de medio lado y se acercó a besarme de nuevo.

—Guapa —murmuró haciéndome un guiño, y mis mejillas comenzaron a arder cuando sus ojos se conectaron con los míos.

Si ya de por sí cuando me miraba me ponía nerviosa, en ese momento, a tan corta distancia, y con el brillo que tenían los suyos, mis nervios se elevaron a niveles insospechados.

Tanto fue así que desvié la mirada, cogí mi jarra de cerveza y di un buen sorbo a ver si con eso se me quitaba el calor que, de repente, había empezado a sentir por todo, pero todo, todito mi cuerpo.

Capítulo 9



No sé cuántas cervezas me bebí en la comida, que se alargó durante horas en la mesa. Ahora todos volvían a dispersarse en grupos para seguir disfrutando del resto de la velada. Yo me senté en un banco largo con base de cojines que había en un rincón con otra cerveza en la mano para mirar hacia las tierras y observar lo bonitas que eran. Owen había ido a cambiarse de ropa para ponerse cómodo, yo ya lo había hecho una hora antes en la que me puse un par de *leggins* para estar bien abrigada, unas botas y una sudadera.

Si mi padre me viera en ese momento, convertida en la esposa de un hombre importante, tampoco se lo podría creer al igual que yo.

Pero a pesar de que hubiera sido todo tan real, no era más que una representación de cara a los demás, un medio para un fin.

En su caso, la herencia de su padre; en el mío, recuperar a mi hija que era lo que más quería en el mundo.

Me sentía cómoda en ese rinconcito ya que estaba resguardado porque el porche era techado y ambos laterales estaban cerrados por unas bases de madera corredera. Además, que por todo el largo había varias estufas de exterior que daban una calidez a la estancia de lo más agradable.

Owen apareció y se sentó a mi lado, echando su mano por mi hombro.

—Estás muy pensativa —dijo, y se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Me imaginaba a Beth corriendo por las tierras. Por cierto, hoy las veo más bonitas que nunca.

—A pocas horas de que así sea. —Me dio un pellizco en la barbilla.

—Tengo muchas inquietudes —confesé sintiéndome de lo más cómoda.

—Son normales, pero deja que todo fluya. Tiempo al tiempo, lo vais a necesitar ambas.

—Lo mismo me odia —dije con un suspiro.

—¿Y por qué iba a hacer eso? No pienses esas cosas. —Me acarició el hombro.

—Se me pasa de todo por la cabeza, hasta que pasará algo y no venga.

—No te muevas, nos vamos a tomar dos chupitos de whisky y vamos a comenzar a ver las cosas de otra manera.

—Pues yo creo que las cervezas me hicieron mucho efecto —contesté cuando me di cuenta de que ya estaba en la barra echándolos y no me escuchaba.

Me levanté y me dirigí a la barra decidida, colocándome por fuera mientras Owen estaba observándome con la sonrisilla desde dentro.

—Vengo a añadir unas cláusulas matrimoniales a nuestro acuerdo —le dije posando mis dos brazos sobre la barra en plan advertencia. Ni yo me reconocía, pero me gustaba mi nueva versión. Obviamente las señoras cervezas que me había estado bebiendo tenían mucho que ver.

—Adelante, soy todo oídos. —Sonrió poniendo delante de mí un chupito.

—Y ojos, que no veas cómo los enfocas, parece que se te van a salir de la cara.

—Buena apreciación. —Me hizo un guiño y casi me caigo al suelo.

—No vale perturbar el anuncio de mis nuevas cláusulas. —Le señalé con el dedo y fue a morderlo.

Abrí los ojos ante su gesto y el descaro en su sonrisa, fui a hablar, pero no pude.

—Qué bonito es el amor —dijo apareciendo Penny para servirse una copa.

—A ti también te veo con mucha complicidad con Athol —le dijo Owen.

—Sí, en algún momento nos hemos planteado dar el paso, sin embargo, por ahora hemos decidido disfrutar sin formalidades, viviremos en pecado —respondió ella causándome que expulsara el trago de la cerveza, ya que el chupito aún me estaba esperando.

—Perdón, pero es que me hizo gracia. —Owen me miró con la sonrisilla de saber por qué lo había escupido, ya que acababan de rebatirle toda la teoría que tenía sobre ellos.

—Tú te ríes porque ya no te puedes echar hacia atrás —me contestó ella riendo como si nos hubiera entendido.

—Efectivamente. —Levanté el chupito y acto seguido me lo tomé de un trago.

—Bueno, os dejo disfrutando de vuestro momento, me voy a seguir cotilleando con los demás.

—Tienes nuestra bendición —murmuró Owen asintiendo con la cabeza y pude entrever la sonrisilla que contenía.

Penny se marchó aún sonriendo mientras negaba, sin duda, se había creído a pies juntillas el pedazo de interpretación que tanto Owen como yo llevábamos haciendo durante los últimos días.

—¿No decías que…?

—Schhh. —Me puso el dedo en medio de mis labios—. Tiempo al tiempo, esta sabe más que el diablo.

—O tú haces unas conspiraciones dignas de un *best seller*.

—¿Vas a contradecir a tu esposo? —Puso sus manos en mis caderas y me pegó hacia él acercando su boca a unos centímetros de la mía.

—Por supuesto que no —murmuré a sabiendas de que de nuevo me iba a besar, y lo hizo.

—Me está gustando la boda más de lo que creía.

—¿Y a qué se debe eso? —pregunté haciéndome la que no lo pillaba.

—Pues no lo sé, pensaba que tú sí lo sabrías. —Volvió a besarme.

—Una pregunta…

—Todas las que quieras. —Apretó mi nalga mientras se le escapaba esa risilla sin dejar de mirarme.

—¿Esto es por hoy o me vas a tener así los dos años de pacto?

—Todo dependerá de ti. Yo soy de los que piensan que, cuando hay que cumplir algo, es mejor hacerlo disfrutando del momento.

—Estoy de acuerdo.

—Y si hay que fingir, ¿qué mejor que hacerlo con amor, respeto, cariño y pasión?

—Ahí te has colado. —Se me escapó una carcajada nerviosa.

—¿Cómo que me he colado, señora McKay? —pregunto arqueando la ceja mientras me atraía más hacia él, dejando nuestros cuerpos tan juntos que entre ellos no podía pasar el aire.

—Pues eso, que te has colado. —Me encogí de hombros.

—¡Atención! —gritó Charlotte subida a una mesa y dando golpes con una cuchara a un vaso, de modo que Owen se quedó con la palabra en la boca, que la tenía abierta.

—Algo querrán —dijo en su lugar y cogió mi mano para que nos acercáramos hasta ellos.

—Hoy soy yo la voz del pueblo de estas tierras, porque somos un pueblo en este fabuloso castillo —decía ella la mar de emocionada—. Hemos comprado entre todos dos regalos; uno que no es para vosotros, sino que es para la pequeña que recibiremos mañana con todo el amor del mundo —dijo emocionándome, ya que todos estaban al tanto de lo de mi niña—. Y otro para vosotros dos, que os hago entrega en estos momentos. —Nos dio una bolsa con el logo de una joyería que cogí yo, ante el gesto de sorpresa de Owen.

—Gracias, con vuestro cariño en este día era más que suficiente.

—Esperamos que os guste —contestó ella con una sonrisa, y todos aplaudieron.

En la bolsa había dos cajas de piel, una blanca y otra negra que fue la que le di a él guiándome por los colores y el sentido común.

Eran dos relojes de la misma línea, uno de mujer y otro de hombre. Yo no era entendida de firmas, pero esta sí la conocía y la verdad es que habían sido muy generosos.

—Son preciosos —dije emocionada poniéndome el mío que, a pesar de ser de lo más elegante, era muy juvenil y ponible.

—Tenéis buen gusto —murmuró Owen quitándose el suyo y poniéndose el nuevo—. Gracias a todos.

Dejó a un lado la bolsa con su otro reloj y seguimos disfrutando de la fiesta, ya que los empleados estaban todos de lo más felices y tomados, como nosotros. Este día me había pasado tres pueblos, pero ¿y lo bien que me sentía? De algún modo era una terapia para superar los nervios que me producía saber que al día siguiente me reencontraría con mi hija.

Owen estaba de lo más pegajoso, no se separaba de mí ni un solo momento en los que además me dedicaba caricias, abrazos y un montón de besos con los que, como ya dije, yo me sentía de lo más cómoda y lo disfrutaba, metiéndome en el momento y sintiendo como si todo fuera verdad. Hacía mi papel de esposa sin que nadie notara que era una interpretación digna de los Oscar.

La mente a veces era toda una sorpresa que nos hacía vivir la realidad de una manera diferente a lo que realmente era.

Bebimos tanto que hubo un momento en que no dejábamos de reír sentados en el porche con una

mantita sobre los pies despidiendo a todos los que se iban marchando a descansar, motivo por el cual nos vimos completamente solos.

Los últimos en despedirse fueron Penny y Athol, cogidos de la mano y dejando ver en sus ojos ese amor que toda pareja desprendía.

Si estaban aliados tal como me había dicho, y lo suyo era una pantomima aún más grande y peor que la nuestra, desde luego que también merecían un premio a la mejor interpretación del año, porque la manera de fingir se veía de lo más real.

—Hemos sido unos campeones —murmuré levantando la copa.

—Y ahora nos toca irnos a pasar la noche de bodas —murmuró acariciando mi cara y dejando otro de los muchos besos sobre mis labios.

—En la habitación ya no hay que fingir —le recordé susurrándole en el oído.

—Nunca se sabe dónde puede haber cámaras —contestó bromeando y levantándose.

Lo que me faltaba es que alguno de los empleados se hubiera tomado la molestia de poner cámaras por todo el castillo para espiarnos, vamos, eso es que ya sería digno del guion de una película de agentes secretos.

Mi recién estrenado marido me ayudó a levantarme y para mi sorpresa me cogió en brazos de lado como si fuera un bebé y así me llevó hacia la habitación mientras yo me agarraba a su cuello y lo observaba con una sonrisa suelta que me llegaba de oreja a oreja.

Me permití cerrar los ojos un instante, respirar hondo y disfrutar del momento, así como del perfume de mi esposo. ¿Sería así como se sentían las novias en el día más bonito y especial de sus vidas mientras el marido las cargaba en brazos para cruzar el umbral de la puerta?

Owen abrió la puerta de la habitación conmigo en lo alto y una vez dentro me puso de pie no sin antes darme un beso.

—Voy a darme una ducha, ¿te animas a dártela conmigo?

—¡No! Me da mucha vergüenza. —Me reí cayendo a plomo sobre el rincón del sofá.

—No voy a mirar.

—¿Que no vas a mirar? ¿Tú? —Me reí agarrando mis piernas a mi pecho y apoyando la cabeza en las rodillas.

—¿No me crees? —Sonreía mirándome fijamente y con la ceja arqueada, a sabiendas de que no le creía ni un poquito a mi maridito.

—Pues no, en eso no puedo creerte dado que solo hay que mirarte, no me quitas nunca la vista de encima.

—¿Y si lo intento?

—¡No! —Me ponía nerviosa de pensarlo, pero a la vez era como que en cierto modo lo deseaba, pero obviamente seguro que era por todo el alcohol que llevaba encima.

—¿Y si te prometo que no voy a bajar mi vista de tus ojos?

—Eso es imposible ya que tienes que mirar hacia abajo porque eres más alto que yo y ¿quieres dejar de mirarme así?

—No, hasta que no te levantes y vengas conmigo. —Carraspeó.

—No voy a ir Owen, eso es pecado —respondí.

—¿Pecado? Pero, cariño, si ya nos hemos casado. —Sonrió de nuevo de medio lado.

—No voy a ducharme contigo, y no me vas a convencer, señor McKay —dije mientras me levantaba al tiempo que negaba con el dedo, y entonces noté que todo me daba vueltas.

—¿Estás bien? Alisa, ¿qué tienes? —Escuchaba en un segundo plano...

Sabía que Owen me hablaba, me llamaba por mi nombre y en su voz, distorsionada a cada segundo que pasaba, le notaba más preocupado.

Poco a poco iba dejando de escuchar su voz y era como si mi cuerpo dejase de pesar. Sabía que existía, pero no me notaba.

Capítulo 10



La cabeza me daba vueltas y notaba como si estuviera en una noria. Madre mía, qué mareo llevaba encima en ese momento. Y la resaca, esa sí que iba a ser una tortura.

Tenía la cabeza como si estuvieran haciendo obras ahí dentro, por Dios, no pensaba volver a beber en mi vida. Suspiré mientras trataba de moverme, pero me pensaba tanto el cuerpo en ese momento, que ni un solo músculo obedecía las órdenes que mandaba mi cerebro.

—Buenos días, Alisa. —Escuché su voz y noté algo extraño.

Abrí los ojos y estaba con medio cuerpo sobre él. Lo tenía abrazado por completo. Hasta ese punto tenía el cuerpo adormecido y pesado por el alcohol ingerido el día anterior, que ni había notado que le tenía a él prácticamente aprisionado.

—Buenos días, Owen. ¿Qué hago yo aquí? —pregunté levantando la cabeza, pero sin mover mi cuerpo ya que tenía pocas fuerzas.

—Pues dejar que te cuide como lo hice.

—¿Y por qué me tuviste que cuidar? —no recordaba más allá de cuando nos dieron los relojes como regalo que aún llevaba en mi muñeca.

—Vomitaste, no te mantenías en pie…

—Huelo bien y tengo un pijama extraño puesto —dije agachando la cabeza y sabiendo que ese no lo había visto en mi vida.

—Es un regalo mío, sobre la otra cama tienes algunos más —murmuró y besó mi frente. No dejaba de acariciar mi cabello.

—No recuerdo ni el momento en el que me lo puse, y menos cuando me duché. Me va a estallar la cabeza —suspiré de nuevo.

—Normal, no estabas muy en condiciones que digamos. Menos mal que estaba yo para ayudarte.

—Explícame eso. —Apreté los dientes, porque si era lo que se me estaba pasando por la cabeza en ese momento, me iba a dar algo.

—No te iba a dejar de esa forma, así que de manera meticulosa te ayudé a ducharte, secarte, ponerte la ropa interior nueva —me dijo eso y me miré corriendo por debajo de la camiseta y vi un sujetador que hasta ahora no había visto en mi vida— y ponerte el pijama —continuó.

—¿Me has visto desnuda? —pregunté levantando mi cabeza mirando hacia él como si quemara, mala idea porque lo hice tan rápido que me dio un leve mareo, pero lo disimulé como pude.

—Digamos que, de pasada, intenté no fijarme mucho. —Carraspeó.

—Pero ¿pasó algo que deba de saber? —Apreté los dientes.

—No, tranquila, no estabas en condiciones para nada. Mira que te ofrecí la posibilidad de ducharnos juntos, pero te negaste y acto seguido te pusiste muy mareada. Lo único que hice fue ayudarte.

—Me muero de la vergüenza. —Me tapé la cara con las manos dejándome caer en su pecho.

Si le dije que no me duchaba con él, fue para que no me viera, y al final, tras mi desvanecimiento, había acabado viéndome. Me moría, es que me moría, de verdad.

—Deberías de estar orgullosa del cuerpo que tienes.

—¡Me has visto! —grité volviendo a mirarle.

—Solo de pasada, de verdad, pero nada más hay que ver cómo luces la ropa.

—No digas una palabra más. —Me reí de imaginar la escena que no recordaba—. Por cierto, ¿a qué hora llega Beth? —Los nervios comenzaron a hacer presencia en mi estómago.

—En dos horas, ya viene de camino. Ahora vamos a disfrutar de un buen desayuno. ¿Algún deseo en especial?

—Un cigarrillo —dije riéndome.

—Deseo concedido, voy a llamar a cocina para que nos traigan ya la bandeja.

—Yo puedo ir a por ella —dije incorporándome.

—Tú disfruta de tu primer amanecer de casada y prepárate para recibir a nuestra hija.

—Es más mía que tuya —le advertí con el dedo, riendo y agradecida de que lo dijera en ese tono.

—Eso siempre, pero como marido y padre adoptivo, también pasa a ser mía y tengo derecho a estar feliz.

—Gracias por todo, Owen. —Lo abracé.

—Mi besito. —Sacó los morros y se lo di con todas mis fuerzas.

Nos levantamos y entre los dos hicimos la cama mientras esperábamos el desayuno que íbamos a tomar en la mesa del balcón cerrado que tenía la habitación.

Estaba de los nervios, de verdad, deseando ver a mi niña por fin y abrazarla, comérmela a besos y disfrutar de cada segundo del día que pudiera estar con ella.

Ocho años separadas era mucho tiempo, y ahora estaba a solo unas horas de que mi mayor deseo se viera por fin hecho realidad.

Mi niña, mi chiquitina, mi preciosa Beth volvía a mi vida.

No tardó en aparecer Penny con el carrito y el desayuno que nos dejó en la puerta y que Owen fue a por él. Se me hacía de lo más raro que ahora sirvieran para mí. Me iba a costar acostumbrarme a ello, pero tenía claro que siempre que pudiera iba a estar en la cocina horneando algún que otro dulce.

Podía imaginarme con Beth, las dos cubiertas de harina después de preparar masa para galletas o un bizcocho.

—Su paquete de tabaco y el desayuno —dijo Owen poniendo todo sobre la mesa haciendo que volviera al momento presente.

—El paquete para ti, yo solo quiero uno y porque estoy muy nerviosa. La última vez que me fumé uno fue cuando fui a Glasgow a dar sepultura a mi padre.

—Sé que no fumas. —Sonrió—. Disfruta del café, el cigarrillo y deja de tener remordimientos por nada.

—Estoy muy nerviosa. —Apreté los dientes.

—No se nota nada —dijo con ironía acariciando mi mejilla.

Para los ojos de la niña los dos éramos como sus padres, ya que él la había adoptado como tal, pero yo no tenía ni idea de lo que ella sabía, lo que le habían contado o lo que se imaginaba de mí. Todo me tenía de lo más nerviosa y cuando me fui a dar cuenta, me había fumado dos cigarros seguidos.

—Deja de fumar y come un poco —dijo quitando el paquete cuando apagué el segundo.

—Me va a dar algo. —Solté el aire y cogí un trozo de pan para untarle la mantequilla.

—Hoy no, hoy no te puede dar nada, nuestra hija te necesita. —Me hizo un guiño.

—Tú te metes muy fácilmente en el papel de marido y padre. —Reí negando y viendo lo fácil que era para él todo.

—Pues es que hasta me hace ilusión esto de ser padre de una niña ya crecidita que no pida biberón, ni llore por las noches.

—Y si no protesta, hace caso y es aplicada mejor, ¿no? —pregunté siguiendo el rollo mientras reía con las cosas que tenía.

—Si no lo es, lo será, porque hay que educarla.

—Va a ser un amor de niña.

—Seguro, sale a ti. —Volvió a acariciar mi mejilla y luego la pellizcó.

Mientras desayunaba, él se acercó a la otra cama y me trajo dos bolsas de papel muy elegantes, la primera contenía dos pijamas y ropa interior de lo más bonita y cómoda. Sonreí mirándolo y agradeciéndole el detalle. Era todo precioso, se notaba que tenía muy buen gusto porque el que yo llevaba puesto era una monada de rayas de color rosa y blanco.

En la otra bolsa, había un sinfín de cosas para la niña. Me emocioné un montón viendo el detalle que también había tenido con ella.

—Me encanta todo, Owen —sonreí—, es precioso. Este te lo has ganado. —Me acerqué agarrando su cara con mis manos y le besé los labios.

—Si es así, tendré que comprar regalos más a menudo.

—No hace falta, yo te los daré cuando lo necesites. Te debo la vida.

—¿Solo por eso? —Arqueó la ceja.

—Bueno, digamos que usted está muy apetecible, señor heredero. —Reí.

—¿Apetecible? —Se le escapó una risilla mientras me miraba con rostro feliz, era como que se sentía totalmente cómodo a mi lado y eso que días atrás éramos dos perfectos desconocidos.

—Me has entendido. —Me puse las manos en la cara.

—¿Otro cigarrito?

—Venga —dije cuando me sirvió el otro café.

—Eres muy divertida pese a la impresión que das de seriedad a primera vista.

—Eso es porque tú impones mucho, pero vamos, que tú al menos ya ríes que antes te costaba un mundo.

—Era para impresionar. —Me hizo un guiño.

—Aún no te pillo el punto, pero algo me dice que detrás de esa imagen que intentas mantener, hay alguien un tanto…

—¿Un tanto qué? —Arqueaba la ceja.

—¿Descarado? ¿Pícaro?

—Puede ser, eso lo tendrás que descubrir tú. Tienes dos años para conocer en profundidad a tu marido.

—Ya te voy descubriendo, un poco, pero algo. Ayer me reí mucho contigo.

—Hasta lo que te acuerdas.

—Bueno sí, pero me lo pasé muy bien y te vi muy relajado.

—Lo estuve. —Sonrió acercándose para darme un beso en los labios, y con cada uno que me daba, yo me sentía más cómoda, a pesar de que estando a solas sin ojos curiosos que nos vieran no era necesario que nos besáramos.

—¿Hice algo de lo que deba arrepentirme? —Apreté los dientes y puse cara de terror.

—Nada, ojalá lo hubieras hecho, pero no hubo forma, ya te digo que te ofrecí ducharte conmigo, pero al final te tuviste que duchar sola con mi ayuda, aunque lo mismo ni te hubieras arrepentido. Hasta cabe la posibilidad de que me hubieras pedido el contrataque —contestó elevando ligeramente las cejas de forma graciosa.

—¿Contrataque? —Me reí—. Hubiera sido triste que hubiera pasado algo y hoy no lo recordara.

—En eso tienes razón. —Apretó mi pierna.

Me sentía tan cómoda con él que hasta por momentos parecía que lo que estaba pasando era tan real como la vida misma.

Y no cesó en sus atenciones hacia mí, acariciándome la pierna cuando tenía ocasión, apretando mi mano para tranquilizarme un poco y alejar esos nervios y miedos que me invadían ante lo que estaba a punto de vivir.

Después de un desayuno de lo más relajado, nos fuimos vistiendo y preparando para recibir a la pequeña porque ya habían avisado a Owen de que estaban a escasa media hora.

Me temblaba hasta el pulso mientras me ponía los zapatos, por no hablar del modo en el que comenzó a latir mi corazón con esos nervios que de nuevo me invadían, parecía un caballo desbocado por mitad de las tierras del castillo.

—Te oigo pensar —me dijo Owen.

—Estoy nerviosa

—Pues relájate, ¿quieres? —me pidió acercándose y rodeándome con ambos brazos por la cintura— Cierra los ojos.

—¿Qué?

—Cierra los ojos —me pidió, y acabé haciéndolo—. Respira hondo mientras cuentas hasta diez —dijo, y lo hice—. Ahora, suéltalo.

Y lo solté, notando mi cuerpo un poquito más relajado que antes.
Abrí los ojos, le miré, Owen me sonrió y me dio un beso rápido en los labios.

—¿Mejor?

—Creo que sí, no lo sé.

—Pues vamos a bajar.

Capítulo 11



Con los nervios a flor de piel, salimos al jardín principal para recibir a la pequeña que venía en un coche judicial para entregarla. Todos nos miraban sonriendo a nuestro paso, compartiendo la felicidad que en ese momento sabían que yo sentía. Era el día más importante de mi vida y estaba a punto de abrazar lo que tanto deseaba.

Después de tantos años de espera, al fin vería la carita de mi niña de nuevo, consciente de que habría cambiado desde la última vez que la vi, me la había imaginado cientos de veces, preguntándome cómo sería.

—Tranquila —me dijo Owen sin soltarme la mano cuando nos detuvimos.

—Estoy muy nerviosa.

—Pues no lo estés. —Me dio un beso rápido en la sien y cogí aire.

El vehículo entró en los jardines y yo notaba que las piernas me flaqueaban. Una preciosa Beth se bajó del coche y vino corriendo hacia nosotros.

Se parecía tanto a mí a su edad, con el mismo color de pelo y de ojos, que se me dibujó una leve sonrisa en los labios al verla. Era perfecta, mi niña era perfecta, y tan bonita, que si mis padres pudieran verla en este momento sonreirían aún más que yo.

—Papaaa —gritó para mi sorpresa corriendo a los brazos de Owen que la cogió al vuelo. No quise ponerme triste ya que la pequeña venía desorientada y demasiado le debía yo a este hombre como para encima coger berrinche. Lo abrazaba que parecía que lo iba a ahogar y yo esperaba emocionada el mío.

Tenía tantas ganas, había soñado durante tanto tiempo con este momento, que si no fuera porque Owen no aparecía en esos sueños podría decir que estaba soñando ahora mismo.

Mi niña, mi chiquitina estaba a solo unos centímetros de mí. Sonriendo, feliz mientras abrazaba

al que a partir de ahora sería su padre.

—Mira qué mamá más guapa tienes —le dijo a la niña bajándola para que viniera a mí.

—¿Es tu mujer? —le preguntó agarrando su mano y mirándome de arriba abajo como si me estuviera haciendo una radiografía. Tuve que tragar saliva.

—Sí, mi esposa y tu mamá. —Su tono era firme.

—Pues dile que me vaya preparando un zumo —le contestó la pequeña mirándome con cierto desprecio y tirando de su mano como para apartarse de mí.

—Yo te lo hago, cariño —murmuré con tristeza. Y no lloré porque no quería que me viera, aquel era un momento de alegría y no de llantos.

—No, no se lo vas a hacer porque te lo ha pedido con muy poca educación —me contestó Owen soltándose de su mano—. Primero le pides perdón, luego le das un abrazo y cuando le demuestres que te importa, entonces, si ella quiere, te dará el zumo, ¿entendido? —le dijo Owen muy serio y contundente.

—Pues no lo pienso hacer. —Se me cayó el mundo de escuchar a mi niña de esa manera. Se cruzó de brazos y comenzó a silbar. ¿Qué le pasaba que no me quería ni hablar?

—Beth, hasta que no lo hagas a mí no me dirijas la palabra —le advirtió Owen a la vez que decía adiós con la mano al vehículo que ya se marchaba.

—Pues me da igual. —Ladeo de manera chula la cara y yo estaba sintiendo que me moría de la pena. Ahí sí que no pude evitar que se me saltasen las lágrimas y me dirigí a la habitación sin mirar atrás.

Entré con ganas de ponerme a partir todo, pero entendía que la niña estaba muy desubicada, que todo esto era nuevo, pero ¿porqué con él sí y conmigo no? ¿Le abrían hablado mal de mí?

Ese fue siempre mi miedo, que alguien en el centro le mintiera diciéndole que no la quería, que la abandoné, que yo era una mala madre. ¿Y si lo habían hecho y por eso hablaba de ese modo?

Y cómo me había mirado, con tanto desprecio en sus ojos que me mataba.

Sentía un dolor en el pecho que me ahogaba, una desilusión ante lo que siempre imaginé y lo que realmente acababa de vivir, que me mataba el hecho de saber que mi hija tenía esa aversión hacia mí.

Estaba hundida, hundida por completo y con ese dolor en mi corazón que no le deseaba a nadie.

Me senté en un rincón del sofá que estaba frente a la cama y me abracé a mis rodillas. El

momento más bonito que imaginé se había tornado en el más terrible y triste. Sentía que me habían desgarrado por completo.

Owen apareció por la habitación y vino directo hacia mí. Se sentó a mi lado y apoyó su mano sobre las mías, que seguían en mi rodilla.

—Es muy complicada —se refirió a la pequeña—. No tienes fuerza para enfrentarte a ella, pero te prometo que haré que salga de esa rebeldía. Estoy junto a ti, no se te olvide.

—¿Dónde está ella? —pregunté con un hilo de voz, llorando con una pena enorme.

—Con Penny, le dije que se encargase.

—Lo mismo son los nervios del momento, puede estar muy desubicada —dije, no queriendo mostrarle el temor que me invadía al pensar que alguien del centro hubiera pasado esos años hablándola mal de mí.

—Es su carácter, estoy al tanto de todo. Es una niña con una cierta rebeldía muy peculiar, no aguanta un no por respuesta y hay que hacer lo que a ella le apetezca —suspiró mientras me daba un apretón en la rodilla—. Solo es cuestión de educarla, pero por tu fragilidad te será muy difícil. Conmigo no va a poder.

—No seas muy severo —le pedí derramando todas las lágrimas que me salían sin dar tregua—. Solo faltaba que además de mirarme mal a mí, a ti te cogiera manía por reñirla.

—Tranquila, aunque no lo creas, sé cómo hacerlo. —Me acarició la mejilla.

—No era así como siempre imaginé nuestro reencuentro —sollocé y Owen me abrazó—. Tampoco es que creyera que iba a reconocerme, puesto que no me ha visto nunca, pero, no sé. —Lloré aún más—. ¿Que me mirase con cierta ternura y no con ese desprecio?

—Necesitamos tiempo, preciosa, solo eso. —Besó mi frente y me aparté para secarme las lágrimas.

Desde luego que pensaba que iba a llorar al ver a mi niña, pero de felicidad, mientras la abrazaba y le decía lo bonita que era, cuánto me alegraba de tenerla conmigo y lo mucho que la quería y la iba a querer siempre.

No, porque el encuentro hubiera sido tan amargo para mí por sus desprecios.

—¡Papá! —gritó Beth abriendo la puerta con su zumo en la mano.

—Sal ahora mismo y llamas, cuando te demos permiso abres la puerta —le dijo en tono muy serio y señalándole hacia fuera.

—Esa bruja te está lavando el cerebro —gritó enfurecida, y Owen se fue hacia ella y le quitó el zumo de las manos.

—A partir de ahora vas a beber agua o leche, vas a comer lo mismo que los demás y no disfrutarás de tus antojos, porque precisamente esos los compra a la que tú llamas bruja. Así que, si quieres, ve y te tomas un vaso de leche o de agua, pero aquí no vuelvas a abrir la puerta o tendrás consecuencias. Llamas y pides permiso, que esta no es tu habitación.

—Ese bicho te va a volver loco —le gritó Beth y salió directa a su cuarto cerrando su puerta con tal fuerza que la sentimos como un estruendo.

—Ahora sí que se la ha buscado —murmuró Owen saliendo en su búsqueda—. Y ahora te quedas sin puerta. —Le escuché decir y me asomé, viéndolo quitar la puerta de la habitación de la niña del marco y traerla a la nuestra.

—Owen… —murmuré mientras le veía pasar por mi lado.

—¡Me da igual, por mí te puedes llevar hasta las ventanas! —gritaba con unos modales de lo más callejeros y queriendo quedar en todo momento por encima.

¿Qué le pasaba a mi chiquitina? ¿Por qué se portaba así?

—Me está dando una crisis de ansiedad —dije poniéndome la mano en el pecho.

Me ahogaba, me faltaba el aire, toda esa situación me estaba creando una angustia y un malestar que no podía respirar.

—Relájate, sé lo que hago.

—Pero es muy contestona.

—Es una maleducada que tiene los humos muy por los aires y yo se los voy a bajar rapidito.

Nos sentamos en el sofá y yo volví a abrazarme las piernas mientras miraba por la ventana. Owen me frotaba la espalda a modo consuelo, pero esa angustia que tenía me oprimía por completo.

La escuchaba hablar desde su habitación, nada le parecía bien según lo que pude entender. ¿Es que acaso prefería estar de nuevo en ese centro en el que había pasado sus primeros años de vida?

Con el amor con el que todos habíamos preparado su habitación, y no dejaba de resoplar.

—La muñeca de la esquina de mi estantería es muy fea, diría que horrorosa, seguro que la bruja la eligió —dijo Beth entrando de nuevo sin pedir aviso.

—Esta enana me quiere sacar hoy de quicio —murmuró Owen levantándose y saliendo hacia la puerta. La niña lo siguió y yo corrí para ver lo que iba a hacer, porque sabía que no se había levantado para tocarle las palmas.

Vi cómo Owen cogía la muñeca y no solo eso, todas las que había en la habitación.

—¿Me vas a dejar sin muñecas, papi? —le preguntó la niña mirándome desafiante.

—Sí, y si vuelves a entrar en mi habitación sin llamar, verás lo próximo que te quito —le respondió este con una sonrisa de oreja a oreja de lo más irónica.

—Déjame esa muñeca del vestido rosa —le dijo agarrando el vestidito de esta que estaba sobre los brazos de Owen.

—No, no te la voy a dejar, ni esta, ni nada y haz el favor de ponerte a ordenar tu ropa en los armarios y cajones.

—Que lo haga la sirvienta. —Me señaló a mí.

—Sirvienta, sácale el pijama que quieras, que no sea de los nuevos que le compraste —se refirió a los que compró él, tanto a ella como a mí, pero no lo quería decir delante de la niña— y elígele la ropa que se pondrá mañana. Es lo único que se quedará en la habitación y cada día le eliges la vestimenta. Vamos a tratarla de acuerdo con la edad que tiene.

—Sirvienta, que no sea el pijama rojo —me dijo sin entender nada, parecía que le daba igual todo.

Owen me miró y entendí que ese precisamente no se lo debía sacar. Cogí uno amarillo que vi muy abrigadito y cómodo mientras la niña me miraba con los morros hacia fuera. Para el día siguiente le elegí un pantalón de chándal con una camiseta y una sudadera.

—Tienes mal gusto —soltó la niña con una cara de asco que me revolvía por dentro.

¿Cómo era posible que en un cuerpo tan pequeño hubiera tanta maldad y odio? No entendía ese trato, de verdad que no. En mi cabeza no entraba el hecho de que una niña tan pequeña hablara de ese modo a las personas que, desde ese instante, iban a ser sus padres.

Me mortificaba ver ese trato hacia nosotros, aunque más bien era hacia mí.

El que me llamara sirvienta con ese desprecio, como si ese fuera un trabajo indigno para las personas, me llenaba de rabia y dolor.

Era mi hija y la quería con todo mi ser, pero no sabía todo lo que yo había pasado en la vida queriendo recuperarla, jamás se haría una idea de lo que siempre hice por ella.

Sentí las lágrimas queriendo salir de nuevo descontroladas y sin consuelo, momento en el que él me miró haciendo un leve gesto con la cabeza señalando hacia la puerta.

—Vamos —me dijo Owen y salimos de allí con toda la ropa de la pequeña y las muñecas. Yo solo quería morirme—. Ni se te ocurra llorar —me advirtió—, tienes que ser fuerte. Tarde o temprano dará su brazo a torcer.

—Jamás pensé que me encontraría con un escenario así.

Negaba incrédula ante la situación, desesperada por el modo en el que estaba viviendo todo y con esas ganas de llorar que no podía controlar.

—Ven. —Owen me cogió la mano atrayéndome hacia él, me miró mientras acariciaba mis mejillas con sus pulgares y se inclinó para darme un beso rápido—. Eres su madre, y sé que te duele y te costará no ceder a muchas de las cosas que diga, pero no olvides que eres fuerte, aunque no lo creas, no todo el mundo pasa por lo que tú has pasado y sigue adelante sin darse por vencido. Y, sobre todo, estoy contigo, en lo bueno y en lo malo, unidos en sagrado matrimonio. —Hizo un guiño y se me dibujó una leve sonrisa.

Me abrazó y cerré los ojos dejando que me mimara, aunque solo fuera un poco, el tiempo justo de que volviéramos a escuchar los pasos de mi hija acercándose. Suspiré apartándome de él para secarme las lágrimas, sabía que la niña venía para nuestra habitación y no quería que me viera llorar, de algún modo intuía que eso para ella sería una victoria.

—Que vengo a deciros que no pienso comer, tengo que cuidar mi cuerpecito y aquí solo coméis grasas, que lo he visto en la cocina —dijo desde el pasillo sin atravesar la puerta que habíamos dejado abierta.

—Pues muy bien, así hay más para nosotros —le respondió Owen y esta se marchó en dirección a la cocina. Ni sabía lo que hacía.

—Siento mucho lo…

—Ni lo digas, no tienes culpa de nada y yo me ofrecí para esto. Asumiremos todo y como te he dicho, conseguiré quitarle todos esos pajaritos y mundo de fantasía en el que vive.

—Pero también hay que entenderla, viene de estar viviendo sin familia, en un centro donde los profesionales no ejercen de padres, le faltó todo eso.

—La niña estuvo en el centro con más menores que no actúan así, te lo digo yo que he estado viendo el ambiente. Beth es problemática y tiene un carácter muy feo. Le falta que la pongan en su lugar y lo vamos a conseguir. —Me cogió la cara con sus dos manos y la acarició con los dedos pulgares de nuevo, mirándome con esa intensidad que aún me ponía nerviosa—. Te repito que estoy contigo al cien por cien. —Besó mis labios.

Si no fuera por Owen yo estaría llorando en un rincón con una impotencia muy grande. Le iba a agradecer toda la vida lo que estaba haciendo por nosotras.

Sin darme siquiera cuenta y haciéndolo por inercia, lo abracé con todas mis fuerzas y él no dudó en arroparme una vez más. Necesitaba estos abrazos suyos con todo mi corazón. Me sentía de lo más frustrada.

Capítulo 12



Después de guardar la ropa de la niña en nuestra habitación mientras los suspiros me salían solos y Owen me pedía que me tranquilizara, cogí aire y me dije a mí misma que al menos debía intentarlo.

Nos dirigimos al comedor en donde nos habían preparado a los tres la comida. La niña ya estaba allí en la mesa jugando con un pedazo de pan al que le había sacado un montón de migajones y puesto por la mesa como en fila, a pesar de que amenazó con no comer. Owen la miró no de muy buena manera.

—Papi, estaba aquí haciendo la carretera de la vida.

—La próxima vez la haces con un papel y un boli.

—Papi ¿qué te pasa conmigo? —De repente intentó victimizarse por completo.

—Lo mismo que a ti con tu madre y, por favor, en la mesa no hay discusión.

—Pues deberías quererme a mí más que a ella.

—Beth —le señaló al plato—, tengamos la comida en paz —le advirtió en un tono muy cortante.

—¿Y a ella no le dices nada? —Volvió a ponerse en plan rebelde.

—Sí, le digo muchas cosas bonitas porque no tiene un carácter de mierda como el tuyo —le soltó y yo no sabía dónde meterme.

Le miré de refilón y con los ojos muy abiertos, sin poder creer que le hubiera dicho aquello a la niña, y lo encontré con su semblante serio de siempre, e imperturbable, como si no acabara de decir esas palabras sino cualquier otras.

—Pues ya no como —contestó elevando las cejas, desafiante.

—Mejor, así hay más para tu madre.

—Pues ahora me lo como. —Se cruzó de brazos.

—Perfecto, pero una tontería más, y te dejo solo el pan y el agua.

Llegados a ese punto a mí no me iba a entrar nada de la comida que nos habían preparado, me notaba el estómago cerrado por completo, si hasta el simple gesto de tragar saliva me parecía un mundo.

Owen me miró y, con un leve gesto de cabeza señalando mi plato me indicó que comiera. Sabía que lo hacía para que la niña no me viera el eslabón débil y se me subiera a la espalda, porque aquel sin duda era el camino que llevábamos.

—Papá, esta noche quiero dormir contigo —dijo de repente.

—Tienes tu cama, a mi lado duerme tu madre.

—Pues que hoy duerma debajo de la cama, porque en la mía no la pienso dejar.

—Ni yo a ti en la nuestra. Faltaría más. —La miró intimidatoriamente y ella bajó la cabeza, pero sonriente, desafiante, pensando en lo próximo que iba a soltar.

Y verla así, con esa sonrisa maliciosa en el rostro, el modo en el que me miraba como no fuera más que un estorbo, me mataba.

Owen me acarició la mejilla y me hizo un guiño. La niña no nos quitaba la vista de encima y él lo hacía peor para demostrar lo que yo le importaba y que ella entendiera que no iba por buen camino.

Beth cogía un bocado tras otro con esa cara de desprecio que parecía tener ante todos los que la rodeábamos, suspiraba y resoplaba cada vez que lo miraba antes de llevárselo a la boca.

Yo quería pensar que era porque estaba acostumbrada al centro en el que vivió desde que era solo una bebé, y que le costaría hacerse con los hábitos y costumbres de la que sería su nueva vida, pero esos modales, ese carácter y esa manera de comportarse, se veía que los tenía tan arraigados a su manera de ser, que a Owen y a mí nos costaría un mundo hacer que los dejara atrás.

Comía y me miraba cuando creía que ni Owen ni y la veíamos, y si yo la miraba, fruncía los labios con asco antes de coger otro bocado de su plato.

Pensaba en mi padre, que sí supo que tenía una nieta, y en qué pensaría al ver lo rebelde que era y cómo me trataba.

Se moriría de la pena de no haberlo hecho por su enfermedad, eso seguro.

Él siempre supo cuánto quise a mi niña a pesar de haber llegado a nuestras vidas del modo en el que lo hizo, sabía que era mi mayor tesoro y que siempre quise recuperarla a como diera lugar.

Se fue de este mundo sin haberla podido ver en mis brazos, como solíamos decir, pero ahora que nuestro reencuentro había resultado ser un desastre y un dolor inmenso para mí, me alegraba que él no lo hubiera visto.

Miraba a mi hija y no podía evitar verme a su edad, se parecía tanto que se me dibujaba una sonrisilla al imaginar a mi madre con nosotras, seguro que diría lo mucho que le recordaba a mí.

Sentí de nuevo esas ganas de llorar y aparté la vista de ella, centrándome en mi plato de comida que estaba casi lleno, apenas me entraba nada y eso que me encantaba todo lo que cocinaba Penny.

—He escondido en el castillo la muñeca que me regaló el abuelo, esa no me la podéis quitar —dijo de pronto la niña y fruncí el ceño al escucharla.

—¿Qué abuelo? —pregunté extrañada.

—El mejor abuelo del mundo, y por eso no me la vais a quitar. Es mi tesoro y por eso lo oculté. —Me miraba intimidatoriamente—. Me voy, esta comida sabe a perro podrido. —Se levantó soltando esa barbaridad después de haberse comido casi todo el plato.

—No te muevas de la mesa hasta que acabemos —exigió Owen, pero ella sonrió con esa maldad que tanta pena y tristeza me producían.

—¿A que no me coges? —preguntó ya corriendo hacia el pasillo.

—¿Qué dice de un abuelo? Jamás conoció a mi padre —pregunté preocupada y extrañada. Se hizo un buen silencio—. Owen ¿sabes algo de eso?

—Sí, Alisa, sí, sé mucho de eso —confesó tras un suspiro en un tono un tanto triste.

—¿Qué me estoy perdiendo? Owen necesito saber qué pasa. —Comencé a llorar desesperada—. ¿Es cierto lo que dice de un abuelo?

—Alec la visitó sus últimos dos años antes de morir…

—¿Tu padre? ¿A mi hija? ¿Para qué? ¿Con qué propósito? ¿Cómo lo sabía? ¡No entiendo nada! —Rompí a llorar más aún—. Habla Owen, por Dios te lo pido, o me volveré loca.

—Sí, pero es que no parabas de preguntar, perdón —se excusó cogiendo mi mano y acariciándola—. ¿Tomamos un café en el porche?

—Sí, por favor. —Allí íbamos a estar más tranquilos.

Fuimos hacia el porche sin que me soltara la mano, cosa que agradecí porque de no haberlo hecho igual me habría desmayado. Estaba siendo un día extraño en todos los sentidos, primero el comportamiento de la niña y ahora…

Pasamos por la cocina y Owen le pidió a Penny que nos llevara dos cafés y que luego se llevara a la niña al pueblo a que se comprase dos libros adecuados para su edad, exclusivamente eso y que no le comprase ni una chuche ni nada que pidiese.

—No se preocupe, así será —respondió ella y me miró con una sonrisa que yo no podía devolverle.

Nos acomodamos en el porche y mientras esperábamos el café los dos estábamos allí en silencio, yo con la mirada perdida en la distancia y pensando en lo que mi hija había dicho, y en el hecho de que el señor Alec la hubiera estado visitando esos años.

¿Por qué lo hizo? ¿Qué quería haciendo aquello? ¿Y por qué nunca me mencionó nada a mí?

Preguntas y más preguntas que me hacía esperando las respuestas de Owen.

Penny nos trajo el café y me encendí un cigarrillo. Cuando nos aseguramos de que se habían ido, Owen comenzó a explicarme todo.

—Sabes que yo no tenía relación con Alec, ¿verdad?

—Sí, de eso estábamos todos al tanto.

—Es una historia larga que un día te contaré.

—Cuando quieras y lo desees —murmuré de lo más angustiada.

—El caso es que quiso reunirse conmigo para el tema de la herencia ya que por estar el castillo y sus bienes acogidos a leyes antiguas tienen derecho a testamentar con cláusulas. Eso fue hace dos años. Por supuesto accedí, que no quisiera saber de él no implicaba que fuese a renunciar a lo que me pertenecía y a estar al tanto de sus condiciones.

—Entiendo —asentí cogiendo el café para dar un sorbo.

—Él estaba al tanto de todo lo que te había pasado. Tu padre se encargó de hablar con él antes de morir y contarle toda tu historia, así como el hecho de que, por ayudarle, no habías podido cumplir con las condiciones para recuperar a tu hija. Lo hizo en un acto de desesperación, aferrándose a la esperanza de que alguien te ayudaría una vez él partiese. —Me acarició la mejilla en donde estaban cayendo todas mis lágrimas—. Alec le juró que te iba a ayudar a recuperarla y que la traería hasta ti.

—Necesito otro cigarro —dije cogiéndolo de la cajetilla a pesar de acabar de fumarme uno.

—Alisa, Alec empatizó mucho contigo, desde ese momento se encargó de mover los hilos con las administraciones pertinentes y arreglar todo para que yo adoptase a Beth cuando él no estuviera. Sabía que le quedaba poco de vida por una enfermedad que os ocultó a todos vosotros. Por supuesto, me explicó que debía tener tu autorización para que tú no perdieras tu parte materna.

—Pero hay algo que no entiendo. Si me quería ayudar y me dejó un dinero de herencia, ¿por qué no lo hizo antes para que yo pudiera ocuparme de mi hija sin necesidad de que tú intervinieras? ¿Y por qué debo de estar cinco años en el castillo para cobrarla?

—Necesitabas una casa, unos ahorros y un trabajo para demostrar tu autonomía y que te la devolvieran. Él en vida no te podía ayudar porque no podía disponer del dinero para comprarte una casa y darte una herencia adelantada, eso es ilegal e incumpliría las leyes. Sí se podía comprar lo que quisiera y ponerlo a su nombre, pero no al tuyo.

—No decía que me comprase una casa, Owen, no me expresado bien… ahora mismo mi mente está confundida y no entiendo nada. ¿Y lo de los cinco años?

—Para que te diese tiempo a reunir y te vayas también con el dinero de la herencia. Mientras, disfrutarías de tu hija aquí. Era la única manera que tenía.

—Y te echó el problema a ti. —Me froté la cara.

Todo esto me pillaba tan de sorpresa que no conseguía entender nada. ¿Mi padre le contó todo al señor Alec y él movió cuanto pudo para ayudarnos? Sentía unas ganas de llorar en ese momento al saber de la calidad humana de mi difunto jefe.

—La condición para que yo dispusiera de la herencia —continuó hablando— era que adoptara a la niña, la trajera al castillo junto a ti hasta que tú tengas los medios para independizarte e irte con ella en el caso que quisieras, de ningún modo podía echarte a ti ni a ninguno de los que trabajan en las tierras. Aseguró vuestra permanencia.

»Dejó todo arreglado y hablado para que yo tuviera la adopción de forma ágil. Él estuvo yendo a Glasgow cada poco tiempo para ir a ver a la niña, le llevaba regalos y se encargaba de que no le faltara de nada, y yo tuve que comenzar a ir para tomar contacto con ella. Siempre iba solo para no coincidir con Alec.

—La niña te conocía… —dije, entiendo al fin el que mi hija se lanzara a sus brazos nada más verle y tuviera esa conexión con él que conmigo no había tenido.

—Sí, por eso sé de su carácter. Conmigo se lleva bien pero no soporta a nadie a su alrededor, es muy egocéntrica. Nunca le pudimos hablar de ti ya que lo de que yo la adoptaría para traértela era un secreto entre nosotros y algunos oficiales que sabían nuestras intenciones y que cobraron por ayudar y guardar silencio.

—No sé si reírme o llorar. ¿Todo eso movió tu padre?

—Sí.

—¿Y por qué nunca me contó nada?

—Porque no se fiaba de que yo al final renunciara a todo y no te quería crear falsas ilusiones —respondió mientras me colocaba un mechón de cabello tras la oreja—. Mi herencia iba ligada a cumplir todo, como su afán de que me casase con una escocesa para terminar de disponer todo. Solo con lo de tu hija ya podría disponer de bastante, pero hasta que no me casase, no pasaría a tener el control de todo.

—¿Y por qué obliga a los del servicio a casarse?

—Te mentí en eso —me confesó—. Cuando descubrí que los dos estaban teniendo un lío lo vi como algo perfecto para hacerte ver que era lo normal el quererse casar para adquirir la herencia.

—Por eso fue por lo que Penny dijera que no tenía intención de casarse. ¿Y por qué me elegiste a mí?

—Te vi una persona noble y que por recuperar a tu hija serías capaz de cualquier cosa. No hubiera sido fácil conseguir que alguien se casase conmigo y firmase la renuncia a cualquier derecho sobre algún bien de los que me pertenece. Normalmente, en caso de divorcio se llevan el veinte por ciento del total de la fortuna. De todas maneras, hay muchas puntillitas que yo estudié bien. A los trabajadores les dejó la garantía del puesto en las tierras y cincuenta mil libras a cada uno.

—Serio, pero se ve que era un buen hombre. —Sonreí pensando en el difunto señor Alec.

—Prefiero no entrar en detalles.

—Entiendo —murmuré con tristeza.

—Vamos a tenerlo muy difícil con la niña, pero te prometo que al final conseguiré que cambie su carácter. Aunque no lo creas, te he cogido mucho cariño.

—Yo a ti también, Owen. —Le acaricié la mano.

No solo le estaba cogiendo cariño, sino que siempre le estaría agradecida por lo que había hecho por mí, a pesar de que sus acciones fueran supeditadas al cobro de una herencia familiar que por derecho sí le correspondía.

Como él había dicho, no muchas mujeres accederían a casarse con un heredero multimillonario y después renunciar a su parte en el divorcio, así como no muchos hombres de su estatus estarían dispuestos a adoptar a la hija de ocho años de una sencilla y humilde ayudante de cocina que

llevaría el apellido de su familia el resto de su vida.

El nuestro era un pacto de común acuerdo con el que ambos ganábamos aquello que queríamos. Él, la herencia familiar y el control absoluto de todo. Yo, recuperar a mi hija, aunque me fuera a costar hacerlo dado que no era la niña dulce y amorosa que pensé que era.

Respiré hondo, solté el aire y me quedé allí en el porche observando las tierras, esas en las que ahora quería adentrarme y perderme durante unas horas más que nunca.

Capítulo 13



Por más que pensaba y le daba vueltas al asunto, no entendía nada, pero confiaba en él, y con eso me bastaba. Estaba demostrando estar a mi lado, aunque no comprendía por qué se estaba involucrando tanto.

Un rato después apareció la niña por el porche con los dos libros. Justo acababa de traer otro par de cafés para tomar, cuando llegó.

—Mira papi, me he comprado estos dos libros —dijo sacándolos de la bolsa.

—No, mamá te ha comprado esos libros, que no se te olvide porque el dinero es de ella.

—Tú también tienes dinero —contestó frunciendo el ceño.

—No, todo es de ella. Así que no se te olvide la gratitud por poder tener esos dos libros.

—Pues ya no los quiero. —Los dejó de muy mala forma a un lado del banco.

Y a mí se me partía el corazón cada vez que la veía con esa actitud tan altiva, con esa rebeldía, la manera de hablar y despreciar todo y a todos cuantos la rodeábamos.

—Vas a coger los libros y te vas a dedicar a leerlos —le dijo Owen mientras los señalaba—. Por cierto, mañana comienzas en la escuela.

—Pero estos libros no valen para estudiar, así que no los quiero —repitió mirándome a mí de manera desafiante, solo porque él le había dicho que yo los había pagado.

—Esto será para cuando ya hayas estudiado. Los demás libros te los darán mañana.

—Pues estos no los leo. —Se encogió de hombros al tiempo que cruzaba los brazos.

—Pues no los leas, hija —le dije un tanto ya cabreada por esas miraditas que me estaba echando.

No quería ser así, pero me había salido tan de dentro que me sentí solo un poco mal por darle esa contestación, con el mismo tono que ella empleaba.

—A mí no me dices tú qué debo de hacer o no —dijo señalándome.

—¡Beth! —le exclamó Owen en un tono fuerte— Si piensas que te voy a permitir que le hables así a tu madre, es que no me conoces. Ahora mismo coges la escoba y barres todo el salón —le ordenó.

—Solo tengo ocho años y eso no me corresponde. Que lo limpie ella.

—Pues no vas a cenar ni merendar hasta que no lo hagas. Con ocho años tu madre ya ayudaba a sus padres.

—No tengo hambre. —Se rio exageradamente llamando la atención.

—Pues a ducharte, ponerte el pijama y a dormir.

—Son las seis de la tarde, no tengo sueño.

—¡A lo que te he dicho! —le gritó señalando hacia dentro con el dedo.

—Me ha gritado por tu culpa. ¡Bruja! —me dijo antes de correr hacia dentro.

—Si quieres la devolvemos.

—No, no, no —dije riéndome nerviosa, ya que noté su tono de broma.

—Nos queda gran trabajo por delante, vas a tener que ser fuerte. —Me acarició la mano—. Está falta de mano dura.

—O de amor —la justifiqué.

—Alisa, es una mezcla de todo, pero como te dije, allí había otros niños en su misma situación y no tenían ese carácter.

—Todos los niños no son iguales ni actúan de la misma manera, no saben cómo gestionar las cosas.

—Pues nosotros le enseñaremos, pero no podemos dejarle pasar las cosas por aferrarnos a la lástima porque entonces se aprovechará y puede actuar de peor manera.

—Ya, sé que tienes razón —suspiré—. Se nota que has pasado tiempo con ella, eres un padre con carácter, no hay duda.

—Te repito que nos haremos con ella, cambiará, ya lo verás. —Me dio un beso en los labios y sentí que, con ese simple gesto, aunque solo fuera un poco, mi ansiedad se calmaba.

Penny apareció por el porche y se acercó a nosotros.

—Ya llegó el uniforme de la niña y su mochila.

—Perfecto —le dijo Owen—. En el cole le darán los libros.

—La voy a duchar, me lo ha pedido.

—No, ella sabe ducharse sola. No dejes que te manipule.

—Creo que está un poco desconectada de la realidad —dijo con el ceño fruncido—, mientras la llevaba al pueblo, me contó un montón de cosas que no sé de dónde se las sacó, es muy fantasiosa. No es mala, pero tiene un ego y unos pajaritos muy grandes en su cabeza. Con mucho amor, eso sí, le dije que se equivocaba en muchas cosas. Creo que, al no haberle dado la razón en todo, le hizo ponerse un poco más a la defensiva conmigo.

—No le dejes pasar nada —le advirtió.

—Vale.

—Por cierto, mañana debo ausentarme por dos días, tengo que viajar a Edimburgo. Necesito que ayudes a Alisa en todo.

—Así será, con mucho gusto. Ella sabe que me tiene. —Se acercó y cogió mi mano, que acarició poniéndola entre las suyas.

—Antes de irme quiero que avise a todos que a las ocho los quiero aquí en el porche para comentarles las voluntades de Alec.

—Vale, no se preocupe que estarán todos aquí.

—Gracias.

—Voy a vigilar a la pequeña, pero tranquilo que no la ducharé —decía mientras seguía acariciando mi mano.

—Estos dos días, por favor…

—Tranquilo, Owen, estaré al lado de Alisa. —Ella comprendía en la situación en la que me encontraba y siempre tuvo una cierta predilección por mí. Sabía que le dolía ver cómo me trataba la pequeña—. Bueno, os dejo, me voy con la bichito. —Fingió echarse a temblar y tanto él como yo nos reímos.

—Llamarla bichito es ser muy generosa, Penny —le dijo Owen.

—Hombre, es que está feo que la llame demonio de los infiernos, que es vuestra hija. —Volteó los ojos—. Cielo, tú sabes que bromeo. —Me hizo un guiño y asentí—. Lo dicho, voy a vigilarla no sea que salgamos nadando si nos inunda el cuarto de baño.

Owen asintió a modo despedida para que Penny fuera a ayudar a la niña, y nos quedamos allí los dos tomando ese café que había preparado yo y que ya me sabía mucho más amargo.

Me dolía ver que no podía disfrutar con mi hija, no se dejaba, no quería contacto alguno conmigo y me detestaba. Lo peor de todo es que, aunque con sus formas, a todos los trataba medianamente bien menos a mí.

Confiaba en él, sabía que todo acabaría saliendo bien y la niña dejaría esa rebeldía a base de nuestro esfuerzo y de que le diéramos todo el amor que yo sabía que le faltaba y necesitaba, pero para ello debía ser paciente y esperar, esperar el tiempo que fuese necesario hasta que eso sucediera.

Owen se fue a su despacho a hacer unas gestiones que tenía que preparar para su salida a Edimburgo y yo me fui a la cocina a prepararme un zumo de frutas. Penny llegó un poco después.

—Ya está duchada, en pijama y quejándose de que el uniforme es horroroso y que mañana no se lo piensa poner —dijo Penny mientras volteaba los ojos.

—Estoy desesperada —murmuré negando.

—Estamos contigo. Debo ser sincera y reconocer que ese hombre siente amor por ti. Está protegiéndote y ayudándote con la niña, se nota que te ama. El amor le llegó de golpe. —Sonrió mientras acariciaba mi mejilla, ajena a la realidad que había entre Owen y yo, no tenía ni idea de nada. Aunque era evidente que yo notaba que algo había entre nosotros, más allá del pacto; al menos sus besos y abrazos así me lo hacían sentir, como lo que se estaba involucrando con Beth.

—No esperaba que fuera así, Penny —dije completamente hundida ante la situación—. Siempre imaginé ver a mi niña, abrazarla y comérmela a besos, llorar de alegría al tenerla al fin conmigo. Y en lugar de eso, me mira como si la estorbase, con una especie de odio que no me entra en la cabeza, desafiante, hablándome como si no fuera más que un mosquito molesto a su alrededor. Estoy devastada, Penny. —Lloré, lloré apoyándome en la encimera mientras me cubría la cara con ambas manos—. El sueño de reencontrarme con mi niña se ha vuelto una pesadilla.

—Vamos, cielo, ya, no llores —me pidió abrazándome—. Que me vas a hacer llorar a mí y va a parecer que se murió alguien.

—Yo —grité con desgarro—. Yo me he muerto por segunda vez en vida, Penny.

—No digas eso, Alisa. Esa niña necesita que todos, y tú la primera, hagamos lo que ha dicho Owen: ignorarla. —Se encogió de hombros mientras me secaba las lágrimas que cubrían mis mejillas—. Que se va a enfadar, seguramente sí, pero así aprenderá a ser un poco más respetuosa con todos, y en especial contigo.

—No sé por qué me tiene tanto odio.

—Alisa, cielo, no lo pienses más y no llores, que vas a acabar con los ojos hinchados y unas bolsas que ni las de la compra —dijo mientras me pasaba los pulgares por debajo de los ojos—. ¿Un café? —propuso con una sonrisa y asentí.

Preparó café para las dos y nos sentamos a tomarlo allí tranquilamente, hablando de lo que pensaba cocinar al día siguiente.

—Venga a trabajar, que no se puede estar de fiesta, que para algo os pagan —nos dijo mi hija entrando en la cocina, como si de la dueña de todo se tratase. Nadie diría, al escucharla hablar así, que fuera solo una niña de ocho años.

—Pues eso, que me he comprado un vestido de lo más bonito —me dijo en alto Penny fingiendo que no la había escuchado y cambiando de tema.

—He dicho que tenéis que trabajar —repitió Beth.

—Yo, en cambio, me voy a comprar unas botas de montaña que vi y me encantan —mentí siguiéndole el rollo a Penny como estrategia para que la niña comprendiese que con ese tono lo único que iba a conseguir es que la ignorásemos.

—No te vas a comprar nada con el dinerito de mi padre —soltó quedándose tan a gusto.

Había que ver el modo en el que velaba por el dinero del hombre al que tenía como a un padre, y el desprecio con el que me trataba a mí, que la había llevado en mi vientre nueve meses, y me la arrebataron de los brazos recién nacida.

—Por cierto, tu marido me dijo que te iba a llevar de vacaciones a Disney, que os ibais a ir los dos solos. ¿Cuándo os marcháis?

—Pronto, en unos días —dije con tristeza porque me parecía muy cruel, pero es que la niña lo provocaba todo.

—Me voy a poner malita y no va a ir a ningún sitio mi papi. —Comenzó a toser.

Desde luego se las sabía todas, con tal de conseguir que su padre no estuviera conmigo, la bruja, que, según ella, le estaba lavando el cerebro.

—Voy a llamar al doctor, necesita que le pongan dos o tres inyecciones porque esa tos suena

muy mal —comentó Penny poniéndose en pie.

—Estoy de acuerdo contigo —le dije—, llámalo.

—¡Brujas! —gritó con maldad y a todo pulmón, sería de extrañar que Owen no la hubiese escuchado— Que ya estoy buena, que sois las dos unas brujas, porque os juntáis y sois iguales. Mi padre no va a ir contigo a ninguna parte. —Me señaló mientras me miraba con ese desprecio que a mí me partía el alma en dos—. Irá con su novia, la que tiene en Edimburgo y que me quiere mucho. Se casarán dentro de dos años, que yo lo sé, y además es un secreto y no os lo voy a contar. —Nos hizo una burla y se marchó.

—Y qué esté prohibido dar un cachete —murmuró Penny negando cuando volvimos a quedarnos solas.

Recogió las tazas de café para lavarlas y empezó a preparar la cena.

Yo me quedé allí sentada, pensando en lo que acababa de pasar, ya no solo en que Beth nos hubiera llamado brujas a las dos como si conspiráramos en su contra, sino en todo lo demás que había dicho.

¿Por qué hablaba la niña de dentro de dos años? ¿Casualidad? ¿Había algo que yo no sabía? ¿Es que estaba al tanto de todo? ¿Owen le había dicho la verdad a la niña? ¿Tenía novia? ¿La traería cuando pasaran los dos años? Sentía que la tensión se me bajaba por los suelos. Y lo peor de todo es que yo no era nadie para preguntarle a Owen por su vida, demasiado todo lo que estaba haciendo por mí.

El caso es que Penny no le había dado importancia a esas palabras porque estaba ajena a todo y me veía como su mujer, así que eso de tener una novia lo había visto como un berrinche de la pequeña.

A mí me había dejado de lo más rayada, porque, vale que yo no tenía derecho a saber lo que hacía con su vida, pero ¿por qué me besaba si estaba con otra? No, esto debía de ser un berrinche, no podía ser verdad, si tuviera novia no iba a permitir que se casara con otra. La niña me iba a dar muchos problemas y, entre otras cosas, las mentiras que se iba a inventar para lastimar, porque se notaba que eso era lo que pretendía.

—No le des más vueltas, Alisa —me dijo Penny al verme tan calla—. Anda, cielo, no pienses, que ya verás como antes de lo que creemos, la niña se vuelve un angelito.

Eso esperaba, o al menos que no me mirara con ese odio y desprecio que me dedicaba.

Capítulo 14



Me dirigí a buscar a Beth y me la encontré sentada sobre la cama de su habitación leyendo uno de los libros. La puerta estaba abierta dado que no tenía ya que se la quitó Owen.

—¿Qué haces aquí, bruja? —Me miró con desprecio.

—Dado que esta es mi casa, me muevo por donde quiero, hija.

—A mí no me llames hija, yo tengo otra madre. —Su mirada daba miedo.

De verdad que no entendía cómo una niña tan pequeña podía contener tanta maldad en su cuerpo. Y a mí me mataba que me hablara de ese modo y me mirara como lo hacía.

Pero tal como había dicho Owen, tenía que mostrarme fuerte delante de ella y hacerle ver que no me afectaba nada de lo que me dijera. Así que, con todo el dolor de mi corazón, dije unas palabras que jamás podría llegar a perdonarme por la severidad de mi tono.

—Pues vete con ella.

—¿Y que tú te quedes con nuestro castillo? —Echó una carcajada de maldad que me sorprendió por completo.

Verla en ese instante era como ver a una de esas malas de los cuentos que haría cualquier cosa con tal de salirse con la suya. Y no me gustaba, no me gustaba ver a mi niña de ese modo. Mi pequeña no debía ser así, jamás pensé que lo fuera.

A tal punto llegó el sonido de su risa, que no me extrañaría que incluso Penny la hubiera escuchado desde la cocina.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Owen entrando de improviso.

—Papi, que esta mujer me dice que me busque otra mamá, que no me quiere —dijo haciéndose

la víctima de nuevo, con una malicia que me hizo sobrecogerme. Esta niña tenía una maldad que jamás hubiera imaginado ni en una adolescente.

—Yo en su lugar tampoco te querría, no has hecho ningún mérito para ello y sí, puedes buscarte otra mamá e irte con ella. A nosotros nos dejarías en paz y todos tan felices —le contestó este tan tranquilo y me di cuenta de que no se sobresaltó con nada, confirmando así que la niña tenía mucha maldad.

—Es mala, papá, es mala, me trata muy mal cuando tú no miras, me hace burlas y me dice bajito que soy el mismísimo demonio.

—Poco te dice para lo que te mereces —le contestó dando por hecho que sus palabras no tenían ninguna credibilidad.

—¿Te da igual que me haga daño al corazón? —Si yo merecía ganar un Oscar a la interpretación el día de nuestra boda, esta niña merecía otro.

Al preguntarle a Owen se había llevado la mano al pecho, poniendo por primera vez una carita de pena, que poco le duró.

—Vamos, cariño, te tengo un regalo —me dijo echándome el brazo por el hombro e ignorando a la niña.

—¡Nos quiere separar! —gritó al ver que nos marchábamos. No miramos atrás.

Ella seguía diciendo a gritos que yo era una bruja y no la quería. Me estremecí mientras la escuchaba y Owen me frotó el brazo mientras me daba un beso en la sien.

Sentí que me moriría de pena si eso seguía así, no podría soportar el modo en el que me hablaba y me despreciaba, pero, sobre todo, me partía el alma cada vez que le decía a Owen algo que supuestamente yo le decía a ella.

Nos fuimos hacia su despacho y cerró la puerta. Solté el aire nerviosa por darme cuenta de que no podía lidiar con ella y que cada vez me atacaba más fuertemente.

—Me da cierto reparo dejarte aquí sola con la niña mañana, pero debo irme. —Me echó la mano por el hombro y me pegó a él.

—¿Por qué me tratas con tanto amor si entre nosotros todo es…?

—No sigas. —Me dio un beso—. Deja que el tiempo y las cosas se pongan en su lugar. —Concluyó con otro beso.

No me respondía y entendía que tampoco debía de hacerlo, pero es que me estaba volviendo loca, por momentos sentía que entre los dos había mucho más que un pacto, pero por otro,

cuando lo recordaba, me daba contra un muro de realidad que en cierto modo me hacía daño. ¿Estaría enamorándome de él? O peor aún, ¿ya lo estaba?

—Déjala en paz, cuando se te acerque y te hable mal ignórala y déjala con la palabra en la boca marchándote de donde esté.

—Es muy difícil todo —respondí, suspiré y apoyé la frente en su pecho—. No era así como siempre imaginé esto, Owen, no era así. Tampoco es que esperase que mi hija me recibiese con los brazos abiertos y como si no hubiéramos estado separadas toda su vida, pero al menos no que me despreciara como lo hace.

—Nadie dijo que ser madre fuera fácil y menos en estas circunstancias. —Acarició mi mejilla—. Ve a darte un baño antes de cenar e intenta relajarte.

—Sí, la verdad es que lo necesito.

—No te preocupes más de la cuenta. —Me dio otro beso y asentí antes de marcharme.

Estaba viviendo en dos días un infierno que no me merecía, sabe Dios que siempre interpuse a todos por delante de mí.

Fui hacia la habitación mientras pensaba en si de verdad había hecho bien en recuperar a mi niña ahora, o tendría que haber renunciado a ella cuando me la arrebataron.

Pero no podría haberlo hecho, no podría haber mirado para otro lado dejando a mi niña en manos de a saber quién. Bastante que había pasado sus primeros años de vida en un centro rodeada de gente que no era su familia.

Suspiré al entrar, cerré la puerta y me apoyé en ella mientras notaba las lágrimas cayendo por mis mejillas de nuevo. Era duro, muy duro para mí ver el trato que me daba mi pequeña.

Me sequé las lágrimas y fui al cuarto de baño. Comencé a llenar la bañera para mientras preparar el pijama, ya que íbamos a cenar en el dormitorio para no hacerlo con la niña como castigo a su comportamiento. Había sido decisión de Owen y yo lo iba a respetar. Como él decía, o tenía unas normas mínimas de comportamiento o no nos tendría de su parte. Qué difícil se me hacía todo, pero no me quedaba otra que asimilar que, o nos poníamos tajantes con Beth, o ella iría a mucho más.

Me metí en la bañera y me encendí un cigarrillo. Al final estaba fumando más de la cuenta por mi estado de nerviosismo, tristeza y agotamiento mental al que me tenía sometido.

Sabía que había muchos niños y niñas que podrían ser un poco rebeldes, que, al igual que Beth, el haber pasado toda su vida en un centro de menores les podría haber hecho forjar un carácter difícil de llevar, pero nunca creí que eso le habría pasado a mi niña.

Y pensar que algo tan bonito como lo que siempre imaginé vivir fue tan malo que llevaba todo el día llorando por cada rincón del castillo como un alma en pena.

Que los nervios de saber que iba a volver a ver a mi hija se habían convertido en sufrimiento y en evitar decir cosas para que la niña no les diera la vuelta en mi contra.

Suspiré cerrando los ojos tras una calada al cigarro y entonces volví a lo que me había confesado Owen en el porche.

Descubrir que mi padre se había atrevido a hablar con el señor Alec me producía una ternura y unos sentimientos demasiado bonitos que se veían enturbiados por lo acontecido, una lástima, porque si él pudiese ver lo que estaba ocurriendo se pondría de lo más triste.

En una mano sostenía el cigarro y con la otra me quitaba las lágrimas que no dejaban de caer continuamente. En dos días estaba llorando demasiado, lo cual me hacía tener un aspecto lamentable a causa de las bolsas que empezaban a aparecer bajo mis ojos.

Estuve como media hora pensando en todo y me preguntaba si este era el precio que debía de pagar por recuperar a mi hija. No entendía cómo la vida podía golpearme tantas veces, ¿acaso fui una malvada en otra vida?

Salí del baño y estaba Owen sentado con el móvil sobre el filo de la cama. Levantó la mirada y me sonrió.

—¿Mejor? —Estiró su mano y me atrajo hasta él sentándome de lado encima de sus piernas y rodeándome por la cintura.

—Sí, algo mejor. —Tragué saliva mirándolo.

—Ahora he hablado con ella, sé que no servirá de mucho, pero lo poco que valga irá sumando hasta que se dé cuenta de que su actitud la llevará a empeorar las cosas y se le irá todo complicando aún más.

—Pero cuando tú la visitabas, ¿cómo se comportaba? —pregunté con curiosidad.

—Conmigo de lo más dulce, con los demás un poco apática, no es que se fuera metiendo con los demás, pero sí que no era muy sociable.

—Lo mismo solo te quiere para ella y siente celos por mí.

—Puede ser, a lo que hay que añadir su carácter que no ayuda en nada, pero como eso no es normal ni está bonito, hay que hacérselo ver por las buenas o por las malas. Deja de dar vueltas, lo conseguiremos. —Besó mi mejilla acariciando mi espalda.

Ojalá que consiguiéramos pronto encauzar el carácter de mi pequeña, porque sabía que en el

fondo no debía ser una niña tan mala y rebelde. Quizás solo era por el hecho de que tras el tiempo que había compartido con Owen en sus visitas al centro, creía que lo tendría para ella sola, y ahora yo estaba en la vida del hombre que siempre consideró su padre.

En ese momento nos avisaron de que el carro nos lo habían dejado en la puerta y salí para cogerlo y preparar la mesa del balcón.

Al salir, la niña que se dirigía a cenar pasó a mi lado. Me miró con los labios fruncidos y achinando sus ojos. Caminaba sin apartar la mirada de mí y girando el cuello como si fuera la niña del exorcista.

Decían que había miradas capaces de hacer estremecer a las personas, y esa sin duda era una de ellas.

No me tenía en alta estima, que eso ya me había quedado claro, así que esperaba que esa etapa de niña rebelde y en busca de las atenciones de Owen se le pasara pronto, o sería yo la que más acabaría sufriendo las consecuencias.

El estado de nervios y angustia en el que me encontraba acabaría por pasarme factura.

Entré con el carrito y no le dije nada a Owen, tampoco me apetecía ponerle la cabeza más llena de lo que ya la tenía.

Durante la cena me estuvo contando que por la mañana después de comunicar los deseos de Alec, saldría directamente hacia Edimburgo. Tenía que llevar todos los documentos para que se diera conformidad y ya proceder a disponer de sus bienes.

Después de cenar me fui directa a la cama ya que al día siguiente nos íbamos a levantar temprano, además la pequeña se incorporaba al cole y Athol se encargaría de llevarla a las ocho menos cuarto.

Penny se estaba encargando de la cena de la niña y de acostarla. Me daba mucha tristeza e impotencia no poder hacer yo esas cosas con ella y disfrutar de su compañía. Pero si ella no quería, poco podía yo hacer más que esperar a que se diera cuenta de que la quería más que a mi vida.

Owen se fue un rato más a su despacho para asegurarse de que todo estaba en orden. Yo me quedé en la cama dándole vueltas a todo, a pesar de que intentaba leer para evadirme, pero no había forma.

Eran como las diez cuando lo escuché entrar y meterse en la ducha. Yo ya estaba casi dormida, pero me desvelé un poco al sentirlo. Lo sentí meterse en la cama donde se pegó a mí y me dejó un beso en la frente. Me hacía la dormida ya que no me apetecía más que estar junto a él, pero en silencio…

Se me hacía un tanto triste saber que se iría al día siguiente y no regresaría hasta dos días después. No sé por qué extraña razón, pero ya lo empezaba a echar mucho de menos aún sin haberse ido.

Capítulo 15



—Buenos días. —Sonreí mirando a Owen que acababa de abrir los ojos y yo llevaba un rato parada en la cama para no despertarlo, ya que aún era temprano.

—Buenos días, preciosa. —Me acarició la mejilla y me dio un beso en los labios—. ¿Con ganas de desayunar?

—Pues la verdad es que sí.

—Vamos, da tiempo, apenas son las siete.

Nos vestimos y pasamos por la cocina. Allí estaba Penny preparando el desayuno mientras Charlotte vestía a la pequeña que escuchamos hablar con ella cuando salimos al pasillo y precisamente se estaba quejando de los zapatos.

Pero claro, ¿de qué no se quejaba ella desde que había puesto un pie en el castillo?

Después de saludar a Penny para que viese que ya estábamos despiertos, nos dirigimos al comedor en donde nos sentamos y no tardó en aparecer ella, preciosa con su uniforme, y es que era tan bonita.

Sonreí al verla, pero con disimulo, hasta que vi su ceño fruncido y ese modo en el que caminaba, sin duda alguna, enfadada y molesta.

—Papi, el uniforme es horrible, de muy mal gusto, y los zapatos son de mujeres que no tienen glamur.

—Perfecto, te viene perfecto —le dijo con tirantez.

—Papi, te estoy diciendo que no me gusta.

—No se compró para que fuera de tu agrado, sino para que fueras uniformada acorde al colegio y

los demás niños —respondió sin un ápice de lamentar que a ella no le gustase el uniforme.

—La falda es muy larga y me llega por debajo de la rodilla. —Comenzó a liarla en su cintura para dejarla como una minifalda.

—Ya te la puedes poner bien. ¿Dónde te crees que vas con el culo fuera?

—Al colegio —dijo en tono burlón y haciendo muecas con la cara.

—Ve a la cocina y desayuna allí con Penny. Si te vuelvo a ver con la falda liada, quemo la muñeca que te regaló el abuelo.

—¡No puedes hacer eso! Por culpa de la bruja no la tengo en mi cuarto. ¡Arderás en el infierno! —gritó antes de salir por la puerta muy enfadada mientras me señalaba.

—Qué cosas más bonitas me dice —murmuré intentándome tomar la cosa con un poco de humor para que no se fuera a Edimburgo preocupado.

—Es insoportable. —Volteó los ojos—. Y se la está buscando. —Soltó el aire—. Le gusta complicar aún más las cosas. Me quiero ir tranquilo, así que, por favor, mantente firme y que no pueda contigo. Ignórala o contéstale cortante y tajante.

—Tranquilo que la teoría me la sé, otra cosa es la práctica. Aunque diría que igual no se me da muy mal, ya viste que ayer le dije que se buscara otra madre —suspiré.

—Y conociéndote como te conozco, preciosa, eso te dolió más que caminar por brasas candentes y descalza.

—Cómo lo sabes —volví a suspirar.

Desayunamos sin decir nada más sobre la niña, salvo el hecho de pedirme que no decayera ni me dejara comer terreno, que la niña era pequeña pero tal como había dicho Penny, era un bichito y se notaba que a mí me quería comer viva si la dejaban.

Un rato después entró por el comedor Penny para avisarnos de que ya Athol se llevaba a la niña y de que todos estaban avisados para estar en el porche trasero para que él les comunicase los deseos de su padre, al que aún seguía llamando Alec.

Terminamos el café y salimos hacia allí, donde ya estaban todos los trabajadores tan solo a la espera de que llegase Athol, que había llevado a la niña al colegio, y que no tardó en llegar.

Owen les comunicó a todos el regalo que su padre les había dejado además de la garantía del trabajo. Todos se emocionaron un montón. Lo que no me esperaba eran las palabras que venían detrás.

—Quiero deciros que no nos conocemos desde hace mucho, pero se ve el buen ambiente que reina en las tierras. Si bien es cierto que yo llegué un poco reticente a tomar confianza con nadie, terminé encontrando a la velocidad de la luz a una mujer que amo y a una familia que todos conformáis y de la que me voy sintiendo parte. —Se veía la emoción en el rostro de todos, incluso en el mío, que estaba de lo más sensible y a punto de llorar.

»Estaré dos días fuera, pero sé que me puedo ir con la confianza de que cuidaréis de las tierras y de mi mujer, como si fueran vuestras. La niña ya sabéis que se cuida sola. —Volteó los ojos y todos se echaron a reír, porque en dos días Beth ya le había mostrado a todos el carácter que se gastaba.

Todos le dieron las gracias y se fueron marchando a sus puestos. Acompañé a Owen hasta el coche. Se iba solo.

—Bueno, aunque no lo creas, te voy a echar de menos. —Pellizcaba delicadamente mis mejillas con sus dedos.

—Y yo a ti, Owen. —Sonreí sonrojándome por completo.

—Ojalá sea cierto. —Me hizo un guiño antes de besarme y meterse en el coche mirándome fijamente y con una sonrisa mientras lo arrancaba.

Se marchó y sentí una tristeza instantánea que me dejaba claro que lo mío iba más allá de un pacto y el recuperar a mi hija. Había un sentimiento en mí que había nacido sin esperarlo y que se iba acrecentando por momentos.

Me fui hacia la cocina con Penny, apenas eran las ocho y media de la mañana. Me hice un café y me encendí un cigarrillo.

—Cómo te ha cambiado la vida —me dijo sonriente—. Y por la niña no te preocupes, es muy fantasiosa y tarde o temprano tendrá que poner los pies en el suelo. Owen está haciendo un buen papel y eso le duele a la niña que siente una adoración tremenda por él.

—Sí, pero bueno, no veo yo que esos modales vayan a ser fáciles de aplacar.

—Esta mañana me dijo que su padre está locamente enamorado de una mujer y que te va a dar dos patadas por ella. Le contesté que eso ya lo sabía porque había escuchado a Owen decirte que os iba a abandonar a las dos para ser feliz con otra mujer. —Se echó a reír.

—Muy buena esa. ¿Y qué dijo la niña?

—Se puso a llorar y dijo que su papi jamás la abandonaría, que la quería mucho. Y le dije que si estaba tan segura de eso, que por qué lloraba, y me respondió que porque le daba la gana. —Revolvió los ojos.

—Sueña con que su padre se vaya con otra y perderme de vista —suspiré.

—Pues el padre te ama tanto que le va a escocer mucho hasta que se dé cuenta de los momentos tan bonitos que se está perdiendo junto a ti. —Me acarició la barbilla y me dio un beso en la mejilla.

—Me muero porque la vida me concediese dos minutos abrazándola sin que ella me rechazase —confesé a duras penas por el nudo que tenía en la garganta.

—Venga, vamos a hacer hoy tu pasta favorita. ¿Me ayudas?

—Claro. —Sonreí.

Penny estaba intentando que no me viniera más abajo de lo que ya lo estaba. Puso la radio y comenzamos a escuchar música de un grupo escocés que nos gustaba mucho y no era muy reconocido mundialmente, pero sí en Gran Bretaña.

A pesar de todo lo que tenía encima y de lo mal que lo pasaba por la situación con mi hija, procuré no pensar mucho en ello y disfruté de algo que me gustaba tanto, como era cocinar.

Y pensé en Owen, mi marido de mentira ocupó mi mente durante varios minutos mientras me preguntaba qué tal le iría en la ciudad y si, como había dicho, me iba a echar de menos.

Lo nuestro no era más que el papel de nuestras vidas, aunque yo sintiera que había algo más, y es que como le dije, le estaba cogiendo mucho cariño. De sobra era sabido eso de que el roce hacía el cariño, y haber pasado todos esos días con él durante tanto tiempo, era lo que tenía, que le había cogido cariño al heredero de las Highland.

Nos pasamos toda la mañana cocinando y hasta hicimos tres postres. La pequeña no regresaría de la escuela hasta las cinco de la tarde, ya que comían allí y luego tenían un par de horas más de clases.

A la hora de la comida propuse hacer una de chicas y tanto Penny como Charlotte aceptaron encantadas. Preparamos para las tres la comida en el porche acompañada por unas cervezas. Nos sentamos una vez que todos los de la finca habían comido y vuelto a sus tareas.

—Tengo que confesaros algo —murmuró Charlotte tal y como nos sentamos. Por su cara, presentía que no iba a ser algo bueno.

Aún recordaba el modo en el que la vi hablando con Penny el día de mi boda y, si no le contó gran cosa entonces, estaba claro que ahora necesitaba soltar todo y desahogarse.

—Suelta, desde hace tiempo sé que te pasa algo —le contestó Penny. Yo también me había dado cuenta, pero pensé que era cosa mía.

—Edwin está viéndose con alguien en Inverness. De ahí a que vaya muy a menudo en sus horas libres inventándose cualquier excusa. Lo he estado siguiendo y siempre va a un piso del centro

en el que he descubierto que vive sola una mujer que se divorció unos meses atrás. Le pregunto constantemente sin decirle la información que tengo, y siempre me dice que lo tengo agobiado, que veo fantasmas donde no los hay y que soy una controladora.

De entre todo lo que podría habernos contado Charlotte, por mi vida que jamás se me habría pasado eso por la cabeza.

—Será mala persona —murmuró Penny muy enfadada.

—Lo peor ha sido cuando Owen dijo esta mañana lo del regalo que nos dejó el señor Alec. Me buscó al rato y me dijo que se iba al pueblo a vivir, ya que lo nuestro es inaguantable —dijo secándose las lágrimas—. Le pregunté que dónde se iría, ya que el piso que compramos está arrendado a unos inquilinos. Me contestó de muy malas formas que eso no era de mi incumbencia ya que lo nuestro era pasado. No lo reconozco.

Comenzó a llorar aún más, desconsolada y cubriéndose la cara con las manos mientras su cuerpo se sacudía con cada nuevo sollozo. La pobre estaba echa un mar de lágrimas y tanto Penny como yo, le frotamos la espalda a modo de consuelo, pero en momentos como ese, donde sabías que estabas perdiendo al amor de tu vida, nada podría consolarte.

—Es un sinvergüenza, ese hombre no tiene el más mínimo pudor con la de años que lleváis juntos y lo bien que lo has tratado siempre. —Penny estaba enfadada, y con razón, puesto que Charlotte siempre había tenido buenas palabras hacia su marido.

—Tenemos buenos ahorros ya que la hipoteca se paga con el alquiler y quedan pocos años para acabarla ya que dimos una buena entrada. Así que vamos a dividir lo que hay en el banco y cada uno se quedará su parte de la herencia. El piso dice que ya hablaremos de lo que haremos con él, pero que si le quiero comprar su parte está dispuesto a escuchar una oferta.

—¿Y qué vas a hacer? —pregunté preocupada.

—No quiero perder el piso, dimos mucha entrada e hipotecamos poco, solo quedan tres años para pagarlo y eso se paga con la renta. Si le compro su parte perderé todos los ahorros y lo que Alec me dejó, pero tendré mi casa pagada en tres años y sin ponerle ni una libra encima. Además, viviendo aquí ahorro casi todo mi salario. Puede que me la quede.

—No llores más y quédatela. Tú la compraste con mucha ilusión y que él se haya convertido en un monstruo no significa que deba de robarte tus sueños.

—¿Cuándo se va? —pregunté preocupada por ella.

—Esta misma tarde. —Tragó saliva.

—Lo peor de todo es que te lo tendrás que cruzar cada día —le dijo Penny, que estaba muy enfadada.

—Sí, pero bueno, imagino que el tiempo curará las heridas.

Charlotte era joven ya que solo tenía cuarenta y cinco años y además era preciosa. Estaba convencida de que volvería a rehacer su vida.

Era duro verla tan rota por perder al hombre que amaba, porque así era y siempre lo transmitió.

—Yo no sé vosotras, pero con esto, ahora me tomaba una copita de algo —dijo Penny.

—¿Una copita de qué, alma cándida? —Reí, y vi que Charlotte sonreía un poco. Conocía a Penny y sabía de sobra que cada vez que alguna de nosotras estaba un poco bajita de ánimos, ella hacía lo posible por sacarnos más de una sonrisa.

—Pues no sé, Alisa, ¿un vino?, ¿un brandy?, ¿un whisky? —Se encogió de hombros.

—Mejor otra cerveza fresquita y después un café bien cargado —dijo Charlotte.

—Qué aburridas. —Penny resopló y nos levantamos para recoger la mesa y preparar el café, dejando las cervezas a un lado, tras las siguientes palabras de nuestra Penny—. Aunque, si nos tomamos otra copa y nos encuentra la diabla bebidas, va a echar espumarajos por la boca y cuando venga su padre nos lanzará directas al foso de los leones a las tres.

—La diabla es la hija de los señores de la casa, deduzco —comentó Charlotte, y Penny asintió—. Vais a necesitar tener mucha paciencia con ella, Alisa, porque a todo le pone una pega.

—Eh, y que a nosotras nos llama brujas, no te digo más —contestó Penny.

—Os falta la verruga en la nariz para ser brujas.

—Eso díselo a ella, que a mí me ha dicho esta mañana que voy a arder en el infierno —suspiré.

—Te quejarás, encima con las cosas tan bonitas que te dice, vamos —dijo Penny volteando los ojos.

—Eso mismo le dije a Owen, que mi niña me dice unas cosas más bonitas, que voy a ser la envidia de Inverness —resoplé.

—Pues nada, aquí las tres brujas al poder, no te preocupes, que Penny y yo nos solidarizamos contigo. —Charlotte me hizo un guiño.

—Eso, ahora solo tenemos que ensayar una sonrisa malvada. —Penny se frotó las manos.

—Señoras, me estáis dando miedo. —Reí.

Y a pesar de que ni Charlotte ni yo estábamos en el mejor momento de nuestras vidas, al menos,

en ese ratito las tres juntas nos olvidamos de sus penas y las mías, que no eran pocas, la verdad

Capítulo 16



Eran las cinco y diez cuando estaba con Penny en la cocina y llegó Athol en el coche con la niña. Beth entró echa una bala y vino flechada hacia donde estábamos.

—El colegio es de niños tontos que se creen algo y son una caca. Y la comida es horrible —dijo allí plantada con los brazos en jarra y cara de asco—. Los profes son idiotas y el patio es un aburrimiento, donde todas las niñas ponen caritas para enamorar a los niños.

—Esta tiene para todo el mundo —murmuró Athol volteando los ojos.

—Muchas tonterías es lo que tiene —dijo Penny—. ¿Vas a merendar? —le preguntó a la niña, pero sin un ápice de sonrisa.

—Hombre, claro, para que os lo comáis vosotras me lo como yo.

—Qué cachetada tiene —murmuró Penny soltando el aire.

—Llevo su mochila a la habitación —comentó Athol.

—No se te olvide cerrar la puerta al salir —le ordenó la niña causándonos una risa que no pudimos evitar, ya que había tenido un buen golpe dado a que no tenía puerta.

—¿Qué pasa, que os hago gracia? —Se sentó y cogió un bollo de la mesa.

—Ninguna, pero de vez en cuando somos generosas —le contestó Penny poniéndole el vaso de leche por delante.

—Quiero cacao.

—Ahora mismo princesita. —Penny hizo una leve reverencia y tuve que aguantar la risa, hasta que mi hija volvió a abrir la boca.

—Soy reina, que os quede claro.

—A mí no me señales con el dedo —le advertí.

—¿O qué? ¿Irás a mi papi a decirle que soy mala? Mi papi está ahora con su novia en Edimburgo y lo que le digas le importa poco.

Con un ligero golpe puso Penny la merienda ante ella, y se fue hacia la nevera.

—Pues eso, que nos vamos a comer el helado cremoso tranquilamente —me dijo Penny sacando dos tarrinas del congelador, y la niña nos miró que parecía que se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—No me gustan esos helados porque engordan mucho y vais a parecer vacas.

—Menos calorías tienen que los bollos que te estás comiendo —le contestó Penny, que no se cortaba ni un pelo.

Y a mí que me daba una pena muy grande y solo quería abrazar a mi hijita. Pero como le prometí a Owen, debía mantenerme firme.

A pesar de haber dicho que no comía helados porque los consideraba bombas calóricas, que, a saber, de dónde habría sacado esas cosas con solo ocho años, no dejaba de mirarnos a Penny y a mí con disimulo.

—Umm, qué bueno está —dijo Penny cerrando los ojos tras llevarse una nueva cucharada a la boca—. Tengo que comprar más, iré mañana a la tienda para llenar el congelador de estas delicias.

—Serás una bruja gorda —murmuró Beth mirando su vaso de cacao.

—Y a ti se te caerán los dientes con tanto bollo —le respondió sin cortarse un pelo.

Me comí el helado con un nudo en la garganta muy grande ya que a mí no me gustaba hacer esas cosas. Sabía que a la niña le apetecía, pero solo estaba intentando mantenerse por encima de nosotros.

—Me voy a mi cuarto a ducharme, ya que soy limpia y vosotras sois unas guarras —dijo marchándose.

—Que le vaya bien la ducha, alteza —le contestó Penny, haciéndome un guiño.

—¿No se cansa? —pregunté en alto, abatida de lo que me frustraba cada vez que ella abría la boca.

—Esa niña está para que le hagan un exorcismo y le saquen el demonio que lleva dentro.

—Pues no te creas, que no me importaría. —Me reí desesperada por la situación.

—Ha puesto el castillo patas arriba y va diciéndole a todos los trabajadores que pronto estará su madre en el castillo y echará a la bruja.

—Es muy fuerte, no entiendo cómo pudo aprender esas cosas y la agilidad mental que tiene para hacer daño con solo ocho años.

—Más fuertes seremos nosotras, la vamos a cambiar sí o sí, cuando vea que nadie le ríe las gracias y se sienta sola, estoy segura de que va a comenzar a volverse persona.

—Eso espero, porque me mata ver a mi niña así. En el fondo no puede ser tan mala, ¿verdad?

—En el fondo, pero muy en el fondo, seguro que no. —Sonrió mientras me acariciaba la mejilla —. Todos pasamos por varias etapas, y la rebeldía es una de ellas, solo que a tu hija le ha llegado antes de la adolescencia.

—No quiero ni pensar en cuando llegue ese momento, Penny. Si ya está así y no es más que una niña, dentro de siete años…

—Nada —me cortó—. Dentro de siete años nada, porque antes de que llegue la adolescencia de esa chiquilla, la tenemos más firme que a los soldados en la guerra.

—No sé yo, no lo veo, Penny. Es…

—Es rebelde, pero todo tiene un límite. Tú sigue así, mostrándote fuerte ante ella e ignorando su comportamiento. Ya te dije, cuanto menos caso, mejor.

—Me cuesta, Penny, me cuesta mucho.

—Pues que no te cueste. Eres su madre, y no puedes permitir que se te suba a la espalda. Si lo hace ahora, cuando tenga quince años va a parecer una señora de cuarenta. Venga, que tú puedes con esto y con lo que te echen. Y recuerda que no estás sola, bonita, que nos tienes a Owen y a mí. —Me hizo un guiño y recogió todo para comenzar a preparar la cena.

Me fui a ducharme y ponerme cómoda con el pijama. Me gustaba estar así ya que me daba una sensación de más comodidad y conexión con la casa.

Estaba ya lista para ayudar a Penny a preparar la cena, cuando la niña apareció por mi cuarto chillando y abriendo la puerta sin previo aviso.

—¡Bruja! Llama a mi papi y dile que me traiga caramelos de Edimburgo.

—No te va a traer nada, ni lo voy a llamar porque tú lo digas. Si hubieras llamado a la puerta y me lo hubieras pedido con educación, llamaría, pero así, lo único que consigues es perderlo todo.

—¿Perder yo? —Se echó una carcajada de lo más fingida—. Perder tú, que vas a ir a la calle y vendrá mi mami y seremos todos felices.

—Sal de la habitación —le ordené señalando a la puerta.

—Si quiero… —Se encogió de hombros mientras me retaba.

—¡¡¡Sal de la habitación!!! —grité con tanta furia que salió corriendo por el pasillo.

—¡¡¡La bruja me quiere asesinar!!! —gritaba en dirección a la cocina y a mí, de los nervios, se me escapó una carcajada. Al menos la había asustado, que no era poco para cómo me la tenía sentenciada.

Estaba claro que mi grito había sido producto del estado de nervios, ansiedad y cansancio en el que me encontraba, de otro modo nunca habría reaccionado así, pero me sentía superada, y mucho, por la situación que llevaba viviendo esos últimos días.

Me dirigí a la cocina y la niña estaba sentada en la mesa dando palmas contra ella repetidamente, tocando las narices mientras Penny preparaba la cena.

—¿En serio la has intentado asesinar? —me preguntó Penny— La próxima vez acierta y me la traes a trocitos para el cocido.

—Qué cruel eres —le dijo la niña mirándola desafiante.

—¿Cruel yo? —Se señaló así misma y rio.

—Sí, tú —le gritó la niña—. Y a mi padre le voy a decir que tú le has incitado a la bruja a cocinarme.

—Tú padre nos ha pedido que te pongamos de primer plato cuando regrese. Así que no confíes mucho en su clemencia, que tienes todas las papeletas para terminar rebozada en salsa.

—Antes os encierro en el establo con los caballos. —Con qué rabia lo había dicho, y lo peor de todo era que, por su modo de ser, no me cabía duda de que sería capaz de hacerlo.

—¡Qué miedo! —le contestó Penny temblando. Yo no quería ni hablar.

Le puso la cena y dejamos que lo hiciera ella sola, nosotras alrededor por la cocina, pero ignorándola. Después cenaríamos tranquilas. Se pasó toda la cena hablando sola de que en el centro se comía mejor que aquí y sacando falta por todo y todos.

Charlotte vino a por ella para llevarla a su habitación y dejarla allí ya para dormir hasta el día siguiente que se iba temprano de nuevo a la escuela.

—Es muy buscona —murmuré sentándome agotada y encendiéndome un cigarrillo.

—Es tu hija, la queremos mucho, pero no es buscona, es problemática y le gusta estar por encima de todos.

—Sí, tienes razón.

Y la tenía, la niña era demasiado problemática y armaba una guerra por todo y contra todos. Eso sí, al padre lo tenía en un pedestal y aunque a veces se enfadaba y le contestaba de aquella manera, siempre lo tenía en su boca como protector de su mundo, ese que estaba en otra realidad paralela.

Charlotte se unió a nosotras para cenar después de dejarla acostada con un libro. No tenía ni un solo juguete porque Owen después de quitarle las muñecas, también le quitó lo poco que le quedaba por otra mala contestación que tuvo.

—¿Y tú cómo estás, preciosa? —le preguntó Penny a Charlotte.

—Ni bien, ni mal. —Se encogió de hombros.

—¿Has hablado con Edwin? —me interesé.

—Sí.

—¿Y? —dijimos Penny y yo al unísono.

—Pues que le pareció bien lo del piso, así que me quedo sin una libra, pero con él.

—Y bien que has hecho, cariño, que así el día de mañana cuando te jubiles, tiene tu casita.

—Es duro verle. —Se le entrecortó la voz—. Me le cruzo por las tierras y ni me mira.

—Que le den, ya se dará cuenta de lo que ha perdido —le aseguró.

—¿Te ha dicho algo de la otra mujer? —pregunté.

—No —negó, y vi que se secaba una lágrima—. Sigue sin decirme nada al respecto. Hoy me llamaron de un despacho de abogados.

—Que ha preparado el divorcio ya, ¿no? —intuyó Penny, y Charlotte asintió— Poco ha tardado, qué sinvergüenza.

—Seguro se lo recomendó la otra, que como ya está divorciada. —Charlotte se encogió de hombros.

—Cariño, una cosa te voy a decir, que solía decir mi madre. —Penny se puso en pie para recoger la mesa—: «Para cincuenta gramos de cochino, no cargues con el bicho entero».

Charlotte y yo la miramos, fruncimos el ceño y cuando entendimos a qué se refería, nos echamos a reír.

—No, no, yo creo que ya no quiero ni cincuenta, ni cien gramos, y, ni mucho menos, el bicho entero. —Rio—. ¿Para que me salga rana otra vez? No, gracias.

—Te ha salido rana este porque debe ser que se aburrió de comer siempre lo mismo, pero hay por ahí muchos que están deseando tener el mismo menú todo el mes, hazme caso. Y ahora, ¿una cervecita fresquita antes de dormir?

Charlotte y yo reímos al ver el modo en el que nuestra querida Penny movía las cejas antes de irse.

Cuando regresó con las cervezas, nos quedamos allí las tres disfrutando de ellas contemplando las tierras.

Después de cenar y tomar la cerveza con ellas, me fui para la habitación y me tumbé en la cama. Estaba agotada psicológicamente y con el corazón encogido. Me preguntaba si no había cometido un error en querer estar con mi pequeña Beth después de tantos años, era como si sintiera que la vida me estaba golpeando porque me lo merecía, estaba creyendo rotundamente que no me merecía estar con mi hija.

Mi teléfono sonó y, para mi sorpresa, era Owen. Creo que me sacó la sonrisa del día.

—Buenas noches, Owen.

—Buenas noches, preciosa. ¿Qué tal todo?

—Bien, ya estoy en la cama. Recién cené.

—¿Y la bicho? —preguntó haciendo que sonriera de nuevo.

—En su dormitorio leyendo.

—¿Qué tal el regreso del cole?

—Bueno, nada positivo. Todo le ha parecido horroroso y todos le han caído mal.

—No esperaba otra cosa. ¿Y contigo?

—En la misma línea, pero Penny… —le conté todo.

—Me gusta que ella sí tenga esa fuerza que a ti te falta. Al menos, me deja más tranquilo. Y si la niña quería caramelos, te llevaré a ti una gran caja.

—No hagas eso.

—Sí, sí, para que aprenda. Y si quiere, que te pida a ti con educación.

—Bueno, como veas, sabes que confío en ti.

—Te echo de menos —me soltó sin yo esperarlo, haciendo que mi corazón se sobresaltase y latiera con más fuerza de la normal.

—Yo también a ti, Owen —murmuré con cierta timidez, pero sinceridad en cada palabra.

—Nos vemos mañana por la noche, llegaré tarde, pero al final no dormiré una segunda noche aquí.

—Vale.

—¿Te gusta la idea? —preguntó.

—Claro. —Sonreí, aunque no me podía ver—. Te echo mucho de menos —le dije esta vez yo de forma más rotunda.

—Pronto estamos juntos, cuestión de horas. Descansa.

—Tú también.

Me abracé a la almohada y sonreí. La llamada me había parecido de lo más bonita, se notaba que se preocupaba por mí, bueno por las dos, lo único que estaba muy decepcionado con su actitud, pero se notaba que la quería.

Capítulo 17



Eran las siete de la mañana y ya estaba en la cocina con Penny, disfrutando de una taza de café y fumando un cigarrillo, a pesar de que me riñese porque decía que estaba fumando mucho. No puedo negar que tenía razón, pero es que estaba todo el día atacada de los nervios y al borde de una crisis de ansiedad, y aunque que no es lo más saludable, el poder aspirar algunas caladas algo me relajaban.

—Vas a acabar con los pulmones negros como un grillo —resopló mientras seguía preparando el desayuno para Beth.

—Que no, que esto es por cómo estoy, Penny, ya sabes que no soy de fumar.

—Pues más vale que acabe pronto, porque además de los nervios, te va a hacer *tabacoinómana*.

—Te acabas de inventar esa palabra. —Reí.

—Soy mayor que tú —me señaló—, me puedo inventar lo que me dé la realísima gana.

La niña apareció un cuarto de hora después con su uniforme y la cara de pocos amigos.

—Buenos días —le dijimos al unísono.

—¡Callaos brujas!

—Mira, ya está más simpática —me murmuró Penny con ironía.

—Mi padre viene mañana y pondrá orden en la casa —dijo ajena a que llegaba hoy por la noche.

—Orden en el corazón de su mujer —le contestó Penny mientras me señalaba—, porque ese hombre no puede vivir sin ella y hasta le ha llamado y le ha dicho que se van a mudar los dos solos a otro castillo, pero tú tranquila, que esta bruja te cuidara. —Se señaló a sí misma.

—Mentirosa, mi padre solo me quiere a mí.

—Pobrecita, va a sufrir mucho —contestó mirándome a mí.

—Sufrir vosotras, brujas, que arderéis en el infierno.

—Qué manía con enviarnos allí abajo, con lo bien que se está aquí —resopló Penny.

—Se levantó la niña de mejor humor —dijo Athol, que la había escuchado en el momento que entraba por la cocina.

—Sí, una maravilla de cambio —contestó Penny mientras le daba a la pequeña la leche y las galletas.

—Son muy envidiosas, me increpan para alterar mi estado.

—Mira qué bien habla —volvió a decir Athol, que se había levantado de lo más irónico.

—Mi abuelo me dejó una exquisita cultura verbal que vosotros jamás poseeréis, ya que sois la escoria del castillo.

—Mira la reina lo subida que está. —De nuevo Athol contestaba causando que tuviéramos que aguantar la risa.

—Tú, más vale que te portes bien o te despido como mi chófer.

—Vaya, ya me he echado a temblar. —Cogió el café que le dio Penny.

La niña es que tenía para todo el mundo, se creía que era alguien y no se imaginaba de la familia tan humilde que venía, aunque creo que si lo supiera diría que es mentira o cualquier cosa de esas. Tenía los humos muy subidos, demasiado, se creía que era una adolescente cuando era una niña.

Se tomó su desayuno con esa cara como si todo estuviera avinagrado y le supiera a cuerno quemado, mirándonos a Penny y a mí con esos aires de altivez que a mí me daban tanta pena.

Porque mi niña no podía ser así, me negaba a creerlo.

Cuando se marchó para el colegio nos hizo lo más grande. Desde la puerta nos sacó el dedo corazón y salió corriendo hacia el jardín.

—No me lo puedo creer —murmuré poniéndome la mano en el pecho.

—Pues créetelo que yo he visto lo mismo. Nos ha sacado el dedo.

—Dios mío, no quiero ni imaginar si lo hubiera visto mi marido —¿había dicho marido en vez de Owen?

—Es cuando la pone bocabajo tendida como si fuera ropa.

—Se me va la niña de las manos —dije con tristeza mientras me cubría la cara, apoyándome en la encimera.

—Ah no, esa está ida desde que nació, ¿pues no ves las tablas que tiene? Eso es de haberse perfeccionado en maldad así misma.

—Necesito un cigarro.

—Otro más. —Volteó los ojos y miró al cielo.

Salí al porche para fumarlo, pero tampoco me pude quedar allí quieta, así que comencé a caminar un poco por las tierras y acabé llegando a los establos.

Saludé a los empleados y fui a ver a algunos de los caballos, quienes relinchaban a mi paso, de sobra se acordaban ellos que otras veces les había llevado azucarillos o manzanas, y ahora me pedían.

Regresé a la casa y me tomé un café con Charlotte y Penny, mientras Charlotte nos contaba que tenía cita con los abogados de Edwin para esa tarde.

—Y yo todavía estoy en busca de uno decente —dijo un poco angustiada.

—A eso le podemos poner remedio rápido. —Le pasé la mano por la espalda—. Cuando venga Owen, hablo con él y te ayuda con el abogado.

—Alisa, que no voy a tener dinero casi para pagarle.

—¿Te quieres callar? Claro que vas a tener, tú tranquila.

—Mira, como si tenemos que hacer una huchita entre unos cuantos empleados para ayudarte —dijo Penny.

—Buenos días, señoras. —Miramos hacia la puerta y vimos a Thomas.

—Buenos días —respondimos las tres al unísono.

Cuando Thomas vio que Charlotte se secaba las mejillas, frunció el ceño, pero no preguntó.

—Venía a dejar la lista de productos que me faltan, como me dijo el señor.

—Trae, luego se la doy a Athol para que vaya a por ello —dijo Penny, y Thomas se la entregó asintiendo.

Fue a salir, pero antes, se giró y miró a Charlotte.

—¿Estás bien, Charlotte? —le preguntó.

—¿Eh? Sí, Thomas, no te preocupes —contestó con una leve sonrisa.

—Mal de amores, algo común que todos sufrimos —soltó Penny, haciendo que las dos la mirásemos con los ojos muy abiertos.

—No sufras por eso, si él no te quiere, ya llegará el que lo haga —dijo y se marchó, dejándonos a las tres con la boca abierta.

—Me da que entre los trabajadores ya hay habladurías —comenté.

—No, hija, es que Thomas…

Miré a Penny y fruncí el ceño sin entender, hasta que la vi moviendo los ojos en dirección a Charlotte, y caí en la cuenta.

—Thomas, ¿qué? —preguntó Charlotte.

—Pues que es un muchacho al que no se le escapa nada —respondió.

—Bueno, me voy a mis quehaceres.

—Ve tranquila, Charlotte, que del abogado me encargo yo —le aseguré y asintió antes de salir.

—Penny, ¿tú sabes algo que yo no sepa? —Sonreí arqueando la ceja.

—Que cuando ella se libre del cochino del marido, va a tener un buen pretendiente, y hasta ahí puedo contar —murmuró y pasó dos dedos por sus labios a modo de cremallera, haciéndome sonreír.

La cotilla mayor de las tierras era Charlotte, pero estaba claro que Penny también tenía lo suyo si sabía algo sobre Thomas, y no tenía que ser yo muy lista para entender el qué, pues seguro que sería él quien querría a Charlotte y la colmaría de ese amor que Edwin ya no le daba.

A las diez de la mañana me fui hacia el pueblo a comprar unas velas que quería para el dormitorio y que siempre usé en el mío, ya que dejaba un olor de lo más fresco y rico. También quería comprarme unos pendientes de plata de bolita para que me quedasen pegaditos a la oreja y cambiar las perlas blancas que llevaba, que también eran muy bonitas, pero demasiado grandes. Ya estaba cansada de ellas.

Tenía las dos caras de los sentimientos, los frustrados por la niña y los que me llenaban de ilusión por la parte que le tocaba a Owen, y es que me estaba haciendo sentir cosas demasiado bonitas que no sabía si eran o no ciertas, pero ahí estaban.

Terminé comprando hasta una camisetita rosa para la pequeña, aunque no se la iba a dar directamente para que no me la tirase a la cara, además que le teníamos la ropa controlada y no en su poder, dado que así lo había decidido Owen y, además, durante la semana solo necesitaba uniforme y pijama. Ya se la pondría en alguna ocasión sin que supiera que eran mis manos las portadoras del regalo, pero claro, no fue solo la camiseta, al final terminé comprándole un montón de prendas más porque todas me parecían preciosas para ella.

Llegué al castillo a las dos de la tarde, cargada de bolsas con regalos hasta para Owen y otros para Charlotte y Penny, que se emocionaron al ver los pendientes que les había regalado iguales que los míos. Las tres nos los pusimos y, sinceramente, nos pegaban muchísimo.

Comimos en el porche y arropamos a Charlotte para que se tranquilizara antes de ir a ver a los abogados de Edwin, y Athol, al saber aquello por Penny, se ofreció a acompañarla para que vieran que no estaba sola en ese asunto.

Por la tarde la niña volvió a entrar con esos gritos y esos aires que le caracterizaban.

—¡¡¡Atención, brujas!!! —Tocó dos palmadas abriendo mucho sus manos—. Tengo novio y vendrá al castillo un día para conocer a mi papi.

—Ahora tiene novio —dijo Charlotte poniéndose la mano en la frente mientras negaba y salía de la cocina.

—Anda, siéntate a tomar la merienda y cuéntame quién es el héroe que se atreve a tomarte como novia, porque valiente debe de ser mucho.

—No te lo voy a contar, porque eres una bruja como esta y como la otra —se refirió a Charlotte.

—Aquí la única princesa eres tú —le dijo Penny con retintín.

—Sí, yo, hasta que venga mi verdadera madre y no esta falsa que quiere quedarse con mi papi y conmigo. —Me miró con desprecio, pero no me achanté. La miré tan tranquila con una leve sonrisa y sin titubear, fijamente, como hacía Owen para ponerme nerviosa. Al final, ella tuvo que retirar la mirada y ahí me di cuenta de que había ganado un punto.

Estaba deseando que llegara Owen, lo echaba tanto de menos que ni yo misma me lo podía creer. Me quedé pensativa tomando el café en la ventana de la cocina mientras la niña merendaba y soltaba de todo por su boca para llamar la atención, pero nosotras la ignorábamos por completo.

Luego se la llevó Charlotte, antes de prepararse para ir a ver a los abogados, para que se duchara y pusiera el pijama antes de cenar, y yo hice lo mismo.

Dejé en el cuarto una vela encendida con olor a jazmín. Me dirigí a la cocina para ayudar a preparar la cena, que, aunque no hacía falta, a mí eso de estar de brazos cruzados y que todo me lo pusieran por delante, era algo que no podía.

La pequeña apareció un buen rato antes de la cena y se sentó con un libro en la cocina, pero la observábamos con disimulo y no estaba leyendo, no, estaba atenta a todo lo que hablábamos, se veía que era de lo más cotilla.

No decía ni media y eso era raro, pero también sabía que iba a soltar algo en cualquier momento y fue justo cuando se le puso la sopa y las croquetas para cenar.

—Comida de pobres en un castillo de ricos —murmuró, pero bien que se lo comía. Decidimos ignorarla de nuevo porque nos dimos cuenta de que estaba funcionando y se mantenía en silencios más prolongados.

Dado que Charlotte había ido a ver a los abogados de Edwin con Athol, fue Penny quien se la llevó a la habitación después de cenar, mientras protestaba, y yo me fui a la mía a esperar a Owen que venía de camino y no quería que me cogiera durmiendo, quería verlo y abrazarlo.

Capítulo 18



Estaba sentada en el sofá leyendo cuando la puerta se abrió después de dar dos golpecitos. Owen apareció con un montón de bolsas en su mano y su bolsa de viaje cruzada al cuerpo.

—Buenas noches, preciosa —dijo sonriente acercándose hasta mí y dirigiéndose a mis labios para besarnos.

—Buenas noches, Owen. —Sonreí sin poder evitarlo, y es que con él me sentía de manera diferente. Dejé el libro a un lado y me levanté.

—La niña ya está dormida, pasé por su habitación y he sido bueno ya que le he dado un beso en la frente. —Carraspeó sacándome otra sonrisa más.

—Eres bueno siempre, aunque lo quieras disimular. —Carraspeé mientras observaba cómo lo soltaba todo.

—Te he traído unos regalos. —Me dio dos bolsas de papel de unas tiendas que recordaba haber visto en anuncios en las redes, las cuales solo utilizaba para distraerme viendo vídeos.

—No tenías que haberte molestado.

—Te lo mereces, todo es poco.

—¿Por qué me tratas así? —pregunté mirándole.

—¿Así cómo? —Arqueó la ceja.

—Tan bonito…

—¿Será que te lo mereces?

—No sé, para mí que no me merezco nada —dije con tristeza.

—Alisa. —Se sentó a mi lado en el filo de la cama y me cobijó con su brazo—. Eres una mujer increíble y te mereces todo lo bonito que te pase.

—Pero no tienes que molestarte, demasiado estás haciendo por nosotras.

—No es nada, de verdad, además te recuerdo que tú también has hecho mucho por mí.

—Te lo voy a agradecer toda la vida. —Obvié sus palabras.

—¿El qué? Aún nos queda un gran trabajo por delante. —Sonreí mientras acariciaba mi mejilla.

Al abrir la primera bolsa, me encontré con una camiseta blanca monísima con unos bordaditos a un lado del pecho que era como una amapola y una caja de chuches muy llamativa. Y la segunda, contenía un perfume que cuando me lo eché en la muñeca casi me derrito con su aroma.

—Eres una gran persona —murmuré mientras él olía mi mano.

—Huele genial, he acertado —contestó feliz—. A la niña le traje unos regalos, pero obviamente no se los daré hasta que no le vea un cambio —me emocionó mucho que también se hubiera acordado de ella.

—¿Y qué tal el viaje? —pregunté cambiando de tema.

—Bien, pero vengo deseoso de una ducha y comer algo.

—Pues eso lo solucionamos rápido. Vete duchando mientras yo voy preparando tu sándwich favorito y te traigo una sopa que hizo Penny, que está deliciosa.

—Gracias. —Me dio un beso.

Salí de la habitación y me asomé a la de la niña, que dormía como un angelito. Viéndola así, nadie diría el carácter y las formas tan feas que tenía. Me acerqué a su carita y le dejé un beso con mucho amor en su mejilla. Era la primera vez que podía tener un contacto tan cercano con ella y me emocioné tanto que cuando iba hacia la cocina se me saltaron las lágrimas.

Había echado tanto de menos a mi niña durante esos años, queriendo poder abrazarla, sentarme con ella en la cama para leerle un cuento, esperar que se durmiera en mis brazos… Y nada de lo que siempre quise había pasado.

Ella me odiaba, por alguna razón me odiaba y no soportaba mi presencia, lo que hacía que para mí fuera durísimo el verla a diario, tenerla tan cerca y a la vez tan lejos.

Le preparé el sándwich y la sopa después de calentarla. Coloqué todo en la bandeja y regresé al cuarto en donde ya estaba Owen listo. Me senté con él en la mesa del balcón y me encendí un cigarrillo.

—Han sido dos días muy intensos —murmuró cogiendo el sándwich entre sus manos.

—¿Has dejado todo arreglado?

—Sí, ya me adjudiqué la herencia, pero hay otro tema que me preocupa más y del que ya me estoy ocupando, tratando de resolverlo lo mejor posible y espero cerrar pronto ese capítulo.

—¿Te puedo ayudar en algo?

—No. —Sonrió con tristeza—. La mejor ayuda que me puedes dar es estar a mi lado. —Me acarició la mano unos segundos.

No entendía esa respuesta. ¿Me quería a su lado por el pacto o porque se sentía bien junto a mí? No era tonta y notaba la atracción mutua, sin embargo, él no dejaba nada en claro, era demasiado ambiguo y prudente.

—Mañana por la mañana tengo que hacer unas cosas en Inverness, aprovecharé para llevar a la niña al colegio. ¿Te apetece acompañarme?

—Claro, si lo deseas.

—Siempre. —Me hizo un guiño.

Me dijo que estaba vendiendo su casa en Edimburgo porque no le merecía la pena mantenerla y tenerla cerrada. Su vida iba a hacerla en el castillo y su propósito era dirigir su empresa desde aquí como había estado haciendo desde que llegó. Por primera vez me reveló que era el CEO de una de las empresas de whisky más reconocidas y exitosas del mundo, estando siempre clasificada entre las tres primeras. Me quedé muy sorprendida. Su trabajo era telemático, por lo cual nada le unía ya a Edimburgo.

Por primera vez me contó que esa casa era herencia de su madre que murió diez años atrás. Nunca estuvo casada con Alec, solo tuvo una relación esporádica en el castillo ya que ella era su sirvienta. Cuando se enteró de su estado, la mandó sola a Edimburgo y le compró esa casa para que vivieran allí y los mantuvo hasta que su madre falleció y Owen no quería seguir percibiendo esas cantidades.

Ahora se me abría una incógnita más. ¿Me habría elegido como esposa en represalia de lo que su padre no hizo un día para quedar bien ante el mundo?

De ahí a que Owen sintiera un profundo rencor hacia él por haberlos aislado de esa manera. Jamás lo vio como a un padre, a pesar de que Alec, cuando él era pequeño, solía visitarlos de vez en cuando, pero desde que tuvo uso de razón y se dio cuenta de la situación, nunca le dirigió la palabra.

Por un lado, me gustaba saber que Owen confiaba en mí, ya que se estaba sincerado de algún

modo sobre su vida, pero por otro, me causaba muchos interrogantes que obviamente yo no iba a pedir que me aclarase porque no me veía ni en posición ni con derecho sobre ello. Lo que sí sentía era esa forma que tenía de tratarme tan delicada y protectora.

—Owen, hay algo que quería pedirte… —dije tragando saliva.

—Lo que sea, preciosa —respondió acariciándome la mejilla.

—Verás, Charlotte y Edwin no están bien —suspiré y le conté todo.

Owen me escuchaba con atención, asentía, me observaba y no decía nada, simplemente esperaba a que yo le contara todo.

Hasta que llegué al momento de mi petición.

—Esta tarde ha ido a ver a los abogados de Edwin, Athol la acompañó y mañana nos dirá cómo le ha ido. Ella necesita un abogado y yo le he dicho…

—Lo tiene —me cortó—. Puede contar con el mío sin problema, mañana le llamo y le pongo al tanto para cuando ella le llame. Y que no se preocupe por el pago.

—Gracias Owen, muchas gracias. —Sonreí—. Ellas son como mi familia y en lo que pueda ayudarlas, quiero hacerlo.

—Lo sé, preciosa. —Sonrió acariciándome la mejilla y se acercó para darme un beso en los labios.

Fuimos a la cocina a llevar la bandeja y lo fregué en un momentito mientras él se tomaba un té y seguía charlando. Se le notaba tan cómodo conmigo que era como si nos conociéramos de hacía años y hubiera una gran complicidad entre nosotros.

—Por cierto, se me olvidaba —dije mientras me preparaba un té—. La niña dice que tiene novio.

—Y de aquí a nada nos dará la noticia de que se casa, seguro. —Volteó los ojos y me eché a reír.

—Y otra cosa, no soy la única bruja del castillo, Penny y Charlotte también.

—Vaya, ahora sois un aquelarre. Cualquier día entro en la cocina y os veo con un caldero haciendo pócimas.

—Para la eterna juventud, no te digo. —Reí.

—O para enamorar a alguien. —Arqueó la ceja.

—Uy, lo que ha dicho. Penny no necesita pócimas, ya tiene a su Athol loquito por ella. Charlotte

se va a divorciar del mentiroso de su marido, y yo…

—Ya estás casada con el hombre de tu vida. —Sonrió haciéndome un guiño.

—Yo ya tengo a mi gran amor, que es mi hija. Aunque me llame bruja y ella más que una niña sea una principiante de demonio —suspiré.

—Anda, vamos, es hora de ir a dormir, noto que estás cansada —dijo quitándome la taza de té que ya estaba vacía, y fue a lavarla un poco antes de unirse a mí.

Me echó la mano por el hombro cuando regresábamos para la habitación y, una vez en ella, destapó el lado de mi cama para que me metiera. No tardé en volver a abrazarme a él cuando apagó la luz y me hizo el gesto de que me arrimase.

Y pensar que ese hombre se había convertido en mi lugar favorito…

Capítulo 19



Sus besos fueron los que marcaron los buenos días y que me hicieron regresar a la realidad con mayor energía.

—Buenos días, preciosa —murmuró sin quitar sus labios de los míos.

—Buenos días, Owen. —Sonreí y le acaricié la mejilla.

—¿Nos desayunamos la mañana?

—Sí. —Sonreí incorporándome mientras él no dejaba de besarme.

Fuimos a la cocina listos para cuando la niña desayunara llevarla al colegio. Penny estaba allí preparando el desayuno y al vernos, sonrió.

Sirvió los cafés y puso un plato de tostadas para nosotros, cogí una y le unté mantequilla y mermelada mientras le preguntaba a Penny si había hablado con Charlotte.

—No, pero Athol me contó un poco por encima. Edwin no le pone problemas a lo del piso y acepta el dinero de ella de la herencia, así que van a redactar el acuerdo de divorcio para que cuando ella tenga abogado, le eche un vistazo.

—Será el abogado de Owen —dije, y él asintió.

—Lástima que el cochino esté de acuerdo en todo, porque me habría gustado a mí ver cómo el abogado le dejaba en calzones —suspiró y me eché a reír.

Dejó todo listo para mi niña y salió tras cargar el carrito.

Owen y yo desayunamos mientras él me miraba, acariciaba mi mano y sonreía de ese modo que me ponía de lo más nerviosa.

—¡¡¡Papi!!! —gritó Beth emocionada corriendo hacia sus brazos tras entrar poco después seguida de Charlotte.

—¿Cómo te has portado? —La sentó en su falda.

—Muy bien, pero la bruja esta…

—Para tu silla. —La levantó al vuelo y la plantó sobre ella—. Veo que sigues en la misma mala actitud. Así que este papi no quiere ni abrazos, ni besos, ni nada que tenga que ver con una persona tan maleducada y vulgar. Por cierto, cariño, ¿has probado las chuches que te traje de Edimburgo? —me preguntó Owen para que la niña lo escuchara.

—Sí, estaban riquísimas, me comí por lo menos cinco. Luego volveré a coger unas poquitas más —dije haciéndome la fuerte, pero en el fondo me dolía causar dolor a la pequeña.

—¿Y mi caja donde está, papi?

—Tu caja y tus regalos los tengo a buen recaudo, para el día de mañana cuando te comportes como una persona y no como un animal.

—Pero ella tiene la culpa de todo, cuando no hay nadie me coge por los pelos y me zarandea. —No podía creer lo que estaba escuchando.

—Si vuelves a decir una cosa así, te mando de regreso al centro y no voy ni a llevarte, y ni siquiera me despido. Te advierto seriamente que la trates bien a ella o lo pasarás mal.

—Es muy injusto todo —murmuró haciéndose la víctima.

—Demasiado injusto, sí, que tengamos que vivir amargados por tu culpa —le contestó este mirándola intimidatoriamente y la niña no levantaba la mirada del vaso.

—La mala es ella.

—No, la mala eres tú que solo sueltas veneno por la boca —dijo Penny que llegaba de llevar el desayuno a algunos trabajadores.

—Ella también es una bruja, y ella. —Señaló a Charlotte, que estaba poniéndose un café.

—¡Qué te calles! —le gritó Owen dando una palmada sobre la mesa, y la niña se puso a llorar— Llora todo lo que quieras, que bastante estás haciendo llorar a tu madre.

—¡No es mi madre! —gritó enfadada.

—Pues si ella no es tu madre, yo tampoco soy tu padre. Tú sabrás lo sola que quieres estar.

—¡Me da igual! —gritaba con mucha rabia.

—Acaba el desayuno o te vas con el estómago vacío. Tú sabrás.

Se lo fue tomando, mojando las galletas en el vaso mientras lloraba como si le hubiéramos hecho el mayor daño de su vida. No entendía su actitud ni lo que pretendía conseguir, solo que me estaba sacando de quicio a mí y a todos los habitantes del castillo.

Me llevé a Charlotte al pasillo para poder hablar con ella sobre lo del abogado, y se echó a llorar en mis brazos cuando le dije que tenía el de Owen a su disposición y que no se preocupara del pago. Me dio las gracias no sabría decir las veces, y se secó las mejillas antes de volver al trabajo.

Cuando entré en la cocina, Beth ya se había enterado de que yo también la iba a llevar al cole y comenzó a negarse montando un espectáculo que nos dejó a todos a cuadros, pero Owen se levantó y le dijo que tenía menos de un minuto para estar montada en el coche y me hizo un gesto de que nos fuésemos. Ella vino detrás gritando y pataleando que conmigo, no. Era tan fuerte verlo que se me hacía un nudo en el estómago de lo más grande.

Jamás creí que mi hija llegara a rechazarme de ese modo, pero ahí estaba, mirándome con odio y diciendo cualquier barbaridad, cada una peor que la anterior, sobre mí.

Durante el trayecto se fue relajando y Owen la bajó llevándola hasta la puerta en donde la maestra la recibió.

—Le he dicho a la profesora que a la mínima que haga, la deje sin recreo.

—Vale —murmuré casi sin voz de lo mal que me encontraba por el episodio que acababa de vivir.

—Tranquila, es cuestión de tiempo —dijo mientras me daba un apretón en la mano.

Estacionó el coche y nos dirigimos a la empresa de suministro eléctrico para cambiar la titularidad de los recibos. Luego nos sentamos en una cafetería a tomar un café antes de ir a hacer unas compras al mercado, ya que según me comentó, le encantaba elegir la carne y pescado fresco.

Aprovechó ese momento allí sentados para llamar a su abogado y hablar del tema del Charlotte, a mí eso me hizo sonreír porque dejaba claro que, a su manera, igual que a la de su padre, le importaban las personas que trabajaban en el castillo.

El abogado le dijo que le diera su número a Charlotte sin problema y que le llamara esa misma tarde pues tenía una hora libre sin visitas y podría comentar todo con ella.

Tras el café, comenzamos con esas compras dando un paseo por algunas de las calles donde

Owen me llevaba cogida de la mano o con el brazo por mis hombros, y no dejaba de darme algún que otro beso en la mejilla o la sien.

Nos pasamos toda la mañana en el pueblo y hasta me compró unas flores preciosas cuando se dio cuenta de que habían captado mi atención. Me trataba demasiado bonito y no escatimaba en atenciones. ¿De verdad existían los hombres así? Cada vez sentía mayor amor hacia él.

—Son preciosas —dije cuando íbamos de vuelta hacia el coche.

—No tanto como tú.

—Me sacas los colores de una manera… —suspiré.

—¿Y no te has parado a pensar que lo hago porque me gusta ver cómo te sonrojas, esposa mía? —murmuró en mi oído, y el escalofrío que me recorrió de pies a cabeza cuando sentí su beso en el cuello, fue como si de una descarga eléctrica se tratara.

Subimos al coche y pusimos rumbo de vuelta al castillo.

Regresamos justo para la hora de la comida y nos sentamos en el porche dado que con la estufa al lado se estaba genial.

Nos pusieron de primero una ensalada para compartir y luego unas chuletas de cordero al horno con patatas fritas y unos pimientos rojos. Todo estaba delicioso y pese al disgusto que tenía encima, me lo comí todo.

Después de comer me fui a preparar unos postres mientras él se metía en su despacho a trabajar. Así también aproveché para estar un rato con Penny con la que me encantaba desahogarme ya que me ponía las ideas claras con sus respuestas que no iban decoradas de ninguna manera y me hacían ver la realidad.

Charlotte apareció poco después con una sonrisa y un papel en la mano, informando que era el número de teléfono del abogado de Owen, que la había hecho llamar para hablar con ella y dárselo. Se fue corriendo para tratar con el abogado todo lo relacionado con su inminente divorcio del «cochino», como le seguía llamando Penny.

A las cinco y diez la pequeña apareció por la cocina con la misma prepotencia y como si se le hubiera olvidado el berrinche de por la mañana.

—Tenía un novio, pero ya no lo tengo, ahora voy a echarme otro —dijo sentándose en su silla—. Era otro brujo como vosotras.

—Pues hiciste bien en dejarlo. —Le puse el vaso de leche en la mesa—. Porque con la de brujas y brujos que ya hay en el castillo, es mejor que no venga otro más. Tú búscate uno que te aguante y con eso date por contenta —le dije sin el más mínimo reparo.

—Eres fea y odiosa.

—Claro que sí, por eso los genes son de tu padre —le contestó con ironía Penny.

—Sí, mi padre es guapo e inteligente. No como vosotras. —Cogió una magdalena y la mojo en la leche.

—Por cierto, Alisa —me dijo Penny, y yo ya sabía que iba a decir una de las suyas—. Ahora me traes un puñadito de caramelos de los que te trajo tu marido de Edimburgo, que desde que me diste para probarlos, aún tengo el saborcito en la boca.

—Los míos no los vais a tocar.

—No, no, los tuyo no, porque no tienes. Ya me ha dicho tu padre que esos se los dará a tu madre cuando se le acaben los que tiene.

—¡No! Mi padre no haría eso. Sois unas malvadas, las brujas de todas las brujas del mundo.

—¡Bien! —exclamó Penny levantando los brazos y luego se puso a aplaudir emocionada— Tenemos el título a mejor bruja del mundo, estoy muy emocionada —decía mientras la pequeña la miraba con cara de quererla fulminar.

Cuando nos dimos cuenta, Owen estaba en la puerta escuchando todo y se giró y se perdió de nuevo por el pasillo. Me asomé y lo vi entrando en la habitación de la pequeña y no tardó en salir con muebles bajo su brazo. No entendía nada, pero lo estaba sacando todo.

La pequeña fue a su cuarto y la seguí en la distancia para ver qué pasaba.

—¡Me han robado mis muebles! —gritó saliendo al pasillo, y me acerqué comprobando que solo tenía la cama y en un lado del suelo dos libros. También le había dejado una repisa baja con su uniforme, pijama y ropa interior.

—Una tontería más y solo te quedas con el colchón en el suelo —le advirtió Owen, que se asomó para advertirla.

—Esto es maltrato infantil, papi.

—Lo tuyo sí que es un maltrato a los mayores. Cállate, que a partir de ahora lo único que vas a hacer es intentar recuperar tus cosas. Procura no volver a hablar mal a nadie.

—Eso es imposible —dijo cruzándose de brazos.

—Ya verás como no…

Tenía una rebeldía que no era normal, y a pesar de que Owen había tratado con ella y que con él

siempre era un poco menos mala que con el resto, notaba que a cada momento que pasaba se le acababa un poquito más la paciencia con ella.

—Tranquila, que como se suele decir, el agua llegará a su cauce —me dijo Penny cuando regresé a la cocina, con una pena enorme.

—Ojalá así sea —suspiré.

Capítulo 20



Era viernes por la tarde y la pequeña no tardaría en llegar de su último día de escuela de esta semana. La cosa había estado durante estos días de lo más insoportable y no había nadie en el castillo que le dirigiese la palabra, la ignoraban por completo y es que ella misma se lo había buscado.

Era tal la tensión que nos hacía vivir, que se notaba en el ambiente de las tierras, y es que la niña nos estaba poniendo al límite a todos.

Charlotte habló con el abogado de Owen y le informó que se haría cargo de su divorcio, le pidió los datos de contacto de los abogados de Edwin y le dijo que ella no tenía nada que discutir con ellos, que él se encargaría.

La pobre estaba de lo más desanimada, y cada vez que lo veía por el pueblo con la otra mujer, venía llorando a desahogarse con Penny y conmigo.

No había nada como eso, perder al amor de tu vida y tener que verlo constantemente con otra persona o encontrártelo en el trabajo, como era su caso.

Incluso Owen la veía tan bajita de ánimo que le dijo que, si lo necesitaba, podía tomarse unos días libres, a lo que ella dijo que no, que el mantenerse ocupada con el trabajo y cuidando de la «diabla», como llamó una vez Penny a mi hija, le hacía bien para no pensar. Eso, y que aprovechando que Edwin ya no vivía en las tierras, salía de paseo por ellas cuando él ya se había marchado a casa con la otra.

Esperamos a Beth para merendar en el porche ya que la había recogido Athol y la intención de Owen era que ahora iba a hablar con ella más serio que nunca. Le deseaba suerte con eso, porque de verdad que yo no veía que fuéramos a tener resultados positivos en un breve periodo de tiempo.

Y no es que estuviera siendo pesimista, ni mucho menos, sino que mi hija era bastante difícil de manejar a esas alturas con lo pequeña que era.

—Yo no pienso merendar aquí —dijo asomándose al porche, ya que se lo había indicado Penny.

—Siéntate —le ordenó Owen en tono serio, seco y tajante.

—No quiero estar con esta bruja —contestó sentándose y cruzándose de brazos.

—Esta bruja es tu madre y vas a tener que convivir con ella hasta que seas mayor de edad y te independices, si quieres.

—No, porque yo me voy a ir contigo y con Angela cuando pasen dos años —respondió, ocasionando que ese nombre me causara una cierta inquietud y, por la cara de Owen, debía de ser alguien que conocía.

—¿Qué has dicho? —la incitó a responder.

—Que me voy a ir contigo y con tu novia Angela a vivir, que ella me lo ha dicho.

—¿Cuándo has hablado con Ángela? —preguntó en un tono muy alarmante.

—¿Qué está pasando, Owen? ¿Quién es ella? —pregunté refiriéndome a esa tal Ángela.

—Ángela es buena y siempre me ha llevado al centro muchos regalos. Dice que os vais a casar cuando consigas la herencia. Es mi mamá, ella me lo ha dicho, que no me deje engañar por esta bruja —dijo señalándome.

Empezaba a hiperventilar, ¿o me estaría dando un amago de infarto? No, no era eso porque estaba bien de salud, tenía el corazón sanísimo y aún era joven.

—¿Que Ángela estuvo yendo al centro a verte? —Soltó el aire poniéndose muy nervioso.

—Sí, mucho tiempo, es nuestro secreto —confesó llorando—. Va a ser mi mamá cuando la bruja se vaya.

—¡Que no la llames bruja! —le gritó asustándola.

—¿Quién es Ángela? —pregunté de nuevo, muy enfurecida.

—La novia de mi papi —contestó la pequeña llorando.

—No es mi novia, lo era, pero no debía de tener contacto contigo —contestó enfurecido levantándose y cogiendo el teléfono.

Se puso alejado de nosotras, pero lo podíamos ver, estaba muy enfurecido hablando por teléfono, pero no podía escuchar lo que decía.

—Tú has roto la relación de mis padres, eres muy mala —murmuró entre lágrimas.

Desde luego, lo que tenía que escuchar de boca de mi propia hija. Yo, que ni siquiera sabía de la existencia de otra persona en la vida de Owen, era la mala y la que había roto la relación.

—No, hija, yo no he roto nada. No sé lo que pasa, pero por mi vida que esto lo resuelvo yo.

—Eres mala persona… —decía llorando, mirando hacia la mesa con la mirada perdida.

—¿De verdad lo crees? —Le cogí la barbilla para que me mirara, y vi tanto dolor y odio mezclados en sus ojos, que sentí una pena tan grande por ella que se me hizo un nudo en la garganta.

La dejé con sus lágrimas con tal de que no me viera las mías, pero la verdad es que en ese momento estaba que echaba humo por las orejas.

Me estaba envenenando por dentro. ¿Había estado visitando a mi hija una pareja de Owen que le lavó el cerebro haciéndole creer que ella iba a ser su madre y que yo era una bruja? Apreté mi puño tan fuerte, debajo de la mesa, que noté cómo mis dedos se engarrotaban.

La pequeña se levantó y se fue hacia el interior de la casa. Iba muy enojada y triste. Yo no entendía nada y lo poco que sabía es que le habían lavado el cerebro.

Me quedé allí esperando a que Owen terminara de hablar con quien fuera que hablaba, preguntándome una y otra vez por qué alguien querría envenenar de ese modo a una niña tan pequeña. ¿Cómo podían existir en el mundo personas tan malas y sin escrúpulos? Solo era una niña, y había conseguido alejarla tanto de la realidad, que me sentía enferma al saber que había gente así en el mundo.

—Me han confirmado que estuvo recibiendo visitas de Ángela —dijo Owen acercándose—. Hubo un malentendido, pero alguien pagará por esto, ella no estaba autorizada a hacerlo. Solo me acompañó un día, pero no por eso le daba autorización al que gestionaba las visitas para que la incluyera en ninguna.

—¡Me importa una mierda! —grité dando un golpe en la mesa— No sé quién es, pero sabía mucho de todo y eso solo puede ser debido a que tú…

—¡La cagué! —respondió mientras caminaba de un lado a otro, pasándose las manos por el pelo — Estaba enamorada de ella y le conté todos mis planes.

—¿Estabas? —le pregunté con furia.

—Estos dos días estuve en Edimburgo no solo para arreglar papeles, sino también para dejarla. No es una mujer fácil. He tardado mucho en darme cuenta de que no es buena persona.

—Vete a la mierda, habéis jodido a mi hija. —Le tiré el vaso de agua por lo alto—. Si te acercas a mi hija, te mato —le amenacé sin reprimir las palabras.

Entré y vi a Penny asomada en la cocina, se notaba que estaba preocupada porque nos había escuchado gritar, pero no lo que decíamos.

Iba decidida a ver a Beth, necesitaba saber que mi niña estaba bien, o al menos, todo lo bien que podría estar en ese momento.

Porque para ella, siempre sería la bruja mala del cuento, aquella que la mujer intentó hacerle ver, pero ante todo era su madre y su bienestar, por muy rebelde que se comportara, era mi prioridad.

Llegué a mi habitación y cogí la cajita de chuches que me había traído Owen de Edimburgo y me dirigí hacia el cuarto de la niña, me la encontré llorando sentada en medio de su cama.

—¿Puedo pasar? —pregunté sosteniendo las chuches en la mano.

—¿No ves que no hay puerta? ¿O también eres ciega?

—Vale —dije entrando y dirigiéndome hasta ella—. ¿Me puedo sentar? —Señalé a un ladito de la cama y con la otra mano le acercaba las chuches.

—No quiero. —Se cruzó de brazos.

—¿Segura? —Cogí una gomita y me la metí en la boca al tiempo que gemía para alentarla a que no pudiera resistirse.

—Me gusta esa de corazón de dos colores —murmuró señalándola.

—Pues hay un montón. —Le acerqué más la caja y cogió una.

—Ángela no quiere que hable contigo, solo quiere que te insulte para liberar a papá de ti.

Algo imaginé, puesto que para esa mujer yo era la que le impedía estar con su pareja.

—Pero ella no está con papá.

—Yo quiero que vuelvan y que venga, es buena conmigo.

—Pero a mí no me has dado la oportunidad de intentar serlo.

—Ella dice que tú te quieres quedar con el castillo y con papá para que no seamos una familia —lo decía con tanta pena en la voz que se me partía el alma de verla.

—Pero el castillo no es de ella y sin embargo tu abuelo me dejó una parte de su herencia a mí, y

a Ángela no.

—El abuelo nunca me habló de ella —confesó.

—Normal, no aceptaba a mujeres malas.

—Pero tú estabas aquí.

—Yo no soy mala, por mucho que te lo haya intentado hacer ver esa mujer.

—Pero yo quiero una familia como la que ella me dijo. —Cogió con tristeza otro corazoncito.

—Eso no es una familia, eso es un cuento. Ella solo quería quedarse con papá y con el castillo, pero contigo nunca podría hacerlo ya que tu madre soy yo.

—¿Y por qué no fuiste a verme como ella?

—No me lo permitían. —Se me cayeron las lágrimas y ella me miró un poco sorprendida—. Pasaron muchas cosas que un día entenderás, cielo. —Sonreí como pude—. Pero siempre te quise con todo mi corazón y eres la persona más importante de mi vida. Siempre, siempre, fue así.

—Pero tú lo quieres a él.

—Nada comparado con el amor que siento por ti.

—Ángela se va a enfadar si hablo contigo, y me dijo que me pasaría algo feo si no le hago caso. —Tragué saliva al escuchar eso.

—No te va a pasar nada feo, cariño, tú estás protegida en el castillo y todos aquí te quieren.

—Nadie me habla.

—Hombre, te lo has buscado un poquito —dije en tono bromista mientras juntaba los dedos, causando que le saliera por primera vez una risita que tuve que contener de no llorar más aún de la emoción.

—¿Y por qué te llama bruja?

—Porque no me conoce, pero de bruja tengo bien poco. —Carraspeé ofreciéndole otra chuche—. ¿O me has visto alguna verruga en la nariz que yo no he visto? —pregunté mientras me ponía con los ojos casi bizcos, y ella se llevó las manos a la boca para que no la viera reír— No veo ninguna, no. ¿Tú la ves?

—No —dijo con una sonrisa al fin.

—Entonces lo de que soy una bruja, lo descartamos, ¿no? —Arqueé la ceja, y asintió—. Y Penny y Charlotte, tampoco lo son.

—No tienen verrugas tampoco.

—Descartadas pues —dije acercando un poco más la cajita de chuches, y cogió otro corazoncito.

Nos quedamos allí en silencio unos minutos, llorando y secándonos las mejillas, cogiendo una chuche cada poco tiempo, hasta que la escuché sollozar.

—Yo quiero mi muñeca, la que me regaló el abuelo, necesito abrazarla —dijo llorando con una tristeza que me estaba desgarrando el alma.

—Te entiendo, porque yo también necesito mucho ese abrazo —le aseguré llorando—. Ven, ¿vamos a recuperarla? —Le ofrecí mi mano.

—Pero papá se va a enojar mucho —contestó mientras retiraba las lágrimas de sus mejillas con la manga del jersey.

—Juntas, seremos indestructibles. —Le hice un guiño.

—Pero yo quiero mucho a mi papá.

—No es para menos, pero no por coger la muñeca va a pasar nada. Se puede enfadar, pero ya se le pasará.

Agarró mi mano y se bajó de la camita. Dejé la caja de chuches a un lado de su cama para que se diera cuenta de que era para ella.

Lo más gracioso es que se adelantó y dio dos golpes a la puerta.

—¿Se puede? —preguntó gritando.

—No hay nadie. —Abrí sonriendo y entró hacia dentro.

Cogimos su muñeca que abrazó emocionada y la besó insistentemente.

—La quiero mucho, me recuerda al abuelo.

—¿Sabes que también tenías otro abuelo que te quería mucho?

—¿Y dónde está?

—En el cielo, cariño —respondí con una leve sonrisa—. Están los dos en el cielo cuidándote. Un día te hablaré de él. Mira, en esta bolsita hay un montón de ropita que te he comprado. ¿La

quieres ver?

—Sí —afirmó sonriente.

—Vamos a tu cuarto.

Salió con su muñequita abrazada y yo con la bolsa donde tenía todas las ropitas que le había comprado.

Nos sentamos en su cama y se la comencé a enseñar. Le gustaban todas y se la veía sonriente observando todo.

—¿Te duchas y te pongo este pijama de las princesas para que lo estrenes?

—Sí —contestó dirigiéndose rápidamente a su cuarto de baño.

Me quedé en la cama llorando de haber podido hablar con mi hija unos minutos sin discutir. Algo me decía que detrás de ese carácter de mierda, como dijo Owen aquel día, había una manipulación que le había llevado a comportarse así.

Capítulo 21



Aquello estaba siendo como un regalo para mí, de eso no tenía duda. El poder haber disfrutado de esa pequeña tregua con mi niña, era algo que atesoraría siempre.

Salió del baño con su ropa interior puesta y una camisetita. Se vino hasta mí para que le pusiera el pijama.

—Se me ha acabado la colonia —dijo riendo— pero me quedaba un poquito para ahora.

—Si quieres mañana vamos al pueblo y te compro la que quieras —dije mientras la ayudaba con la camiseta del pijama.

—¿Y una pasada para el pelo? Me dejé en el centro la mía y la echo de menos. —Frunció los labios, y ese gesto me pareció el más bonito de todos los que la había visto hasta el momento.

—Claro, mañana podemos comprar todo lo que te haga falta, cariño. Te queda precioso el pijama. —Sonreí.

—Es muy bonito y suave. —Sonrió mientras lo tocaba—. ¿Vamos a cenar juntas? —Me agarró la mano.

—Por supuesto, mi vida.

—Pero Penny no me quiere ni ver —murmuró con tristeza mientras andábamos hacia la cocina.

—No es así, cariño, verás lo contenta que se pone cuando vea que no la llamas bruja.

—Pero Ángela…

—No la nombres, esa mujer te engañó para hacernos daño a todos, te he dicho que no podrá con nosotras, y, tranquila, que no la verás más.

—Papá está muy enfadado —suspiró inclinando la mirada.

—Se le pasará, cariño. —Le eché los brazos y, para mi sorpresa, se subió a ellos y me abrazó fuerte.

—¿Tú eres mi mami de verdad? —preguntó mirándome a los ojos y sentí que, si me moría en ese momento, lo haría feliz de haber podido disfrutar de mi chiquitina ese instante.

—Sí, hija, la que más te quiere en el mundo. —Nos dimos un fuerte abrazo.

—Me parezco un poquito a ti —dijo cuando volví a caminar y sin soltarla.

—Menos en ese genio que tenías. —Sonreí—. Te pareces mucho a mí, y yo me parezco a tu abuela.

—¿Tengo una abuela?

—Tenías dos, pero al igual que tus abuelos, están en el cielo.

—¿Y nos cuidan desde allí a las dos?

—Claro que sí. —Le di un beso en la mejilla y ella me abrazó.

Entré en la cocina con la niña sonriente en mis brazos, mientras esperaba la reacción de Penny, quien nos miró asombrada y con cierta incredulidad por lo que estaba presenciando.

—Pero bueno, ¿cómo cargas con nuestra mayor enemiga? —me preguntó bromeando.

—Es mi mami —contestó Beth, y a mí se me hizo un nudo en la garganta tan grande que no pude reprimir el comérmela a besos mientras se me salían las lágrimas y ella se reía.

—Me he perdido algo… —murmuró Penny asombrada por todo.

—Sí, ya te pondré al día —le dije bajando a la niña para que se sentara en la silla, ya que íbamos a cenar en la mesa de la cocina.

—Mami, a mí me da miedo no tener puerta —confesó, y por la carita con la que lo dijo, hasta se le dibujó a Penny un puchero.

—Tranquila, la volverás a tener, te estás portando muy bien. Si quieres esta noche duermo contigo.

—¿Y no se enfadará papá?

—No me importa que lo haga. Tú eres mi prioridad. —No quise decirle que con el padre sí que

no pensaba dormir.

Me había sentido engañada por Owen en el sentido de que no había sido sincero y mientras se besaba conmigo resulta que tenía novia, y no una cualquiera, una que, gracias a él y a su atrevimiento de llevarla al centro, le había causado a mi hija un laberinto emocional que nos había hecho daño a todos.

Realmente estaba muy dolida con Owen y no me apetecía ni cruzar palabra con él. Si me hubiera contado algo, tal vez habría llegado a la conclusión de que algo estaba pasando mucho antes. De todas maneras, lo de engañarla conmigo me repateaba por completo. Que entre nosotros no había promesas de amor, obvio que no, pero que un beso cuando estás con alguien es la infidelidad más grande del mundo y jamás hubiera permitido ser la otra ni por un ratito.

Penny estaba que se desvivía con mi niña, y ella sonreía tímidamente. Al final congeniaron a las mil maravillas.

—O sea, ¿que ya nos han quitado el título de brujas? —preguntó Penny mientras se daba golpecitos con el dedo en la barbilla.

—Eso parece. —Reí.

—Es que no tenéis barrigas —contestó Beth, y a mí me salió una carcajada.

—Verrugas, hija, no tenemos verrugas —dije.

—Eso.

—Ni barrigas tampoco, niña, que mira qué cuerpazos tenemos. Y eso que comemos helados llenos de calorías —le dijo Penny a Beth con la ceja arqueada.

—¿Voy a poder probar yo el helado, Penny?

—No sé, chiquilla, que como tiene calorías…

—Pero olía muy bien —contestó.

—Di que sí, preciosa, las calorías a tomar viento y tú a disfrutar del sabor. Mañana te doy yo una tarrina para ti sola.

—Vale —contestó la mar de emocionada.

Owen no apareció por la cocina y seguía encerrado en su despacho. Imagino que dándole vuelta a todo y queriendo meter la cabeza debajo de una losa, porque no era para menos.

Charlotte no se creía la actitud de la pequeña cuando entró por la cocina y Beth le dio las buenas

noches y la llamó por su nombre.

—¿Dónde está la niña endemoniada? ¿Quién eres tú y qué has hecho con la que nos llamaba brujas y decía que arderíamos en el infierno? —preguntó causándonos una risa a las tres.

—Pues se fue, ahora mismo lo único que tenemos es a esta princesa —murmuré mirando embelesada a mi pequeña.

—No sé si debo fiarme —dijo bromeando Charlotte con los ojos entrecerrados.

—Yo no soy mala —murmuró Beth mirándome.

—Claro que no, mi vida. —Le acaricié la barbilla.

Cenamos las cuatro juntas, ya que los demás lo harían un poco más tarde y estaba todo listo. La pequeña notó con el amor y humor que la trataban las dos. Me llegaba la paz de saber que mi hija no era ese bicho al que nos tenía acostumbrados.

Pasamos el rato las cuatro allí entre risas, mientras Charlotte decía que ya estaba pensando en comprar un caldero para hacer pócimas, y Penny dijo que lo compara si quería para hacer buenos guisos de cochino en él.
Nos reímos al saber que se refería al casi exmarido de Charlotte, mientras mi niña nos miraba sonriendo.

Yo me sentía feliz, inmensamente feliz de poder estar allí con ella sin malas palabras, sin gritos ni reproches.

Se me vino en un momento dado a mi falda para sentarse, le di un beso en la frente y aspiré el olor de su colonia.

Penny y Charlotte al ver aquella imagen, sonrieron tan felices como yo.

La pequeña, de todo el ajetreo estaba de lo más agotada, así que hice que se despidiera de ellas con un besito, que consiguió que la abrazasen y se la comieran a besos mientras ella reía y me la llevé hacia su cuarto.

Le había prometido que dormiría con ella, pero más tarde, ahora la llevaba a su cuarto, la acostaba con su muñequita y luego yo regresaría.

Me senté a su lado cuando la tapé y en ese momento Owen apareció por el dormitorio, parándose en la puerta.

—¿Le puedes poner la puerta, por favor? —le pedí.

—Sí, ahora regreso —asintió y se marchó a por ella. La pequeña me dio un beso en mi mano y a

mí me volvió ese nudo en la garganta.

Le colocó la puerta y sin decir nada se acercó hasta ella y le dio un beso en la frente deseándole buenas noches. Luego me dio a mí uno en la mejilla y me dijo que me esperaba en el comedor.

—Yo ya he cenado.

—Te espero allí —dijo obviando lo que yo le había dicho.

—Mamá, me dio un beso. —Se puso las manos en la boca riéndose feliz.

—Sí, cariño. Recibes lo que das y ahora regalas paz. —La abracé antes de levantarme—. Luego vuelvo y me acuesto contigo.

—Vale, mami —contestó consiguiendo que a mí se me cayera toda la baba.

Me dirigí hacia el comedor donde estaba sentado Owen tomando una copa de vino.

—¿Cómo está la niña?

—Volviendo a ser persona, cosa que tu pareja le arrancó con esa maldad que tiene.

—Me engañó hasta a mí como hombre…

—Pero tú ya eres mayorcito para dejarte o no engañar, el problema es que ella es una niña —dije muy enfadada.

—No voy a dejar que esto quede impune.

—La que no voy a permitir por nada del mundo que esa mujer se acerque a mi hija, soy yo, ¿te ha quedado claro? —pregunté apretando los dientes.

—Estoy a tu lado…

—Eres un mentiroso, me besaste teniendo una persona en tu vida, sin preguntarme si yo aceptaba eso.

—Te besé porque desde el momento en que te vi me di cuenta del concepto de la palabra amor.

—No me compras con tus palabras.

—Te prometo que la he dejado, solo quedaba llegar a un acuerdo por algo que esta semana se queda resuelto.

—Me dan igual vuestros problemas, pero la quiero lejos de mi hija. Esta noche dormiré con ella.

—Ahora te pongo una cama a su lado.

—No hace falta, dormiré en la suya.

—Dame una oportunidad, Alisa. —Agarró mi mano.

—Que no se vuelva a acercar a mi hija. No respondo de lo que soy capaz —dije soltándome y repitiéndole lo mismo para que le quedase claro. Por supuesto que obvié lo de la oportunidad.

¿Oportunidad? ¿Cuándo habíamos sido algo? Lo único que había era un pacto y unos besos robados tapando una verdad que solo él conocía.

Tenía los sentimientos superencontrados, ya que por un lado lo veía un buen hombre, pero por otro, había puesto en riesgo a mi hija con esa persona, con la misma que estaba cuando me besaba a mí.

Me duché, me puse el pijama y me fui hacia la habitación de mi niña donde me acosté y ella se acomodó pegadita a mí. La abracé y le di un beso.

—Te amo, mi tesoro. Te amo con todo mi corazón —murmuré, aunque no me escuchara, pero necesitaba decirle cuánto la quería.

No me quería ni imaginar la de cosas que le había metido esa mujer en la cabeza a mi pequeña. Esperaba no cruzarme con ella en mi vida y saber quién era, porque la que le iba a dar iba a ser poca para lo que se merecía.

Sentía tanta rabia, tanto dolor y pena juntos, que me partía el corazón saber que mi niña había estado viendo a una persona como esa durante a saber, cuánto tiempo.

No la quiso nunca, su único objetivo siempre fue hacer que ella me odiara y me tratara a patadas hasta conseguir que me alejara de ellos para quedarse con lo que quería, que no era otra cosa que el dinero de Owen y el castillo.

Qué pena me daba que hubiera gente así en el mundo, capaz de llevar a cabo las peores bajezas con tal de conseguir aquello que querían y de mala manera.

Y encima, Owen se atrevía a decir que conmigo entendió el verdadero concepto de la palabra amor… oír para creer.

No tenía ni idea de lo que una palaba como esa significaba, no, porque si hay amor, hay lealtad; y él no lo fue, al no decirme que estaba con otra.

Capítulo 22



—Mami, hola —dijo dándome un besito en la mejilla cuando aún yo tenía los ojos cerrados.

—Buenos días, mi vida. —Me giré para abrazarla.

—Tengo mucha hambre, ¿desayunamos en el porche?

—Vale, pero hace fresquito.

—Ponemos la estufa enorme. —Levantó sus bracitos.

—Claro, cariño. —Sonreí porque su felicidad era la mía y si ella quería estar allí, yo no le iba a robar ese deseo.

Además, que a mí me encantaba el porche, era mi rincón favorito del castillo y el lugar donde más relajadamente se podía disfrutar de un desayuno o un café, a pesar del frío que hubiera en el exterior.

Fuimos a dar los buenos días a Penny y le dijimos que nos íbamos al porche. Nos sentamos tras enchufar la estufa, pero además le eché una mantita por las piernas.

—¿Bien, cariño? —pregunté y ella asintió con una sonrisa de oreja a oreja.

Me encantaba verla así, sonriente y feliz, y no gritando y hablando de malas maneras a todo el que se le cruzara en su camino. Ese cambio, en apenas unas horas, era como un soplo de aire fresco para todo el castillo.

Ni cinco minutos después de habernos acomodado allí, apareció Owen.

—¡Papá! —dijo la niña feliz subiendo los brazos y este la cogió abrazándola y dándole un beso.

—¿Qué tal estás, princesa?

—Bien, papi, hoy voy a ir con mami a Inverness de compras.

—Qué bueno. —La soltó en su silla—. Buenos días, preciosa. —Me acarició la mejilla a la vez que tomaba asiento.

—Buenos días, Owen.

—Así que os vais a Inverness sin mí. —Carraspeó mirando a la niña.

—Una mañana de compras de chicas —dijo la pequeña, dejándome asombrada, pero me encantaba que lo viera de esa manera.

—Pues sí es así, no entorpezco.

—Puedes ir más tarde a buscarnos y comemos por el pueblo —propuso la pequeña con una sonrisilla que se me caía el mundo a los pies.

—Perfecto, lo veo un buen plan para el sábado. ¿Qué te parece? —me preguntó a mí.

—Por mí vale —murmuré. No iba a hacer nada por dañar la relación entre ellos, ante todo entendía que él demostraba que la niña le importaba.

—Estupendo. Si queréis, os acerco después ya que tengo que ir a hacer un recado y me viene de paso pasar por el pueblo. Así haré tiempo y luego os doy el encuentro.

—Vale, papi —contestó la niña sonriente y feliz.

El tema es que yo veía que él la trataba con mucho amor, con el mismo que a mí también me había tratado siempre, todo hay que decirlo. Lo que no le perdonaba era que me hubiera besado siendo la otra, una cosa es que no sea nada y otra eso que para mí era algo que detestaba. Tampoco comprendí cómo fue capaz de ir a una visita con esa mujer cuando no le correspondía estar ahí y con eso liaba a la pequeña cuando sabía que su cometido era otro por deseo de su padre. Era todo un machaque el que había en mi cabeza y que me alejaba un mundo de Owen, al que por otro lado lo tenía muy cerca. Para volverse loca…

Penny salió con el desayuno y sonrió al tiempo que me hacía un guiño. Ella, al igual que yo, estaba disfrutando de ver aquella imagen de familia que mostrábamos, aunque seguía ajena a lo ocurrido y la verdad de todo lo que rodeaba al comportamiento que había tenido mi niña desde que llegó al castillo.

—Papi, ¿cuándo me vas a devolver los muebles y todas mis cosas? —le preguntó en un tono de lo más triste.

—Luego lo volveré a colocar en tu cuarto. —Le acarició la mejilla y ella sonrió mientras asentía.

Después de desayunar fuimos su habitación, vestí a la pequeña con la ropa que eligió y que era una de las que le compré, y luego me preparé yo, ya que Owen nos estaba esperando para dejarnos en el pueblo.

Estaba guapísimo con su abrigo de paño entallado al cuerpo hasta las rodillas. Tenía mucha planta y cualquier prenda le quedaba como anillo al dedo.

Me miraba de ese modo que solía mirarme siempre, poniéndome nerviosa y haciendo que me salieran los colores, momento en el que le vi sonreír y me di dos patadas en el culo. Lo había hecho a propósito, él lo que quería era precisamente esto, que me sonrojara porque, tal como me había dicho, le gustaba ver mis mejillas ruborizadas.

Me senté a su lado después de acomodar a la niña en el asiento de atrás y abrocharle el cinturón de seguridad. Fuimos hablando de cosas del cole de Beth, ella dijo que no estaba tan mal pero que echaba de menos a algunos de sus compañeros del centro.

Había que entenderla, creció en ese lugar y para ella eran como una especie de familia, al igual que Penny y Charlotte para mí.

Owen nos dejó en la calle principal y quedó en llamarnos cuando estuviera de regreso de sus gestiones.

Beth no soltaba mi mano e iba dando saltitos hacia la perfumería en donde vendían las pasadas y colonias. Se fue directa a buscar la diadema a la sección en la que estaba y cuando dio con ella se paró observando todas en diferentes colores.

—¿Cuáles te gustan, mi vida? —le pregunté apoyando la mano en su hombro.

—La rosa y esta amarillita.

—Pues vamos a cogerlas y meterlas en la cestita.

—Mira qué cepillo más bonito. —Lo cogió para verlo de cerca. Lo miraba sonriendo y eso para mí era motivo de querer darle todo cuanto pudiera, le debía ocho años de regalos de cumpleaños y Navidad.

—¿Lo llevamos?

—Sí —contestó feliz, ya que era celestito con una princesa rosa en medio.

Luego buscamos su colonia favorita y le regalé una bruma para el cuerpo que también olía muy bien y le había llamado la atención.

—Hola, Beth —la saludó una mujer que se veía que la conocía y yo me alerté pensando lo peor. Me puse delante de la niña.

¿Sería esa mujer que la llevó a comportarse de aquel modo solo por conseguir lo que ella quería?

—Mamá, es mi profesora —dijo ella al ver que la estaba escondiendo.

—Perdona. —Me puse la mano en el pecho y solté el aire.

—Perdón si te asusté. Conozco a su papá, pero no a ti.

—Soy Alisa —dije sonriendo e intentándome relajar del susto—. Perdón de nuevo, es que no la conocía y hoy en día pasan muchas cosas.

—Tranquila, te comprendo. Veo a Beth muy risueña —sonrió alegrándose.

—Pasó unos momentos un tanto delicados que hicieron que sacara un carácter un poquito difícil, pero ya está todo solucionado. Necesitaba encontrarse.

—No sabes lo que me alegra. Se la ve diferente. —Volvió a sonreír, feliz.

—Sí, ya no soy mala.

—Claro que no, cariño, nunca lo has sido, eso ya lo sabía yo —le dijo la profe mientras le daba un pellizquito en la mejilla.

—Bueno, pues un placer —me despedí.

—Me alegro de conocer a tu mami. —Le hizo un guiño—. Adiós, Beth, que tengas un feliz fin de semana.

—Adiós, profe, tú también —contestó mi niña sonriendo y agitando su manita.

Por un momento se me pasó que podía ser Ángela y que nos estaba siguiendo. Hasta a esa paranoia me había llevado todo. Si llega a ser ella no me quiero imaginar lo que hubiera sucedido.

Pero no podía pasar así el resto del día, tenía que olvidarme de todo ese asunto y disfrutar de mi niña, que era lo que más había querido siempre y por fin, tras ocho largos y agonizantes años de dolor, llantos y sufrimiento, lo había conseguido.

Terminamos las compras de la perfumería y nos dirigimos a una librería a ver si había unos sobres coleccionables de unas muñecas de las que me había hablado Beth. Tuvimos la suerte de que recién le habían repuesto una caja dado que se acababan de inmediato.

Le compré diez sobres y en cada uno venían cinco tarjetas de los personajes, eran a la suerte y podían salir muchos repetidos, era un enganche para hacerte la colección hasta tener el álbum completo, que también le había comprado.

—Luego abrimos los sobres en casa y los ponemos en el álbum —decía dando saltitos.

—Claro, mi vida.

—¿Vas a comprar chocolates? —preguntó al ver que me dirigía a la mejor *boutique* de chocolate de todas las Highland. Venía gente de todos los alrededores cada día.

—Sí, cariño, vamos a comprarnos unas bolsitas y alguna tableta para llevarnos al castillo.

—¡Me encanta la idea! Ángela me decía que no comiera cosas de esas porque el cuerpo se estropeaba y luego nadie me querría.

—Eso es mentira mi vida —murmuré con tristeza—. Comer de manera responsable es muy sano y se puede probar todo lo que a uno le apetezca probar, incluso las verduras.

—No me gusta el brócoli ni tampoco las acelgas. —Puso cara de asco y me eché a reír.

—¿Las has probado?

—No, es que lo veo todo verde, y tampoco huele muy bien.

—Mi niña, no puedes decir que algo no te gusta si no los has probado. Vamos a hacer una cosa —le propuse.

—¿El qué?

—Yo te dejo que escojas ahora un surtido de chocolates para ti sola, con la condición no solo de que no te los comas todos de golpe o te pondrás malita de la tripa, sino que tienes que probar el brócoli y las acelgas que yo preparo.

Frunció los labios al tiempo que se le iban los ojos con cierto disimulo a la *boutique*, suspiró y asintió.

—Vale, mami —dijo mirando hacia el gran escaparate, con tanta variedad que se te antojaba cogerlo todo.

Sonreí mientras entrábamos y ya solo con el olor a chocolate se te hacía la boca agua.

Nos hicimos con varias bolsitas, tabletas con rellenos de diferentes sabores y unas trufas que a la niña se le antojaron con solo mirarlas y que vendían en una cajita con una mitad en negro y la otra en blanco.

Owen nos llamó para decirnos que ya estaba aparcando y le dije dónde estábamos justamente. No tardó en aparecer y la niña corrió hacia sus brazos. Owen la cogió al vuelo y comenzó a hacer con ella el avión. Era todo un padrazo, por pacto o por lo que fuese, pero era todo un padrazo.

Nos fuimos a comer a un restaurante italiano por deseo de la niña, que quería pasta y *pizza*. Estaba hambrienta.

La pequeña se puso a explicarle todo lo que habíamos comprado y él le decía que era una niña con mucha suerte ya que hoy le habían regalado de todo.

Owen me miraba y conseguía que yo bajase la mirada porque, aunque no quisiera, aún movía cada milímetro de mis sentimientos y me ponía de lo más nerviosa. Lo amaba, pero tenía un resentimiento muy grande con él.

Durante la comida, Owen propuso que por la noche podíamos hacer una barbacoa en el porche con los demás trabajadores, y ahí mi niña se vino arriba por completo.

—Sí, papi, ¡fiesta! —Levantó los brazos—. Así me los gano de nuevo que algunos aún me ven y salen corriendo para otro lado —dijo provocándonos una sonrisita.

—Serás la princesa de la fiesta.

—Pues no tengo vestido de princesa.

—Sí que lo tienes, te lo traje de Edimburgo con las chuches. —Le hizo un guiño y la pequeña abrió la boca de lo más emocionada.

Del restaurante fuimos a la carnicería de un ganadero que tenía la tienda en su finca. Owen compró varios kilos de costillas y chuletones para la noche. Luego pasó por una destilería y compró varias cajas de vino.

Owen había llamado durante la comida a Athol y le pidió que pusieran una carpa continuada ampliando el porche. Por lo visto mandó a comprarla para que pudiéramos tener más aprovechado el sitio para disfrutar de ese rincón que tanto nos gustaba.

Capítulo 23



Cuando llegamos la estaban montando y era preciosa. Además, en un lado había una apertura grande porque daba a la pared de la barbacoa, así servía como entrada de aire y para estar cerca de ella mientras se hacía la comida.

Owen le dio el vestido de princesa a la pequeña, que le puse encima de unas mallas y una camiseta térmica de manga larga para que no cogiera frío.

—Listo, ya eres toda una princesa del castillo —le dije sonriendo, dándole un leve pellizquito en la mejilla.

—¿Y tú eres la reina? —preguntó.

—No, cariño. —Reí—. Esa también serás tú algún día. —Le hice un guiño y se echó a reír tapándose la boca con las manitas.

Salió de su cuarto y fue corriendo hacia la cocina para esperarme allí con Penny, a quien no me cabía duda de que había cogido mucho cariño.

Yo me puse cómoda con unos *leggins*, sudadera y deportivas, al igual que Owen que se puso un vaquero con unas deportivas y sudadera, estaba guapísimo.

Cuando salimos nosotros, vi que todos ya estaban copa en mano disfrutando de un vino, y Charlotte con Penny, mientras mi hija las ayudaba, preparando la carne para que luego la pusieran los hombres en la barbacoa. Me acerqué a ellas y cogí una copa que Athol me llenó de vino.

—Mami, ¿te quedas tú a ayudarlas? —me preguntó.

—Sí, cariño, yo me quedo.

—Vale, pues ahora en un ratito vuelvo. —Y salió corriendo ante mi mirada, así como la de

Penny y Charlotte.

La niña comenzó a ir dando abrazos a todos diciendo que estaba haciendo las paces. Se los ganó en seguida y ya los tenía a sus pies. Era tan mona…

—Mírala, y hace nada que queríamos exorcizarla atada a la cama —dijo Penny, haciendo que escupiera el sorbo de vino que acababa de dar.

—Menos mal que no ha hecho falta, que, si no, se nos habrían metido sus demonios dentro —comentó Charlotte.

—Lo que me habría faltado, estar poseída. —Penny volteó los ojos.

—He visto a Edwin en el pueblo —murmuró—. Ya no me puede seguir llamando loca, iba con ella.

—¿Y qué ha hecho? —pregunté.

—Mirar hacia otro lado como si no me conociera. Lo peor es que ella sí me ha mirado, ha sonreído y… —Se secó una lágrima que le caía por la mejilla.

—¿Y? —dijimos las dos al unísono.

—Se ha pasado la mano por el vientre mientras sonreía con malicia. Creo que está embarazada.

—Ay, por Dios. —La abracé cuando empezó a llorar un poco más, le frotaba la espalda y notaba cómo se sacudía su cuerpo.

—Es para matarle, vamos —resopló Penny—. ¿Cuánto tiempo estuviste diciendo que querías tener un hijo con él, y te decía que no le gustaban los niños?

—Con esto ya sí que tengo que dejar de quererle —sollozó.

—Ah, ¿es que todavía le querías? Alma cándida, ese cochino que se me cruce por delante porque… ¿Dónde está? —Penny miró por todo el lugar en busca de Edwin—. Dónde está que lo ensarto como a un pincho moruno.

—No ha venido, y mejor —respondió Charlotte secándose las lágrimas.

—Eso, mejor, porque como me lo eche a la cara, ¡ay, de él como me lo eche yo a la cara! —dijo Penny.

—Señoras. —Nos giramos al escuchar la voz de Thomas—. Venía a ver si necesitan ayuda.

—No, tranquilo, que esto ya casi está. Ahora Athol y el señor, se encargan —respondió Penny.

—Charlotte, ¿estás bien? —se interesó.

—Sí, Thomas, no es nada. Solo… el humo de las brasas —mintió.

—He visto a Edwin —dijo, y ella le miró con los ojos muy abiertos—. No sabe lo que ha hecho, de verdad que no. No te merecía, Charlotte. —Sonrió al tiempo que le hacía una leve caricia en la mejilla antes de irse.

—Pues mira tú que a mí me da que a ese le vamos a ver más a menudo dentro del castillo —comentó Penny.

—¿Y por qué iba a ser eso? —Charlotte frunció el ceño.

—Para ver a la señora de la casa, o verme a mí, ya te digo yo que no —contestó, Charlotte me miró y negué mientras sonreí.

—¿Cómo va esa carne, amor? —le preguntó Athol a Penny.

—Lista para que la hagáis, vida mía. —Le dio un beso y nos cogió a Charlotte y a mí del brazo para ir a tomar una copa.

Owen comenzó a poner las costillas en la barbacoa junto a Athol. No dejaba de mirarme y lo pillaba continuamente con su mirada perdida en mí.

Escuchaba a mi niña riendo mientras iba de aquí para allá con su bonito vestido de princesa, me miraba, sonreía y de vez en cuando venía a darme un beso.

Me encontré de nuevo con la mirada de Owen y me acerqué a él cuando se quedó solo en la barbacoa.

—Tiene muy buena pinta.

—Sí, además es una buena pieza. ¿Qué tal estás?

—Feliz, más tranquila.

—¿Me perdonarás algún día?

—Tengo mucho que agradecerte, no te guardo rencor.

—Entonces, ¿me darás una oportunidad? —preguntó en voz baja y sin dejar de mirarme.

—No tengo nada que perdonarte, pero tengo muchas heridas abiertas y, además, entre los dos solo hay un pacto.

—Un pacto que no vale de nada al lado de los sentimientos. Quiero que seas mi mujer de verdad.

—Viviré pensando que, si la engañaste a ella conmigo, podrías hacerme lo mismo a mí con otra persona. No estoy preparada para vivir con una incertidumbre de este tipo, que jamás me permitiría ser feliz.

—Papisss. —Se nos acercó Beth gritando y abrazándonos fuerte.

—Hola, princesa —le dijo Owen cogiéndola en brazos y le dio un beso.

—Papi, tú cuida a mami mientras que yo estoy cuidando a los trabajadores, ¿vale?

—Ah, vale —respondió aguantando la risa y bajándola.

—Me voy a ayudar a Penny y Charlotte que están haciendo una torta de patatas —dijo moviendo su manita a modo despedida.

—Se merece una familia como la que podemos formar los tres. No habrá nadie más en mi vida. Vivo aquí, estoy aquí y aquí quiero estar junto a vosotras.

—Me voy a echar otro vino. —Señalé a la copa apartándome porque estaba a punto de llorar.

Me senté en un banco tras servírmela y me encendí un cigarrillo. Ni yo me entendía, tenía los sentimientos de lo más encontrados. Mi hija me hacía sentir la más afortunada del mundo y Owen la mujer con más inseguridades, después de haberme hecho tocar el cielo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Penny sentándose al lado— Deberías estar feliz de que ya no tenemos en el castillo a la niña del exorcista, ya tenemos un bombón que nos vamos a comer todos a bocaditos. —Me dio un beso en la mejilla.

—Estoy triste, todo en la vida no es color de rosas.

—Lo sé, cariño, pero tienes un marido que vive con los ojos puestos en ti y se le pueden ver hasta los corazones, y una hija que al final nos tiene a todos a sus pies.

—Ha sido todo muy rápido, no nos conocemos —murmuré, porque de algún modo tampoco podía desahogarme ya que ella no conocía la realidad de nuestro pacto.

—Pero ¿has visto que te comience a tratar de otra forma?

—No, no es eso, pero me entero de cosas que antes no me contó. No es nada malo, pero que a mí me hacen rayarme porque pensaba otras.

—Explicándomelo así, no entiendo nada —nos reímos—, pero todo en las relaciones no es un camino de rosas. Hay que aprender a crecer juntos, a cometer errores, a saberlos resolver, a un

montón de cosas que son nuevas. Nadie se acostumbra a nadie de la noche a la mañana por muchos sentimientos que haya.

—Necesito emborracharme. —Me bebí la copa de un trago.

—Emborráchate que yo me encargo de la niña. —Me dio un beso en la sien y me quitó la copa de vino para rellenarla.

—¡Mami! Te comoooo —decía corriendo hacia mis brazos.

—Yo soy la que te voy a comer a ti. —La abracé y comencé a darle muchos besos.

—Me voy corriendo que Athol me está preparando un zumo con tres colores —dijo regresando hacia donde estaban todos.

—Mira lo que te traigo —comentó Owen acercando un plato a mi lado de la mesa que contenía unas patatas chips y unas costillitas de las que estaban haciendo.

—Te dejo aquí la copa. —Penny sonrió mientras me hacía un guiño, dejándola sobre la mesa y marchándose para dejarnos a solas.

—Gracias. —Le sonreí.

—No me dirás que no tiene buena pinta…

—Sí, sí que la tiene. —Sonreí cogiendo una—. Además, están bien hechas, como me gustan a mí.

—Te echo de menos —confesó acariciando mi cabello.

—Yo también a ti, Owen, pero es que estoy saturada y no encuentro explicación a muchas cosas.

—A veces, aunque no nos lo creamos, hay algunas cosas que no tienen explicación, pero no podemos quedarnos ahí sin avanzar y sin descubrir las cosas que nos tiene la vida preparada.

—¿Te casaste conmigo por vengar el que tu padre no lo hiciera con tu madre?

—Sí, no te voy a mentir, ya puestos que tenía que hacer lo de la niña, pensé que eras la idónea, pero cuando te conocí, me di cuenta de que eras lo que deseaba, no lo que quería. Quiero que sepas que le tengo un cariño impresionante a la niña desde el primer día.

—¿Por qué dices que la niña en el centro era problemática cuando se demuestra que lo es desde que conoció a ese ser despreciable? —pregunté llorando.

—Porque me habían hablado de su comportamiento desde que empecé a verla hace unos meses,

pero no entiendo cómo no se dieron cuenta de que cambió desde que recibió ciertas visitas. No te estoy engañando en nada. Alec, sin embargo, fue muy listo, sabía de Ángela y no quería que viviera en el castillo, por eso incluyó la cláusula de que debía de casarme con alguien de Escocia.

—¿Y por qué no la dejaste antes de besarme y meterte en la cama conmigo?

—Me metí, pero siempre te respeté. —En eso tenía toda la razón—. Lo de los besos fue por un impulso que no pude frenar, me sentía de lo más atraído por ti, y no hay un segundo de mi vida que no desee hacerlo. Contigo he sentido cosas que antes jamás había sentido. Creí estar enamorado de ella, pero contigo descubrí que eso no era amor, que era una palabra muy grande que solo había sentido contigo.

» Déjame ser tu marido de verdad, olvidémonos del pacto, desestimemos el contrato. Te llevarás todo lo que te pertenece como mi mujer si algún día quieres macharte, pero te garantizo que te voy a cuidar tanto, que nunca desearás hacerlo.

Me dejé caer hacia el lado y el me cobijó con sus brazos besando mi frente.

—Te creo, aunque me dé miedo a lo que pueda pasar, te creo —murmuré sin poder reprimir esas lagrimillas que me caían y que tenían mucho que ver con la felicidad. Sus palabras me habían calado hondo, si rompía el contrato tenía mucho que perder, pero, aun así, se la quería jugar al amor, ese que expresaba de corazón hacia mí.

—No tengas miedo a nada, quiero ser tu marido de verdad y el padre de nuestra hija.

La pequeña nos llamó para que fuéramos, ya que quería actuar para todos cantando una canción que aprendió en la escuela. Hicimos un coro alrededor de ella y en ese momento me di cuenta de que mi hija podía llegar donde quisiera, menos a ser cantante. Lo que me reí no tenía precio, pero todos la animamos y aplaudimos como si hubiésemos visto la actuación de nuestras vidas.

Penny y Athol se veían de lo más enamorados, incluso se atrevieron a bailar alguna que otra pieza juntos.

Charlotte, por su parte, estaba algo triste y no me pasó desapercibido el hecho de que Thomas, ese hombre un par de años más joven que ella de cabello castaño y unos bonitos ojos verdes, callado y reservado, se acercó a ella en más de una ocasión para llevarle una copa de vino y quedarse hablando un ratito cuando Penny estaba con su amor.

La fiesta duró hasta la una de la madrugada en la que todos ayudamos a recoger las cosas antes de irnos a dormir. La pequeña estaba aún de lo más espabilada y había disfrutado muchísimo de esa barbacoa que pedía que se repitiese todos los sábados.

—Por fi, por fi, por fi, poooorrr fiiii —dijo con puchero incluido mientras juntaba sus manitas a modo súplica.

—Lo pensaré —contestó Owen—. Esta noche lo consulto con la almohada.

—Mami, convence a papi esta noche, ¿sí? —me pidió.

—Eso, mami, convence a papi esta noche. —Escuché a Penny que me miraba moviendo las cejas.

—Serás… —murmuré, casi riendo cuando pasó por mi lado para irse con su querido Athol a dormir.

Owen y yo llevamos a Beth a la habitación para acostarla después de ponerle el pijama y decirle lo mucho que la queríamos.

—Yo a vosotros también. —Sonrió—. Sois los mejores papás de mundo.

—Entonces, ¿ella ya no es una bruja? —Owen me señaló.

—No.

—Es que te como, mi niña. —La abracé y le di un montón de besos.

Había costado llegar hasta este punto, pero había merecido la pena. La rabia que me daba que un ser que no tenía derecho a nada hubiese envenenado tanto tiempo a una cría…

Capítulo 24



Nada más entrar en nuestra habitación, Owen me rodeó por la cintura con ambos brazos y me besó el cuello, pegadito a mi espalda comenzó a caminar despacio, pasito a pasito, en dirección al sofá.

—Yo debería irme a mi cama —dije cuando se sentó y me llevó hasta su regazo, sentándome a horcajadas.

—¿En serio? —Arqueó la ceja.

—Sí.

—En esta habitación pronto habrá solo una cama, preciosa. —Me dio un mordisquito en el labio inferior.

—¿Y eso por qué?

—Porque vamos a seguir durmiendo juntos. —Comenzó a besarme con ternura, sentía sus manos en mi espalda, acariciándome por encima de la tela, hasta que noté que las bajaba y las llevaba por dentro de la ropa.

Me estremecí ante ese contacto, notando que toda mi piel se erizaba y no fui la única, puesto que el propio Owen lo notó dado que sonrió mientras nos besábamos.

—¿De qué te ríes?

—Te has estremecido.

—Igual es por el frío.

—Sabes que no. —Me dio otro mordisquito—. Por cierto, nunca consumamos el matrimonio.

—No, no lo hicimos.

—¿Sabes que, de no hacerlo, el matrimonio no sería válido? —preguntó mientras me besaba el cuello y sus manos seguían acariciando mi espalda.

—¿Lo dices en serio?

—Sí.

—Pues deja, deja, que me voy a dormir y mañana voy a que me invaliden el matrimonio.

—No lo vas a hacer.

—¿Y eso por qué no? —Arqueé la ceja.

—Porque eres mi mujer, y lo serás siempre.

Volvió a besarme y me dejé llevar por ese beso que tanto estaba haciendo en mi persona.

Todos y cada uno de sus besos me gustaban, pero ese, ese tenía algo diferente al resto, algo que no sabría describir.

Owen me quitó la parte de arriba dejándome solo con el sujetador, y cuando le miré a los ojos y vi ese brillo en ellos, tragué saliva nerviosa y lo supe.

—Owen, yo nunca…

—Schh, calla, preciosa —me pidió y volvió a besarme—. Lo sé, sé que no has estado con nadie, no desde lo ocurrido. —Incliné la mirada y él me cogió la barbilla para que le mirara de nuevo —. Puedes estar tranquila, porque iré con cuidado.

—Es que no tengo experiencia.

—¿Y qué? Nadie nace sabiendo. —Sonrió—. Además, podemos aprender juntos qué es lo que nos gusta, qué te excita…

—Ay, Dios. —Me cubrí la cara con ambas manos al tiempo que notaba las mejillas sonrojadas.

—Nada de vergüenzas ni pudores cuando estés conmigo —me pidió al tiempo que retiraba mis manos—. Tampoco quiero que tengas miedo, Alisa. Y que todo lo que te apetezca hacer, o quieras que yo haga, lo digas. Y ahora, si me lo permites, me gustaría conocer a estas dos preciosidades. —Sonrió al tiempo que noté sus manos sobre mis senos.

Cogí aire y vi a Owen masajeándolos, se acercó para besarme el cuello y eso hizo que notara una leve punzada en mi entrepierna. No, no había estado con ningún hombre desde lo que me pasó,

pero sabía que Owen comenzaba a excitarme, poco a poco.

Retiró la tela del sujetador que cubría mis pechos y los masajeó de nuevo, sostuvo ambos pezones entre sus dedos y los pellizcó ligeramente, haciendo que un leve gemido escapara de mis labios.

Me dio un mordisquito en el cuello, y fue bajando con breves y dulces besos hasta alcanzar uno de mis pechos, ese que besó antes de deslizar la punta de la lengua por el pezón lamiéndolo mientras yo gemía de nuevo.

Y tras unos minutos jugando con la lengua húmeda alrededor del pezón erecto y sensible, lo mordisqueó consiguiendo que esa vez gritara de placer.

Dedicó esas mismas atenciones al otro pezón y para ese momento notaba mi zona íntima algo humedecida.

Owen llevó las manos a mis caderas y comenzó a moverme despacio sobre su regazo, de modo que podía notar en mi entrepierna lo abultada que se encontraba la suya.

Llevé mis manos alrededor de su cuello, deslicé los dedos entre sus mechones de cabello sedoso y aquello comenzó a írsenos de las manos en cuestión de segundos.

Solo con el roce de su entrepierna en la mía, estaba tan excitada que sentía la humedad aumentando cada segundo que pasaba.

Owen se deshizo de mi sujetador y de la parte de arriba de su ropa, nos abrazamos sintiendo el calor del cuerpo del otro en contacto con el propio mientras nos besábamos, y sentí una de sus manos deslizándose por mi vientre poco a poco, hasta que la llevó al interior de mi ropa.

Gemí en el momento en el que con ella cubrió toda mi zona íntima, y cuando comenzó a acariciarme el clítoris despacio, sentí una oleada de placer recorriéndome por completo.

Poco a poco, llevó uno de sus dedos a la entada de mi vagina y, aunque al principio me tensé un momento, no tardé en relajarme mientras mi marido me besaba y comenzaba a penetrarme.

Jamás en mi vida alguien me había tocado así, con ese cuidado, pero a la vez con tanto deseo.

Le abracé con todas mis fuerzas sin dejar de besarle y comencé a moverme sobre él mientras me penetraba, pues así me lo pedía el cuerpo.

Podía notar el modo en el que su entrepierna palpitaba bajo la mía, y como si algo en ese momento me atrajera irremediablemente hacia ese lugar, llevé la mano a su cintura poco a poco hasta introducirla por su ropa.

—Alisa. —Jadeó mi nombre cuando envolví con mi mano todo su grosor, y volvió a besarme

mientras él mismo comenzaba a moverse despacio al mismo ritmo que yo lo hacía.

Nos besábamos y tocábamos, conociéndonos mutuamente por primera vez. Él estaba más acostumbrado que yo a estas cosas, debía haber tenido varias mujeres a lo largo de su vida con las que hiciera aquello, pero él era mi primer hombre y quería no solo conocerle, sino explorar a dónde nos llevaba todo aquello tan desconocido para mí.

Y entre besos y caricias, apenas unos segundos después, a mí me llevó al clímax.

Sentí un torbellino formándose en mi vientre y eso hizo que acabara moviéndome un poco más rápido y fuerte mientras notaba cómo me liberaba.

Cuando esa última sacudida de placer llegó a su fin, Owen me besó, se levantó del sofá llevándome consigo y me recostó en nuestra cama, donde se deshizo del resto de mi ropa y también de la suya.

Al verle desnudo, tragué con fuerza y temí que aquello que tenía entre las piernas no iba a caber en mi pequeña zona. Owen sonrió al intuir lo que pensaba, separó mis piernas mientras se colocaba entre ellas y, apoyado con ambas manos en la cama, se inclinó para besarme.

—No temas preciosa, que sé lo que estás pensando.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Y sí, va a entrar sin el menor problema. —Me hizo un guiño y sentí que me ardían las mejillas, ¿tan fácil era para él leer mis expresiones?

Comenzó a besarme el cuello, bajó por mi torso, se detuvo unos instantes en mis pechos y fue bajando por el vientre hasta que su lengua, húmeda y traviesa, rozó mi zona íntima.

Gemí agarrada a las sábanas cuando volvió a hacerlo, y por Dios que creí que me desmayaría cuando comenzó a moverla más rápido, sin darme tregua ni descanso, lamiendo y penetrándome con ella una y otra vez.

Hasta que de nuevo liberé todo aquello que me había provocado mientras me acariciaba con ternura hasta la última sacudida de esa oleada de placer inmenso que me había dado.

Volvió a subir con un camino de besos, esta vez desde el interior del muslo, y tras besarme el cuello sentí su miembro cerca de mi entrada.
Tragué con fuerza, nos miramos fijamente, me acarició la mejilla, colocó un mechón de cabello tras mi oreja, y asentí dándole el permiso que sabía que esperaba.

Owen sonrió, se inclinó para besarme y mientras lo hacía, con nuestras manos entrelazadas a ambos lados de mi cabeza, comenzó a penetrarme poco a poco, centímetro a centímetro, haciendo que mi cuerpo se acostumbrara a su invasión.

Pero una invasión de lo más placentera, pues notaba cómo me excitaba más y más. Y cuando al fin estuvo completamente dentro de mí, ambos jadeamos al sentirnos unidos de ese modo tan íntimo.

Owen comenzó a moverse despacio, entrando y saliendo con cuidado, hasta que solté sus manos y las llevé a sus caderas, haciendo que se moviera un poco más rápido.

—Puedo. —Jadeé.

—¿Segura? No quiero hacerte daño.

—No lo haces. Ve un poco más rápido.

Owen sonrió, volvió a besarme y comenzó a moverse más rápido, y mucho más cada vez, entrando con fuerza y llegando a lo más hondo de mí.

Y tan desatados llegamos a estar, gimiendo, mordiéndonos y besándonos, que me ayudó a colocarme en la cama apoyada en mis brazos y rodillas.

La sensación al notarle mucho más profundo que antes, fue increíble.

Nos movíamos al unísono, al mismo compás. Él entraba y salía con más fuerza cada vez, agarrado a mis caderas, y yo me movía en busca de cada una de sus embestidas.

Cambiamos de nuevo y quedamos sentados en la cama, yo sobre él, mirándonos a los ojos mientras nos dejábamos llevar por el intenso placer que nos daba estar unidos, amándonos, entregándonos todo el uno al otro.

Owen comenzó a moverme más y más deprisa sobre él, y cuando quisimos darnos cuenta estábamos liberando ese clímax que nos alcanzó a los dos, besándonos y abrazados como si aquella, en vez de ser nuestra primera noche, fuera la última.

No nos apartamos hasta mucho tiempo después, nos quedamos allí besándonos, abrazados y acariciando al otro, diciéndonos tanto con la mirada, sin necesidad de hablar.

—Te quiero, Alisa, y lo que dije antes, era en serio. Quiero que seas mi esposa y yo ser tu marido con todas las de la ley y oficialmente.

—Pero ya lo somos. —Sonreí.

—Más oficialmente, preciosa. —Me besó—. Sin contratos, sin pactos. Solo por el amor que nos tenemos, y el que le tenemos a nuestra hija.

—Mañana si piensas igual, me lo dices. —Le di un beso mientras me retiraba antes de ir al baño.

Pero no fui sola, pues Owen me siguió y allí, en la ducha, volvió a hacerme suya de nuevo mientras me pedía que me casara con él otra vez.
Yo me reí, diciéndole que estaba loco.

—Mañana no pensarás igual —le advertí antes de volver a la cama.

—Voy a pensar así, cada día, y conseguiré que me digas que sí.

—¿Me estás amenazando? —Arqueé la ceja.

—Te estoy advirtiendo lo que va a pasar. —Me dio un beso en los labios antes de colocarse a mi espalda y abrazarme con fuerza.

Y pensar que todo aquello había empezado por un pacto, un pacto con el *Highlander* del que al final me enamoré…

Capítulo 25



Cuatro meses después…

Catorce de julio y los nervios recorrían mi cuerpo mientras Penny y Charlotte me ayudaban a prepararme para mi gran boda escocesa.

Ya estaba casada desde unos meses atrás y, aunque era oficial, queríamos celebrar nuestro día de otra manera y con el amor que nos veníamos profesando. Ahora sí que nos sentíamos un matrimonio de verdad con un único fin; no soltarnos la mano y continuar un camino con una vida en común.

Rompimos el contrato con el acuerdo que teníamos y nos encontrábamos en un matrimonio real, en el que el pacto ya no formaba parte de nuestras vidas.

La pequeña había terminado el curso con unas notas excelentes y unos buenísimos comentarios por parte de sus tres profesores. Nos sentíamos muy orgullosos de ella y era tan dulce, que me dolía pensar en las cosas que le metieron en la cabeza para sacar ese carácter descomunal con el que nos sorprendió. Gracias a Dios esa mujer estaba lejos de nuestras vidas y del país, ya que regresó al suyo, y Owen dejó todo bien cerrado para no tener que volver a hablar con ella nunca más.

Echaba de menos a mi madre y mi padre, en un día tan especial como este, en el que haría aún más oficial el hecho de estar completamente enamorada de mi marido y en el que nuestra niña estaría con nosotros, que me habría gustado poder contar también con ellos.

Tanto Penny como Charlotte y la niña, iban vestidas iguales ya que iban a ser mis *bridesmaids* o lo que viene siendo, mis damas de honor. Estaban preciosas con los vestidos largos de seda en color rosa.

La pequeña decía que esto se celebraba por ella, para que viera a sus papis vestidos de novios y ella ser una princesita. Me la comía. Me tenía enamoradísima la vida. Era un cielo de niña que nada tenía que ver con la que llegó al castillo sacando de quicio a todo el mundo.

En el caso de Owen, llevaba a los *usher*, que es la versión masculina de las damas de honor, y había elegido a Athol y a Thomas, que irían vestidos tradicionalmente de *Highlanders*.

Thomas, el hombre que hizo que nuestra querida Charlotte se ilusionara de nuevo, poquito a poco y con miedo, sí, pero consiguió abrirse paso en su corazón hasta conquistarlo.

Ella sufrió durante semanas cada vez que se cruzaba con Edwin por el pueblo, y más aún de ver a la mujer por la que la dejó con su barriguita de embarazada.

En las tierras ya todos sabían lo que Edwin había hecho y muchos de los trabajadores le fueron dando de lado, la nobleza que siempre mostró quedó en un segundo plano al haberle hecho aquello a su mujer.

Un mes después, Edwin habló con Owen y le dijo que se marchaba, no soportaba la incomodidad de la situación, por lo que le agradeció el hecho de que le encontrara trabajo en otro rancho del pueblo.

Charlotte empezó a sonreír un poco más al no tener que cruzarse con él cada día en las tierras, y a pesar de que en el pueblo seguía viéndole, ella miraba para otro lado al igual que él y actuaban como dos desconocidos.

La verdad es que era duro ver como dos personas que se habían llegado a querer tanto, se tratasen así, pero él fue quien lo provocó.

Me asomé por la ventana y vi que todo estaba listo, incluso Owen que lucía guapísimo con su vestimenta escocesa para la ocasión, y es que el *kilt* le quedaba de lo más sensual.

Ya amenizaba el momento el *Piper*, porque no podía faltar el gaitero en un evento como este.

Yo me había decantado por un vestido de corte real, con las manguitas muy cortas, el cuello cuadrado y el cuerpo ajustado hasta la caída de la falda en corte princesa. Los bordes de las mangas y el cuello eran preciosos con minúsculos cristalitos de Swarovski. La tela del vestido rígida y muy elegante.

Llevaba el pelo suelto y lleno de blondas. Un lado del pelo recogido con una peineta de plata llena de los mismos cristalitos que el vestido y formando florecitas. Era preciosa y me quedaba genial a la cara, además, que había venido una maquilladora del pueblo y me había dejado perfecta, como la peluquera, ambas habían conseguido que quedara de lo más satisfecha.

—Mami, estás guapísima —dijo mi niña cuando entró en la habitación.

—Y tú, mi vida. —Sonreí agachándome para darle un abrazo.

—Papi te está esperando, y me manda a decirte que, como no bajes ya a casarte con él, sube a buscarte y te carga en brazos como un fardo de paja.

—Capaz es, desde luego. —Reí—. ¿Estás lista? —le pregunté.

—Sí. —Sonrió.

—Cariño, sabes que, aunque tu papá esté en mi vida, y le quiera mucho, a ti te querré siempre mucho más. Tú vas a estar el resto de mi vida por encima de todo y de todos. —Le di un golpecito en la punta de la nariz.

—Lo sé, mami, yo también te querré siempre, siempre, siempre. —Me abrazó.

—Ay, mi niña, tú me vas a querer hasta que llegue tu príncipe azul. —Reí.

—No, no, aunque ese llegue, tú siempre serás a quien más quiera. Luego papá y mis hermanitos…

—¿Qué hermanitos? —Reí frunciendo el ceño.

—Los que Penny y Charlotte dicen que voy a tener.

—No hagas caso a esas dos que están locas.

—Pues yo quiero hermanitos.

—Haz la carta para Santa Claus y se los pides.

—¿Y él me los trae? —preguntó con los ojos muy abiertos.

—El regordete de rojo dicen que consigue todo. —Me encogí de hombros.

—Pues le voy a pedir un hermanito, solo uno —dijo levantando el dedo—, así no te agobias mucho.

—Mira, qué generoso eso por tu parte. —Reí—. Anda, vamos antes de que tu padre suba a buscarme.

Salimos de la habitación y fuimos hasta el salón donde nos esperaban Penny y Charlotte, que sonrieron emocionadas al verme. Nos abrazamos y me desearon toda la felicidad del mundo junto al hombre que tanto me amaba.

Aparecí por los jardines con la niña de la mano y mis dos queridísimas damas de honor a ambos lados. La cara de emoción de Owen al verme era el claro reflejo del amor que me profesaba. El gaitero amenizaba el momento y todos aplaudían con nuestro encuentro, que terminó con un beso de lo más apasionado.

Athol tomó el mando de todo y nos hizo un ritual con las velas que había sobre la mesa que eran

preciosas. Encendimos una cada uno y las intercambiamos. Luego entre los dos, encendimos otra de forma conjunta para simbolizar nuestra unión.

Athol y Thomas llenaron cuencos de whisky que fueron ofreciendo a todos para que bebieran. Era como una tradición más de la ceremonia.

Nos habían dejado un montón de regalos en una mesa del porche que estaba en la esquina. Habíamos pedido por favor que nada de dinero, ni de comprarnos nada ya que su compañía para este momento era lo más importante para nosotros. Pero hicieron caso omiso y llenaron la mesa con obsequios.

A todos les explicamos que la anterior vez nos casamos por una locura que nos entró, pero ahora queríamos hacerlo desde la calma y la reafirmación de que hicimos lo correcto. No dimos más explicaciones ni falta nos hizo, todos querían acompañarnos de nuevo en este día.

Algo que no era muy típico en las bodas era el marisco, pero Owen hizo que no faltara en el menú, bueno, no faltaba de nada, porque de carne también se había preocupado de que hubiese de la mejor. Así como un montón de entrantes típicos escoceses. La fiesta duraría todo el día y parte de la noche, porque queríamos disfrutar hasta el último momento.

Los camareros estaban atentos a que nadie tuviera una copa vacía o a las mesas les faltase ningún detalle. Había comida todo el tiempo.

Legalmente la pequeña era heredera de todo, era su hija por adopción y por el amor que le tenía. Se desvivía en que cada día fuese feliz y la llenaba de atenciones y amor, sobre todo amor, que era el valor máximo que una persona podía adquirir en su vida.

Owen cogió a la pequeña y bailó un vals con ella, no me lo esperaba. Nos emocionó a todos y luego lo hizo conmigo, pero la pequeña se quedó abrazada a nuestras caderas. Era una costilla de la que no te podías despegar, pero a nosotros nos encantaba y nos hacía sentir completos.

Penny se vino para mí llorando de la risa y la miré sin entender qué le pasaba.

—Me muero con mi sobrina —decía a carcajadas refiriéndose a Beth.

—¿Qué pasa? —Me reía de verla y que me lo estaba contagiando.

—Que se equivocó de vaso, dio un trago a la cerveza y cuando se dio cuenta y puso cara de asco me dijo que, como se entere su padre, es capaz de quitarle la puerta y los muebles de la habitación de nuevo. —Solté una carcajada tremenda recordando ese momento.

Por la tarde, después de la comida, amenizó la fiesta un DJ que había contratado y que consiguió animar a todos a mover el esqueleto. Eso sí, la que más lo hacía era Beth, que estaba que se comía el mundo y era la que captaba la atención de todos. Los tenía a todos loquitos con ella.

Owen no dejaba de beber y brindar por todo, lo más gracioso fue cuando dijo…

—Por ver pronto esta casa llena de niños….

—¡Conmigo no cuentes! —grité causando una carcajada en todos y él me miró fijamente, provocando que metiera la cabeza detrás de Penny.

—Sí, papi, sí —gritó Beth—. Yo le voy a pedir un hermanito a Santa Claus, se lo he dicho a mami.

—¿Solo uno? —preguntó él.

—Sí, para que no se agobie, que si le sale peleón como fui yo… —respondió moviendo la mano y nos echamos a reír.

—Si sale peleón, nos hacemos brujas Charlotte y yo —dijo Penny.

—¡Vivan mis papis! —gritó Beth levantando los brazos.

—¡Vivan! —Corearon los demás al unísono.

Owen me cogió por la cintura, atrayéndome hacia él, y me besó con esa pasión que tantas veces me había mostrado.

—Te quiero, preciosa.

Epílogo



Doce años después…

Era el veinte cumpleaños de nuestra preciosa Beth y lo celebraba en el castillo con sus amigos de la universidad y sus primos. Estaba estudiando medicina y quería especializarse en cardiología.

Owen se había dejado la piel en que tuviera una fiesta a lo grande, además, al ser agosto teníamos muchas posibilidades para que se hiciera en el jardín y tuvieran todas las comodidades.

Decir que aún vivía una gran historia de amor, era ser fiel a la realidad de cada palabra, ya que Owen no solo era una gran persona, era el mejor marido y padre del mundo.

Kirk vino dos años después y ahora tenía diez años. Amaba a su hermana con todo su corazón y le había comprado de sus ahorros un montón de regalitos para este día. Era un amor de niño que siempre andaba con una sonrisa de oreja a oreja.

Owen hacia un año que dejó su trabajo de CEO para disfrutar de su familia. Tenía una fortuna incalculable y no le hacía falta seguir trabajando, aunque realmente con lo que le dejó Alec tampoco le hubiera hecho falta, pero él amaba su trabajo y le daba vida, lo que pasa es que con el tiempo le fue dando prioridad a tener más libertad y vivir más momentos a nuestro lado.

Yo me dediqué a vivir cada instante de mis hijos; jugar con ellos, llevarlos al cole con Owen o Athol y hacer infinidad de actividades con el único objetivo de que me sintieran una madre de lo más presente.

Con mi marido descubrí lo que era poder estar enamorada cada día de mi vida y es que no podía ser más atento, cariñoso y protector, porque nos anteponía ante todo y nos cuidaba solo como un gran hombre sabría hacerlo.

Nunca dejé la cocina y raro era el día que no iba por allí mientras los niños estudiaban y preparaba algún postre, ya que era lo que me gustaba y no tenía por qué renunciar a ello.

Cada año iba a Glasgow a llevarle flores a mis padres y, sobre todo, a él le daba las gracias por las agallas que tuvo de hablar con Alec para ayudarme en todo ese dolor que soporté apartada de mi hija.

En cuanto a las otras dos mujeres de mayor importancia para mí en el castillo, también tuvieron su bonita historia de amor.

La de Penny la conocí al mismo tiempo que había conocido a Owen, y con ellos viví ese sí, pero no, con el que ella tenía dudas.

Athol estaba muy enamorado de Penny, y ella me constaba que también lo estaba de él, y aunque sentía que una boda tal vez no era ellos, finalmente se casaron en una ceremonia sencilla oficiada y celebrada en los jardines del castillo un año después de que Owen y yo lo hiciéramos.

Siempre se habían querido mucho y aún lo hacían, un amor como el suyo no podía romperlo nada ni nadie, ni siquiera el paso del tiempo.
No había más que ver cómo miraba Athol a su esposa, ese brillo en los ojos de quien ama de verdad y con el corazón.

Lo mejor de todo fue cuando dijeron que querían adoptar, querían darle su amor a alguno de esos niños que había en el centro donde vivió mi niña durante ocho años.

Ella tenía allí a dos amiguitas y un amiguito a los que echaba mucho de menos y, a veces, nos habían permitido visitarles para que ella pudiera verlos y jugar con ellos.

Cada vez que teníamos que regresar a casa se le partía el corazón por dejarlos allí.

Estaba yo embarazada de mi pequeño Kirk, a solo cuatro meses de que llegara al mundo, y Athol, Penny, Charlotte y Thomas nos acompañaron en una de esas visitas puesto que Athol y Penny ya nos habían comunicado su deseo de adoptar.

Entre ellos hubo lo que sin lugar a duda fue un auténtico amor a primera vista con aquellos niños.

Penny tuvo una conexión inmediata con una de las niñas. Emily pasó a ser hija de Athol y Penny unos meses después, con la ayuda de Owen, obviamente, que consiguió que todo se lo pusieran muy fácil.

Y aquella niña no fue la única en formar parte de nuestras vidas más estrechamente, sino que Sophie y su hermano Blair, con el que se llevaba solo un año, también vinieron a casa.

A ellos los adoptaron Thomas y Charlotte. Ellos llevaban ya un tiempo juntos, pero sin indicios de que fueran a casarse, ella lo había estado y a pesar de que ese hombre consiguió devolverle la sonrisa a nuestra cotilla particular del reino, seguía teniendo ese miedo a volver a ser engañada, por mucho que él le asegurara que no.

Pero en el momento en el que ella se enamoró de aquellos dos hermanos, Thomas le pidió a Owen que le ayudara a organizar también esa adopción y una boda, pues en cuestión de una semana, al igual que nosotros la primera vez, se casaron rápido para poder ser padres adoptantes.

Esos niños a Charlotte le dieron la vida, al igual que a Penny su niña y al resto del castillo, pues finalmente mi marido sí que lo vio lleno de niños.

Beth nos comía a besos a nosotros y a sus tíos, pues así llamaba a los padres de sus amiguitos, y a ellos les llamaba primos.

Habían sido muy duros aquellos primeros días con ella en nuestras vidas por algo que mi niña no buscó ni quiso, pero que la mente enferma de una mujer sin corazón le obligó a hacer.

Lejos quedaban aquellos momentos en los que nos llamaba brujas a las tres, y ahora cuando nos lo decía, de manera cariñosa, la mirábamos con los ojos entrecerrados y fingíamos que lo que fuera que tuviéramos en la mano era una varita mágica para convertirla en sapo.

Salía corriendo mientras reía seguida de su hermano y sus primos, quienes seguían aquel juego ajenos al motivo por el que nos llamaba así.

Y ahí estaba mi niña, esa a la que, como le dije el día que me casé con Owen en el castillo, siempre querría por encima de todo. Ella entendía que amaba a su padre con locura y que sentía pasión por su hermanito Kirk, a mis dos hijos los quería muchísimo y siempre sería así, pero ella, ella era mi niña, ese tesoro que una vez me arrebataron dejándome muerta en vida, y por quien tantas lágrimas derramé sabiendo que nunca podría recuperarla.

Por eso, cada día que la tenía conmigo era un motivo de agradecimiento al difunto señor Alec, a mi queridísimo padre y al mejor marido del mundo, por haber hecho posible entre los tres que la recuperara.

—No se puede estar más bonita que la cumpleañera —dijo Penny acercándose a mí, junto con Charlotte, y una copa de vino.

—Las vuestras no se quedan atrás. —Sonreí—. Y Blair, tiene a las amigas de Beth loquitas.

—No es para menos, que mi niño es todo un *Highlander.* —Rio Charlotte.

—Menuda planta tiene, dentro de diez años va a ser uno de esos *playboys* que se van a rifar las niñas —comentó Penny.

—Preciosa. —Me giré al escuchar la voz de Owen, que se acercaba a nosotras con Athol y Thomas—. ¿Quién es el chico que está bailando con Beth?

—Cameron, uno de sus compañeros de clase —respondí.

—Algo más que un compañero es, seguro —dijo Charlotte.

—¿Qué dices? —Reí.

—Mira, mira cómo se sonroja ella, cómo la mira él… —contestó con una sonrisilla.

—Yo diría que a los médicos ya han jugado —soltó Penny, y Owen dejó salir una sonora carcajada.

—Eso veníamos hablando nosotros —dijo Thomas.

—No con esas palabas —aclaró Athol—, pero que nos da en la nariz que ese muchacho os hace abuelos en… ¿tres años, Owen?

—Dos —contestó mi marido—. En dos años nos dicen que están embarazados.

—Me estáis poniendo mala, ¿eh? ¿Cómo decís esas cosas? Que aún son un par de niños —protesté.

—Será un niño de veinte años, pero como escocés que es, no va a parar hasta conseguir a la mujer que quiere —me dijo Thomas.

—Y de eso aquí tienes tres hombres que saben un rato —añadió Athol.

Noté el brazo de Owen alrededor de mi cintura y un beso suave en la sien. Le miré, sonrió y me hizo un guiño.

Volví a mirar hacia donde estaba mi hija con aquel muchacho al que siempre me presentó como un amigo, un buen amigo, de hecho, y al ver su sonrisa, sus mejillas ruborizadas y el modo en el que él la miraba…

—Se ha enamorado —murmuré, y Owen asintió.

Poco después, mi niña, que ya era toda una mujer, se acercó a mí sonriendo. Estaba sentada en el porche tomando una copa de vino y cuando se sentó a mi lado, se la ofrecí. Ella no era muy de tomar alcohol, pero en ocasiones especiales bebía solo una copa.

Dio un sorbo, me devolvió la copa, y suspiró.

—¿Qué te pasa, cariño? —pregunté pasándole el brazo los hombros.

—Cameron va a hablar con papá.

—Ajá. ¿Quiere algo en concreto?

—Sí.

—¿Y qué es?

—Formalizar lo nuestro.

—Así que no es solo un buen amigo. —Sonreí sin que me viera, acercándome la copa para dar un sorbo.

—No. Y no te lo dije porque…

—Pensaste que iba a decirte que eras joven, que te centraras en los estudios y todo eso, ¿verdad?

—Sí —suspiró de nuevo.

—¿Desde cuándo estás con él?

—Desde hace dos años.

—¿Dos? Y yo sin darme cuenta. —Volteé los ojos— Qué calladito lo tenías, hija. Mira, ahí va, directo a la boca del lobo.

—Ay, mamá, no me digas eso. ¿Crees que a papá…?

—Mi niña —le cogí la mano—, mientras ese muchacho te quiera, te haga, feliz y no te falle nunca, a tu padre le va a gustar, así que no temas.

Nos quedamos las dos en silencio, observando el modo en el que Owen y Cameron se alejaban de los demás, caminando por el jardín con paso firme y seguro, hablando tranquilamente.

Hasta que se detuvieron, Owen miró al chiquillo con esos ojos autoritarios que pretendían infundir miedo, pero Cameron no se achantó, y yo sonreí al verlo.

Owen le tendió la mano, Cameron se la estrechó y cuando le vi sonreír, supe que mi marido le había dado su bendición

—Ve con él, cariño —le dije a Beth—. Tu padre ha dicho que sí.

Mi hija me miró con los ojos muy abiertos, sonreí haciéndole un gesto con la cabeza y ella se levantó para ir a ver a Cameron, cruzándose con Owen en el camino, a quien dio un abrazo y un beso antes de llegar a su novio, y que él la recibiera con un beso rápido en los labios.

—Así que tu princesa te acaba de convertir en suegro —le dije cuando se sentó a mi lado, quitándome la copa de vino para bebérselo de un trago.

—¿Cuándo se hizo tan mayor? Porque yo aún la recuerdo siendo una mocosa rebelde, gritando y protestando por todo, llamándote bruja y queriendo que ardieras en el infierno. —Me eché a reír.

—Creo que se hizo mayor a los quince —respondí—. Pero para nosotros siempre será nuestra niña —le aseguré apoyando la cabeza en su hombro.

—Y en dos años seré abuelo, qué mayor me está haciendo esta niña —resopló.

—Calla hombre, danos más tiempo. —Volví a reír.

—¿Sabes? No me importa.

—¿El qué no te importa?

—Que me haga abuelo siendo ella joven. Cuidaré de mis nietos con el mismo amor y la misma felicidad con los que cuidé a Kirk.

—Yo me perdí sus primeros años —suspiré y Owen me pasó el brazo por los hombros—. Seré la mejor abuela y segunda madre para todos los nietos que quiera darnos.

—¿Te he dicho hoy cuánto te amo, esposa mía? —preguntó sosteniendo mi barbilla con dos dedos.

—Esta mañana, ya casi ni me acuerdo.

—Te amo, Alisa, te amo como el primer día —dijo mirándome fijamente, como siempre hacía, y se inclinó para besarme.

Si él me amaba, no podía hacerse una idea de cuánto lo amaba yo. Él me devolvió a mi niña y me dio otro gran tesoro dos años después, llenando de nuevo mi corazón con la alegría que siempre me faltó.

RRSS

Facebook: Ariadna Baker
Instagram: @ariadna_baker_escritora
Amazon: relinks.me/AriadnaBaker
Twitter: @ChicasTribu